

HERNÁN CASCIARI

Más respeto, que soy tu madre

ILUSTRACIONES DE
BERNARDO ERLICH



*Para Cristina Badia Tost,
que leía cada capítulo por la mañana,
con la panza llena de Nina*

Nací el 19 de diciembre de 1951 aquí, en este mismo barrio. Una semana antes de cumplir los catorce, en medio de la clase de caligrafía que daba una monja insensible que se llamaba hermana Caridad, noté algo raro que me bajaba desde el estómago a la entrepierna. Me sentí tonta. No tenía la menor idea de lo que era la regla. Después el innombrable inauguró cien pantanos y otros cien, y siguió pasando el tiempo. Me acosté por primera vez con un señor el 1 de mayo de 1971. Yo tenía casi veinte años y estaba muerta de miedo. «No vamos a hacer el amor —me dijo—, vamos a juntar los pelos», y yo le creí por primera vez. Desde entonces le he creído siempre a ese señor, que ahora ronca en la otra habitación mientras escribo. Se llama Zacarías y ya no se acuerda ni de la fecha, ni de mis temblores, ni mayormente de nada que tenga que ver conmigo.

Desde la tarde en que junté los pelos con él por primera vez (era el día del Trabajo, hacía frío y habíamos tomado chocolate con churros y habíamos ido al cine porque echaban una de Ozores), la regla me falló solamente tres veces; la primera hace casi treinta años, cuando quedé del Nacho, mi hijo mayor. Fui madre por primera vez a los veintitrés años, y rompí aguas por última vez cuando nació la Sofí, a mis treinta y ocho. Todavía me sentía joven. Miro fotos de aquella época y tengo el peinado rarísimo; todas íbamos con la permanente y con hombreras, no sé por qué. Yo estaba más delgada; parecía un junco. Después vinieron las varices, las estrías, el Toño que nació cabezón y casi me desgarra (Antonio es mi hijo del medio), más tarde llegó el socialismo con la ilusión del cambio, y el principito llevando la bandera en Barcelona... Pero la regla estaba, todos los meses. A veces las pelas no, a veces los revolcones con el Zacarías no, pero la regla estaba. Puntual. Era la única cosa que no me había traicionado nunca. Por eso ahora me siento en Babia, como si me faltara el sonido del despertador por la mañana.

A la Sofí, que es mi hija pequeña y la única mujer de esta casa, se lo he intentado explicar esta tarde, pero tampoco me entiende. Ella es joven (le ha venido por primera vez hace poco) y no se puede esperar que entienda lo que me pasa. Me ha dicho que consulte por Internet, que allí hay médicos virtuales que no te cobran un duro. ¡Hala!

Yo siempre había sido como un reloj, todos los meses de mi vida, y ahora ando un poco cabizbaja. La espero desde el miércoles y nada. Nada de nada. La que llegó un día en medio de una clase en el Colegio de la Misericordia y me dio vergüenza que llegase, ésa, ya no viene más. Ya no me da la lata. El mes pasado fue la última vez de muchas cosas y yo sin darme cuenta.

Mientras escribo navego en una página médica, pero todo lo que dice allí no es ninguna novedad. ¿Tiene usted dolores óseos? Sí. ¿Tiene depresión, irritabilidad, angustia, insomnio? Sí. ¿Tiene molestias en las relaciones sexuales? Ni la más remota idea, señor médico virtual, porque el Zacarías no se toma la molestia de descubrirlo desde hace siglos, que se dice pronto. ¿Tiene mayor flacidez en las mamas? Sí, parecen dos quesos de Burgos. ¿Tiene sequedad vaginal? Tengo para mí y para regalar. ¿Qué más tiene, señora? ¿Qué más tengo? Tengo cincuenta y un años, ocho meses y trece días. Tengo ganas de llorar y de que alguien me abrace. Pero son las cinco de la mañana y toda la familia duerme como si en esta casa

no pasara nada.

Los pobres también veraneamos

Desde que al Zacarías lo echaron de Astilleros y nos quedamos sin un duro, la familia entera se ha puesto de acuerdo sobre dos particulares: primero, decidimos ser pobres; y segundo, nos aseguramos de que nadie en el barrio se diera cuenta. Lo uno por necesidad, lo otro por buen gusto.

Lo que hicimos entonces fue poner en venta la casa y dejar de pagar la hipoteca. Nos vinimos a vivir aquí a la esquina, que es la casa de mi suegro. Primero hubo que avisarle, porque él vive también aquí. Ahora estamos a la espera de que se venda la casa vieja y cobrar un dinero para montar una pizzería aquí mismo, en el garaje. Al principio don Américo, que es mi suegro, puso algunas pegas, pero le dijimos que él se encargaría de dirigir el negocio y entonces dio el brazo a torcer.

—Será una empresa familiar en la que trabajaremos todos, Nonno —le dijimos.

Pero mientras se vende la casa vieja (los trámites nos están matando), se nos ha echado el verano encima y somos más pobres que cuando no teníamos nada.

Lo mismo que el año pasado, en esta época de agosto empezamos a decidir adónde vamos a decir a los vecinos que nos vamos de vacaciones. Lo que hacemos en realidad es encerrarnos quince días sin asomar la nariz por la puerta, pero de todos modos hay que escoger un sitio.

El año anterior dijimos que nos íbamos a Francia, y cuando pasaron los quince días salimos de nuevo a la calle con camisetas de la torre Eiffel y con unas cajas de champán barato que encontramos de oferta en el súper. Le regalamos champán a todo el barrio. Este año el Zacarías dice que podríamos decir que nos vamos a Benidorm, porque Francia no está tan barato como el año pasado.

—¿Y qué coño te importan los precios de Francia, si en realidad nos vamos a encerrar aquí dentro? —dice el Toño, que siempre se queja porque no le gusta encerrarse con nosotros.

Los críos adolescentes son muy poco dados a la imaginación.

—Porque hay que ser coherentes, Antonio —instruye el Zacarías—; además, queda feo aparentar dos años lo mismo.

—Eso es verdad —digo yo—, una cosa es ser miserables y otra cosa es no tener creatividad.

—Más feo es mentir —aporta el Nacho.

—Más feo es que no se te conozca novia —retruca el Zacarías, y así empiezan siempre las discusiones.

El tema de fingir antes era otra cosa, pero con la miseria generalizada se ha convertido en un hazmerreír. El año pasado nos despedimos de todo el mundo el 2 de agosto y nos fuimos a la terminal de autobuses. Regresamos bien de noche, escondidos en las sombras, y nos metimos en la casa sin que nadie nos viera. A los tres días de estar encerrados, yo estaba en el patio regando las plantas y aparece la cabeza de la vecina por encima de la medianera.

—¡Lola! —me dice—. ¿No estabais en Francia?

—¿Y tú? ¿No te habías ido anteayer a Cancún?

—Sí —me dice la vecina—, lo estamos pasando muy bien, volvemos a fin de mes. ¡Qué calor que hace aquí, en Cancún!

—Aquí en París nos ha llovido dos días seguidos, pero ahora se ha puesto mejor —le digo yo—; lo que pasa es que en Francia, aunque llueva, tienes tantas cosas para hacer...

—Venga, te dejo —me dice ella, bajándose de la medianera—, que me voy a una excursión a las ruinas mayas. Nos vemos a la vuelta, en el barrio.

—Sí, nos vemos allí —le digo—, gracias por llamar.

Y las dos nos encerramos otra vez, cada cual en su casa, a esperar que termine el verano.

Yo digo que para aparentar como Dios manda tiene que haber gente que se vaya de verdad a alguna parte. De lo contrario, ¿qué gracia tiene hacer todo el esfuerzo de encerrarse? A mí fingir no me seduce, pero lo que me pone los pelos de punta es cuando el barrio finge que no se da cuenta de que estamos fingiendo.

Susurros en el patio

Lo que más nos costó de venimos a vivir a casa de mi suegro es que el Nonno y mi marido nunca se han llevado bien. En realidad, no se hablan. El Zacarías dice que su padre lo abandonó de pequeño para irse a vivir a Italia. Don Américo, en cambio, asegura que él a Italia iba a trabajar, porque era camionero, y que gracias a eso mi marido pudo comer caliente. El asunto es que al Zacarías le toca las narices estar bajo el mismo techo que su padre. Los críos, en cambio, parecen encantados de vivir con el abuelo porque su casa es más grande y ni siquiera se sienten lejos del barrio: están a cincuenta metros de donde han nacido.

A mí tampoco me desagrada esta casa, aunque no sea la mía, porque la habitación de matrimonio tiene una ventana que da al patio. Hoy el Zacarías y yo decidimos irnos a dormir temprano, y cuando entramos en la habitación oímos el viento silbando a través de los árboles, y eso no se paga con nada. También, de repente, escuchamos susurros en la ventana. Dos voces hablando por lo bajini. Nos quedamos quietos, oyendo.

Por la mirilla de la persiana vimos que eran el Toño y la Sofí, y sentimos el olorcito dulzón de la marihuana que nos llegaba desde fuera. Antes me habría levantado con la zapatilla en la mano para que dejaran de fumar esa porquería, pero ya tengo experiencia. Si a los hijos les das dos sopapos se te van a fumar a la calle, que es peor. Así que de un tiempo a esta parte prefiero hacerme la sueca. Es lo bueno de vivir en una casa con patio. La conversación de los críos venía de antes.

—Entonces, ¿tú piensas que hay algo más allá? —decía la Sofí.

—Claro, chica —decía él—, está la casa de doña Paquita, y después están las vías. Y después el barrio del Castrillón, que es una mierda.

—No, idiota, «más allá» es después de la muerte —dice la Sofí—. ¿Tú piensas que hay un dios y todo eso?

—No... —susurra el Toño, rotundo—. Y aunque lo haya, ¿tú has visto cómo cierran los cajones

de los muertos?

—¿Cómo los cierran?

—Los clavan... Y después los sueldan, por el olor. Así que aunque haya algo después de la muerte, no puedes salir a verlo, estás enjaulado. A no ser que los parientes te pongan algo para hacer de palanca.

El Zacarías me mira, como diciendo «qué gilipollas es el Toño». Pero yo le hago silencio con el dedo, porque me encanta cuando mis hijos conversan en lugar de pelearse.

—Yo creo que sí hay Dios... —susurra la Sofí—. ¿Tú no crees en el alma ni nada?

—En el alma sí que creo, pero en Dios no —asegura el Toño.

—Tenemos alma, ¿cierto, Toño? Aunque no la podamos ver...

—Claro que tenemos... Cuando tienes acidez lo que te duele es el alma, porque no es ni la barriga ni es la garganta. Es algo en el medio, que debe de ser el alma.

Me tapo la boca. Las cosas que dice el Toño me dan risa. No sé por qué.

—Yo nunca tuve acidez —confiesa la Sofí.

—Las chicas no tienen alma ni tienen acidez —le explica el hermano—, porque son cosas que se aparecen con los eructos y con los pedos. El alma es algo que tú la ves venir, pero que no la puedes tocar, como los coches de fórmula uno.

—A mí me da miedo de que se mueran mamá y papá, Toño, ¿tú no has pensado nunca en eso?

—Sí, y me viene una cosa aquí.

El Zacarías baja la vista; me mira serio.

—Como un dolor, ¿no? A mí también...

—Me da la sensación de que hay que empezar a trabajar, y eso es muy triste.

—Y no solamente trabajar —dice la Sofí—. ¿No piensas que es todo inútil? ¿De que después también te vas a morir tú, y yo, y nadie se va a acordar de que estábamos?

—El que primero se va a morir es el Nonno, que es el más viejo...

—¡E una merda! —susurra don Américo, sacando la cabeza por la ventana de su habitación. Se ve que también los estaba oyendo a escondidas.

—Nonno, ¿estás despierto? —le dice el Toño—. Ven con nosotros, que estamos hablando aquí afuera y la noche está muy bonita...

—¿Hay canuto? —pregunta el Nonno, que también fuma, aunque en su caso es terapéutico.

—Sí, me queda uno.

El anciano salta entonces por la ventana, con una agilidad de gato, y se tira boca arriba con sus nietos, en la hierba fresca del patio.

—Estamos mirando las estrellas —dice el Toño—. Hoy hay como diez mil, más o menos.

—É bonita cuesta notte, cherto —susurra don Américo.

—A mí las noches así me ponen triste, yayo —dice la Sofí, acurrucándose en el pecho de su abuelo.

—La Sofí dice que hay Dios —retoma el Toño, y los dos se quedan mirando al abuelo, esperando una confirmación o una negación.

—Sempre non... Dío volta e volta stano durmiendo —explica don Américo, categórico—. Ma

cuesta notte está acuí.

—¿Aquí? ¿Dónde? —pregunta el Toño mirando para los costados.

—Dío é dove qualcuno parla di Lui —dice el Nonno.

—¿Cómo? —pregunta la Sofi, que de italiano no entiende nada.

—«Dios está ahí donde alguien hable de él» —le traduce el Toño a su hermana.

—Bene, bambino —aprueba don Américo acariciándole la cabeza al Antonio.

—Qué bonita frase... —se alegra la Sofi—. ¿Y cómo sabemos que está?

—Perque susurramo —dice el abuelo, hablando todavía más bajo—. ¿No vé bambina qu'stamo susurrando sense razone nenguna?

—Sí... —susurra la Sofi.

—É susurramo perque Dío stá con nosotros.

El Zacarías y yo, ya muertos de sueño, cerramos la persiana con la sensación de que los niños, esta noche, están en buenas manos. Nos metemos bajo la colcha y cerramos los ojos. Sin querer, seguimos oyendo los susurros de la familia en el patio, cada vez más lejanos, mientras nos va llevando el sueño. El ruido del ventilador nos adormece. Hay algunas noches —no muchas, la verdad— que en esta casa se respira filosofía. Parece mentira, pero es así.

Una pesadilla con mi hijo

El Nacho es el más educado, el más sensible y el más tranquilo de todos mis hijos; en eso siempre fue como de otra familia. Cierto que también es el más gay, pero no podía tener todo a favor.

También es el único que usa la camisa dentro de los pantalones, por ejemplo, el único que se sabe hacer la cama solo, el único que se acuerda de mi cumpleaños, el único que me ha acabado el instituto, el único que nunca le ha levantado la mano a sus padres y el único que se cambia los calzoncillos más de una vez por semana. Yo a veces pienso que cuando nació el Nacho me tendría que haber ligado las trompas, porque lo único que le falta para ser un hijo perfecto es haber sido el único.

Y además, qué más da: ser gay hoy en día ya no es un defecto, aunque al principio lloré mucho, y nos pasamos un fin de semana abrazados, los dos, sin saber qué hacer. Pero después entendí que tal vez por eso, por ser gay, no se parece a mi marido o al Toño, que son dos monos peludos.

Esta mañana me he quedado sola con el Nacho en la cocina, hablando de cualquier cosa. Al principio, cuando me confesó sus inclinaciones, me costaba seguir siendo su confidente. A veces es mejor intuir que tu hijo es distinto en vez de saberlo por su boca. Pero él nunca ha tenido miramientos conmigo y ya casi me acostumbro a escuchar las historias de sus romances.

—¿Y ahora estás con alguien? —le pregunto esta mañana.

—Con José María —me dice—. Tú le conoces.

—¿El muchacho que estudiaba contigo en la universidad?

—Ése.

—Parece buen chico.

—Es un santo —me dice—. Nos queremos mucho. Vamos en serio.

Por una parte me siento orgullosa de mi hijo, de su valor y de la confianza que tiene conmigo,

pero también sé que tarde o temprano tendremos que decírselo a su padre. Y ese día el Nacho será algo peor que gay; será gay muerto, que es una opción sexual que no me gusta para mi hijo.

Al mismo tiempo, y esto ni siquiera se lo he dicho a él, yo puedo ser una madre comprensiva pero en cambio no me sale ser una madre moderna. Porque en el fondo yo quisiera que mi hijo fuese normal, que se echara una novia del barrio y se casara. Por algo tengo esa pesadilla horrible. Hoy, durante la siesta, después de conversar con el Nacho, he soñado otra vez lo mismo. Me he despertado temblando. El sueño es muy breve, pero intenso, y parece real. Sueño que llega a mí y me dice:

—Mamá, te presento a mi novia.

Entonces miro a la chica y soy yo cuando tenía veintiún años. De la alegría de que haya conseguido por fin una novia me meo encima —en el sueño, no en la cama— y le doy besos al Nacho por toda la cara.

Por alguna razón que todavía no comprendo, porque los sueños son cosas muy raras, en medio de los besos nos ponemos cachondos y él me empieza a manosear por debajo del camisón ¡y yo a dejarme!, y entonces los novios empezamos a ser nosotros. De repente, el Nacho se queda quieto, me mira, se huele la mano y me dice:

—¡Serás cerda, te has meado!

Es un sueño horrible, porque me queda la sensación de que la culpa de todo la he tenido yo.

Uno que pide

De las sesenta veces que tocan el timbre de casa por la mañana, más o menos cuarenta son inmigrantes que piden algo. El resto, inmigrantes que venden algo. A los que venden les hago que no con el dedo desde la puerta. Y a los que piden los miro bien para ver si son conocidos y, según la cara, les abro o les hago que no con la cabeza. Aquí, en el barrio, no se dice indocumentado, ni sin papeles, ni morito. Se dice uno que pide. Y cuando son conocidos se agregan datos.

—¿Quién es? —pregunto yo desde la cocina, por ejemplo a la Sofi, que ha ido a atender.

Y ella me puede decir: «Los dos negritos que piden», o «el cojo que pide», o «la tuerta que pide». Si el visitante es nuevo, entonces dice: «Uno nuevo que pide».

Si el que toca el timbre viene cargado de cosas, es uno que vende.

—¿Quién es? —pregunto.

Y el que va a atender me grita: «El turco que vende alfombras», o «el chaval que vende escobas», o «la vieja que a veces pide y a veces vende» (con ésa nunca se sabe). Pero si no le conocemos, decimos: «Uno nuevo que vende».

En verano los que piden se multiplican, porque aprovechan el calor para subirse a una patera y llegar a la costa. A los que conozco de siempre les doy, siempre y cuando sean educados. Les hago así con la mano, para que se esperen, me meto dentro y les pongo en una bolsa algo de pan, una mandarina, lo que sea, y les doy.

Si son adolescentes, les digo que me corten las ramas que sobresalen de la enredadera. No porque lo necesite, sino para que sepan que trabajando se consiguen más cosas. Y cuando terminan les doy, además de la bolsa, unas monedas gordas de dos euros. Siempre les digo:

—Te compras algo para ti, que no me lo cruce a tu padre con un cartón de vino.

—No, no, señora, para mí, para mí —me dicen.

Pero aunque sean cada vez más, siempre cada barrio tiene su inmigrante oficial. El de toda la vida. Nosotros tenemos a Carnecruda, un señor ya mayor, del Este, que hace como quince años que pide para comer por esta zona. Es un rubio alto, que va con un carrito de supermercado y tiene un bigote como el de Stalin. Simpatiquísimo el señor extranjero. Estamos muy contentos con el inmigrante oficial que nos ha tocado en suerte.

Cuando viene Carnecruda a pedir, le abro y hasta conversamos un rato. Es un mendigo de esos que antes, en sus países, eran profesionales, y que después la vida se les ha ido de las manos, o sus países han desaparecido del mapa. Hay gente, Dios los ampare, que han nacido en un sitio que terminaba en «avia» y ahora ese mismo sitio acaba en «guistán». Hay millones de esa pobre gente dando vueltas por el mundo, buscando un «avia» que ya no existe.

Da gusto cruzar dos palabras con Carnecruda. A veces hasta te dan ganas de meterlo a la fuerza y bañarlo. Pero no se deja. Un día la vecina doña Paquita, cuando estaba sana, lo quiso meter al baño y Carnecruda le arañó toda la cara.

Nuestro mendigo llegó al barrio hace muchos años. La primera vez que tocó el timbre fue un 25 de diciembre. El Nacho aún era un crío y yo estaba enorme del Toño. Almorzábamos en el comedor de la casa vieja.

—¿Quién es? —le pregunto al Nachito.

—Uno que pide —me dice.

Entonces sale el Zacarías y le lleva un buen pedazo de carne a la brasa. El buen hombre se lo agradece y se va.

Como a la media hora toca el timbre de nuevo. Atiende el Nachito, que le encantaba atender la puerta. Y vuelve a la mesa con la carne a la brasa del mendigo, intacta, en la misma bolsa.

—¿Qué pasa? —pregunta el Zacarías.

—Dice el señor del bigote gordo que muchas gracias, pero que te devuelve la carne porque está un poco cruda.

Desde ahí le pusimos el nombre. Y estábamos orgullosos de tener en este barrio un mendigo exigente. Ahora es otra cosa, ya no hay gente como el Carnecruda. Ahora hay tantos pidiendo, tanto chiquillo de color, con hambre en serio, dando vueltas por la calle, que una no sabe qué hacer para darle a todos algo, cualquier cosa. Un poquito de lo poco que nos queda. ¿Qué se habrá hecho —me pregunto a veces— de aquel país en donde los mendigos devolvían la carne porque estaba cruda? A mí siempre, en verano, se me hace un nudo en la garganta cuando me pregunto esto.

Campeón europeo de váter-mano

Como si nos costara poco traer el pan, el Toño se ha saltado un semáforo en rojo y nos ha caído una multa. Ciento diez euros por lo del semáforo y doscientos cinco porque es menor de dieciséis años. Total: casi sesenta mil pelotas que hay que pagar o nos retiran la moto, que para más inri es la única movilidad que tenemos para cuando abramos la pizzería.

Mi marido está que echa humo, y ha perseguido al Toño por el fondo de la casa hasta que por fin lo ha cogido en un voleo y se ha desquitado un poco. Yo le gritaba:

—¡Zacarías, deja al chico en paz! —pero se ve que no hay manera con este hombre.

Si estuviéramos en una buena época, el Zacarías no habría hecho tanto esfuerzo por alcanzar al Toño. Como mucho le tira un zapato desde el sillón, o le jura la muerte y después se olvida, o se caga en sus muertos (que es gratis, porque el Toño todavía no tiene muertos)... Pero no estamos en la buena época.

Ya va para más de un año que a mi marido lo han despedido de Astilleros, después de veinte años dejándose la vida allí, y se libera de la reconversión naval dándole bofetadas al niño. No es que el Toño no se las merezca, que sí, pero a veces no se sabe si el crío es estúpido de nacimiento o por las patadas del padre.

No mucho después, y para demostrar que no escarmienta, me lo encuentro en el váter con una máquina de fotos.

—¿Otra vez colocado en casa, Toño? —le digo, poniendo cara de asco—. ¿Qué haces sacándole fotos a la mierda?

—Es un deporte que he inventado, vieja.

—¿Cómo que un deporte? —me espanto—. ¡Un deporte es algo que haces con otra gente, y sudas, y te dan trofeos!

—Es un deporte individual. Se llama váter-mano y va de hacer figuras mientras cagas... Al principio solamente me salían mojones sin forma, y ahora ya hago la jota en cursiva. Me cuesta cerrar el culo para hacer el puntito, pero ya me saldrá —me dice, orgulloso.

—¿Y la Polaroid para qué es? —pregunto, casi llorando.

—Le hago fotos a las figuras defectuosas antes de echarlas por el váter, para mejorar la técnica. A las que me salen bien no les hago fotos.

—¿Y qué haces con la mierda que te sale bien, hijo?

—La guardo en una caja de zapatos.

—Toño —le digo, reteniendo el llanto—: ¿pero tú no tienes perspectivas para cuando seas mayor? ¿No hay nada que te haga ilusión en esta vida?

Entonces se le ponen los ojos soñadores.

—¡Qué va! —me dice—. Me gustaría ser campeón europeo de váter-mano... Y que me saliera la figura más difícil.

—¿Qué figura, descerebrado? ¿De qué me estás hablando?

—Qué figura va a ser, ¡la clave de sol! Es complicado cagar una clave de sol, mamá, sobre todo la vueltecita esa que hace al final.

Dejo a mi hijo en el baño y me voy a llorar al fregadero.

Escándalo en el barrio

Hoy por la mañana han llegado del Ayuntamiento a preguntarme si era yo quien había puesto una denuncia a la vieja doña Paquita, que vive aquí al lado.

—Sí, por supuesto, oficial —les he dicho—, la he denunciado a finales de julio, porque así no se puede vivir.

—Y bien que has hecho, Lola —grita Emilia, que es la vecina de enfrente, dándome la razón.

Emilia siempre fue una mujer muy chismosa, antes de tener la peluquería y después de cerrarla. Cotilla profesional, de esas que saben la vida y milagros del barrio desde su fundación hasta el día de hoy. Pero como vivía a la vuelta de casa mucho no me importaba. Pero ahora la tenemos a un tiro de piedra, y también ella tiene que soportar a doña Paquita.

Entre las dos, se deben de pasar unas doce o catorce horas al día mirando por la persiana para el lado de la calle. Yo me figuro que del otro lado deben tener un taburete o algo.

Cuando salgo a la calle, ya siento que tengo cuatro ojos clavados en la nuca que me persiguen. Emilia es como *La Gioconda*: te pongas donde te pongas ella siempre te está mirando. Yo no sé cómo hacían los pintores de antes para dar esa sensación, pero a la Emilia le sale perfecto.

Debe haber toda una cuestión entre las viejas y las persianas. Lástima que no tengo al Nacho a mano para preguntarle, porque él seguro que ha leído algo sobre el tema. Pero llega una edad que las viejas se instalan detrás de la persiana de su habitación y no las quitas de ahí ni con los bomberos.

Cuando son casadas lo dejan dos o tres horas, por la tarde, para hacerle la cena al marido, pero una vez que enviudan se llevan el túper a la ventana y se quedan a vivir allí.

Pero la Emilia es, dentro de todo, inofensiva. En cambio doña Paquita tiene peligro: se esconde tras la ventana porque está buscando el ángulo para escupirte. Desde que está mal de la cabeza escupe; a todo dios que pasa lo escupe desde un agujerito que ha hecho en la ventana.

Con los meses ha ganado mucho en puntería, pero más que nada es envidiable la consistencia del salivazo. Debe de ser que la gente de la tercera edad se alimenta distinto, qué sé yo, y después la saliva se le acaramela en la boca, pero tiene un escupitajo que parece una pedrada, esta santa mujer. Hace un mes al Toño le hizo un moratón debajo del hombro de un escupitajo.

—¡La loca de al lado me ha dado en la vacuna! —se quejaba la criatura y con razón.

Por eso he llamado al Ayuntamiento. Y hoy se han dignado venir.

—¿Cuál es el motivo de la denuncia? —me dicen.

—Esta señora nos escupe, jefe —señalo con la punta de la escoba.

Así que los del Ayuntamiento han tocado el timbre de doña Paquita para hacerla entrar en razón, y la vieja los ha empezado a escupir a través de la persiana entrecerrada. A un funcionario de traje gris le ha dado en el ojo y el hombre ha tenido que sentarse porque se mareaba de dolor.

Hemos salido todos los vecinos, y el Toño (que odia a doña Paquita más que nadie) ha enloquecido y ha comenzado a dar patadas a la puerta gritando:

—¡Venga, escúpeme ahora que estoy con la ley, vieja cobarde!

El Toño se envalentona cuando ve que lo secunda la pasma. Al final ha venido el hijo de la vieja, que trabaja de repartidor de butano a dos calles de aquí, y ha firmado unos papeles asegurando que iba a tapiar la ventana con ladrillos para que no se repitieran los incidentes.

Doña Paquita, mientras todos nos íbamos metiendo en casa, nos miraba desde un agujero de la ventana, con los ojos tan llenos de odio que a mí se me ha puesto la carne de gallina. Para mis adentros pienso que un día de estos el viejo loro se va a querer vengar de mi familia.

Los viejos rencores del Zacarías y su padre

Mi marido y mi suegro siguen enfadados entre ellos, y últimamente hay mucha tensión en casa. Nos pasamos las mañanas y las tardes en el garaje, tratando de convertir ese cuchitril en una pizzería decente, pero nunca pasa media hora sin que el Zacarías y el Nonno empiecen a discutir por alguna idiotez.

—Aquí lo que hace falta es un tabique del cuatro —dice mi marido.

—Non, del chincue —corrige don Américo.

—Del cuatro, papá.

—Del chincue.

—Del cinco será en Italia, ese país en el que tú estabas cuando yo necesitaba un padre.

Yo no sé si están reviviendo sus peleas del pasado, de cuando el Zacarías era soltero, pero en vez de hablarse se ladran, y cuando pasan uno al lado del otro ni se saludan.

El Zacarías nunca me ha hablado abiertamente del problema con su padre. Todo lo que sé he debido componerlo con datos y fragmentos, como un puzzle que sigo sin ver completo. Pero el asunto viene de lejos.

En los años cincuenta don Américo era camionero. Vivía más en Italia que en su propia casa. Doña Antonia estaba enferma de celos y siempre pensó que el marido le ponía los cuernos. Cuando el Zacarías cumplió cinco años, lo sacó de la escuela y lo obligó a acompañar a su padre en sus viajes. Don Américo no se negó.

La cuestión es que en realidad mi suegro sí tenía una doble vida, y entonces dejaba al niño con otro camionero que hacía la ruta a Portugal. Resumiendo: que el Zacarías se pasó siete años de su infancia viajando a Lisboa con un desconocido que llevaba y traía soja, y ocultándoselo a la madre para cubrir a su papá. A la madre le decía siempre que había estado en Italia... ¡Qué santo de marido tengo!

Hasta que un día que estaban los tres en casa, doña Antonia le preguntó a su hijo:

—Dime mi niño, ¿qué tal es Italia, te gusta?

Y el Zacarías, que tendría unos once años, le contesta:

—Muito bonito, mamãe. ¡É qué praias mais longas!

Y entonces doña Antonia, que ya se olía algo, porque el Zacarías volvía a casa cada vez más tostado y a veces hasta con el pelo con motas, se separó de su marido y se fue para siempre de la casa. Y al Zacarías desde ese día no lo quiso ni su madre (que llamaba a su hijo «el cómplice») ni su padre (que le llamaba «il mascalzone gilipolla»). Por eso a veces mi marido es tan duro con su padre, y por eso también nunca va al cementerio a ponerle flores a doña Antonia.

Cuni... ¿qué?

A veces es malo revolver cosas en tu propia casa. Ayer, buscando un recibo del teléfono del mes pasado, entro en el cuarto de la Sofi y me encuentro con unas bragas de la niña a las que ella misma les había cosido unas orlas de encaje.

Una es madre, pero antes que madre es mujer, y hay cosas que coge al vuelo. Así que salgo como si me llevara el diablo y le muestro a mi marido:

—Mira tu hija —le digo—, le ha puesto unas orlas a las bragas.

—¿Y qué quiere decir eso? —me dice el Zacarías.

—¡Que la Sofi ya tiene escarceos sexuales, Zacarías! —le grito para que espabile—. ¡Si una niña le cose orlas de encaje a las bragas es para que alguien se las vea, coño!

Y el Zacarías, que cada vez está más vegetativo, me dice:

—¿Pero tú quién eres, Pepe Carvalho?

Me he pasado toda la tarde dando vueltas al asunto, a pesar de que nadie en esta casa parece alarmarse por el descubrimiento. La niña tiene catorce años, ¡catorce!, y si ya va por este camino, en dos años me la dejan preñada.

Por fin me la encuentro sola en casa, y aprovecho para tener con ella una charla a fondo sobre sexo.

—¿Y tiene que ser ahora? —me dice la ingrata—. ¡Si es que va a empezar *Titanic*!

—Venga, Sofía, que ya la has visto cien veces y luego te da la llorera —le digo—. Además, ya es hora de que te explique algunas cosas de mujeres, porque así a lo tonto no puedes seguir.

Nos sentamos en la mesa de la cocina con dos tazas de café. Pongo la luz del patio, para dar un toque de intimidad, y hago esfuerzos para no demostrar a la niña lo nerviosa que estoy. Pero por dentro yo misma me siento temblorosa, como si me estuvieran pasando la aspiradora por el intestino delgado. Además, la insolente me mira como si estuviera a punto de empezar la función del circo y yo fuera la pulga amaestrada.

—A ver... —le digo, enarcando las cejas—. Por dónde empezamos.

—Tú misma —me dice mirándose las uñas.

Silencio absoluto. La Sofi mastica el chicle mientras me escruta, esperando que yo diga algo. Me llega todo el aliento a tutifrutí. El segundero del reloj de la cocina da vueltas, despacio y con ritmo, pero a su bola.

—Yo soy tu madre y eso lo sabemos —le digo—. Pero ahora hazte cuenta de que soy tu amiga, y de que me puedes preguntar lo que quieras. Soy una especie de amiga mayor con mucha experiencia, y tienes la oportunidad de recurrir a mí para que te saque de las dudas. —La miro fijo—: ¿Qué quieres saber?

—¿Sobre sexo, dices? —pregunta.

—Pues claro, mujer, de eso hemos venido a hablar.

Se rasca la cabeza, piensa un poco y me dice:

—Venga... ¿Cómo hay que decirle a un tío que ya no quieres cunnilingus y que vaya al grano porque estás a cien?

Me mira. Pestañeo seis veces. Ella intenta aclararse:

—Quiero decir... ¿Se lo dices así, abiertamente, o te haces la tonta y le vas levantando la cabeza para que se entere?

Ahora pestañeo once veces. Me siento paralizada, como un canario embalsamado en su jaula. Lo único que pienso es: «¿Quién me ha mandado a mí tener esta conversación?». Lo que más me molesta

no es no saber de qué coño me está hablando mi hija; lo que más me molesta es el gesto que me pone la idiota de esperar una respuesta.

—¿A qué hora empieza *Titanic*? —le digo.

—Ahora mismo —me dice—, está empezando. Y es la versión ampliada, hay muchos más ahogados que en la original. ¿La vemos?

—Vale —le digo—, ve tú que ahora te sigo. Otro día hablamos de sexo, Sofi... De pronto veo que eres muy pequeña para según qué cosas.

—Puede... —me dice. Y sale disparada a ver la televisión.

En cuanto la pierdo de vista, me voy a la habitación del Nacho, que es donde está el ordenador con la banda ancha, y tecleo como una desesperada la palabrita esa en el Google: «cunnilingus», intentando no hacer ruido con el teclado. Me tiemblan las manos, se ve que es el miedo de ser mala madre.

¡Y ahí está la palabra, muerta de risa! Es decir que no es un invento de la niña para salir del paso... Me quedo como cinco minutos leyendo la primera página que encuentro. No me hace falta más. Leo como ochenta veces el mismo párrafo, ese que dice: «... el 68% de las mujeres con edades entre 18 y 44 años encuentra atractiva la idea del sexo oral, frente a sólo un 40% en el grupo de las de 45 a 59 años».

Enseguida me invaden dos necesidades irrefrenables. Así que me voy hasta el fregadero, cojo la escoba con las dos manos, entro en el comedor sin que la Sofi me vea, y así sin más, sin gritarle ni nada, sin armar un escándalo, la reviento a escobazos por puta, por malcriada, por envidia generacional y por usar palabras en latín para hacerse la enterada. Primera necesidad satisfecha.

Después, ya más desahogada, me acabo el té, imprimo la hoja del Google, la escondo bajo la almohada y espero al Zacarías en la cama para ver si esta vez hay suerte y satisfacemos la segunda necesidad.

Secretos oscuros de la Negra Cabeza

El Toño sale todas las santas noches y ya hace años que ni le pregunto adónde, más que nada para no sufrir. A veces vuelve con arañazos, a veces cuando vuelve no da con la cama y se cae redondo en el recibidor, a veces no vuelve en dos días y a veces regresa con tres melendados que se nos comen todo el pan del desayuno y me pisotean las begonias. Más o menos eso es todo lo que hace, y el Zacarías y yo ya estamos hartos de intentar encarrilar al niño. Pero lo de esta madrugada es el colmo. ¡Que yo me acuerde, jamás, nunca en su vida el Toño había vuelto a casa con una mujer!

Esta mañana me levanto y cuando entro en el váter veo una desconocida lavándose la cara en el lavabo. Una mujer grande, era, mulata, con una camiseta del Toño que dice «Ojos de Brujo» y debajo nada.

Me mira seria, como un perro que ha tirado una maceta. Yo también la miro. Nos miramos las dos sin decirnos nada. Hasta que como al minuto yo digo:

—¿Qué hace usted aquí?

La señora abre la boca como para decir algo, pero por detrás aparece el Toño, un poco

ruborizado, y me dice:

—Mamá, ésta es mi novia, la Negra Cabeza.

La mujer alza la mano toda enjabonada, me la tiende y me dice:

—Mayor gusto.

—Toño, ven un segundo —le digo a mi hijo, y lo saco del váter para que la mulata no nos oiga—. ¿Cómo que tu novia, pánfilo, si esa señora es casi de mi edad? ¿No lo ves que es mayor, y que además tiene rasgos?

—¿Y a mí eso qué me importa? —me dice—. Le gustan los Ojos de Brujo... Eso es lo único que vale en nuestro amor.

Entonces yo respiro hondo, abro un pelín la puerta del baño y le digo a la mujer:

—¿Se queda a desayunar, señora? —y ella me hace así con la cabeza, como diciendo «venga, me quedo».

Esto ocurrió a las ocho de esta mañana. La Negra Cabeza se quedó tan tranquila, desayunando con el Zacarías y el Toño y charlando sobre la muerte de Rainiero. Parece que a mi marido le cae bien, porque la señora dice que es socialista.

Lo triste no es eso, sino que se ha pasado el día en casa, y el asunto ya me desborda. No sólo es que me dice «mamá» como si ya fuera de veras mi nuera, sino que se está tomando libertades que no le corresponden, como por ejemplo ir en bragas por el patio.

La mujer tiene cuarenta y cuatro años (le he revisado el bolso para asegurarme, porque ella dice treinta y seis) y gracias a ese pequeño pecado de detective he descubierto algunas otras cosas, como que se llama «Cabeza, Silvia Lorena» y lo que es peor: ha nacido en Guinea. «¡Mi hijo con una subsahariana!», pensé, y se me fue el alma al suelo.

No es que yo sea racista, pero todos los nacidos en África son un poco dejados, se les caen los dientes antes de tiempo y en lugar de llamarse por teléfono tocan el tam-tam. Y eso por no hablar del olor que desprenden, muy semejante al de la parte de atrás de los supermercados.

Voy a tener que hablar muy seriamente con el Toño de geografía, para abrirle los ojos con respecto a los defectos de nuestros hermanos del otro lado del Mediterráneo.

¡Ay! Mientras escribo esto, oigo las carcajadas (ahora sé que son carcajadas subsaharianas) de la Negra Cabeza y las risotadas enfermas de mi hijo, los dos felices de la vida, y se me frunce el corazón de tristeza.

Home, sweet home

Ayer finalmente se ha vendido la casa vieja. La compró una gente de Madrid, que quiere tirarla y poner un Blockbuster. Nos quedamos mudos cuando el de la inmobiliaria nos llamó esta tarde y nos dijo que la cerradura ya era otra y que solamente teníamos que ir a firmar.

Muy en el fondo pensábamos que el cartel de «Se vende» iba a quedar de por vida pegado en la ventana. Y ahora que lo descolgaron nos ha dado una especie de impotencia. Como si se hubiera muerto un pariente y nos hubiésemos enterado seis meses después. Ganas de llorar para atrás: de haber llorado a tiempo. Cuando miremos por la ventana hacia esa parte del barrio, de ahora en adelante y para siempre

nos va a faltar lo más importante del paisaje.

La Sofí y el Toño nacieron ahí. No se acuerdan de otra cosa. Se han pegado golpes y golpes contra el mosaico aprendiendo a caminar, han jugado al escondite en todas las habitaciones, han trepado al árbol del patio hasta que lo partió el rayo del 93... Por eso, desde esta tarde, van los dos medio tontos, sin querer llorar pero con un nudo en la garganta que se les nota en la cara.

Para el Zacarías y para mí comprar esa casa fue lo único que nos salió bien en la vida. Peseta a peseta, dolores de espalda y de cabeza, horas extras en Astilleros y venta persistente de mis pasteles por el barrio. Con el Nacho pequeño, descuidado por nosotros y medio criado por los abuelos, a veces nos mirábamos y nos dábamos cuenta de que no podíamos más, que ya no teníamos de dónde sacar fuerzas; nos humillaba vivir en casa de mis padres, pero salimos adelante.

Era la obsesión de tener algo nuestro, era como la pelea de dos cabezotas... Queríamos una familia y un techo. No queríamos nada más en la vida.

Y un día llegó. Y nos pasamos quince años debajo de ese cielo de nuestra propiedad. Allí nacieron los críos, y llegaron las paredes con gotelé; y más adelante aparecieron los adornos del todo a cien; y después un siglo nuevo, con la paradoja de tener módem y no tener trabajo: las dos cosas por primera vez. Y nosotros allí, aguantando la tormenta, como si la casa vieja fuera el paraguas de todos los males de este mundo. Como si la casa nos abrazara.

Y ahora vienen y nos dicen que van a poner un Blockbuster. Que la tiran abajo. Mira tú... Dentro de seis meses este barrio tendrá películas de Stallone donde estaba mi cajón de las bragas. Las de Meg Ryan en la parte donde el Toño tartamudeó «papá» por primera vez. La sección Cine Clásico donde el Nacho guardaba el escaletric. Y los DVD donde mi madre, antes de morir, me dijo por última vez que me quería.

La casa vieja nació para nosotros el 12 de marzo del 88. Me acuerdo muy bien de ese día, de la tardecita en que nos dieron la llave que ahora ya no abre ninguna puerta. Entramos los dos y vimos la casa sin muebles, quieta como un río en verano, esperando llenarse de todos nosotros. El sol entraba por la ventana de la cocina, y un rayo de luz pegaba en el mármol de la encimera y hacía parpadear el picaporte de la puerta. Esa imagen la tengo grabada.

Y yo, que había aguantado cuatro años de trabajo inhumano sin quejarme, que había llorado sin ruido para que mis padres no sufrieran, al ver tanta maravilla me desmoroné y me puse a llorar de felicidad apretando la llave flamante sobre el hombro del Zacarías. Y él, pobre santo trabajador, héroe mío, me decía:

—¿Has visto, mujer? Lo hemos logrado.

Él tenía pelo. Yo era tan bonita... Ninguno de los dos sabíamos que el Toño ya me estaba haciendo cosquillas en la barriga y que por fin íbamos a empezar a tener un hogar.

Tenemos que ponerle más voluntad

Antes de haber decidido tan alegremente montar la pizzería y trabajar todos juntos, tendríamos que haber aprendido de las enseñanzas de *Gran Hermano*. Hace solamente dos días que inauguramos el local y ya hay grupos, dimes y diretes, camarillas, recelos y gestos de resquemor.

En resumen, que el Zacarías no se habla con su padre por culpa de ese problema antiguo del que sabemos poco o nada; que el Toño y la Sofi se llevan como perro y gato, porque el Toño le quiere tocar las tetas a la hermana para ver si son duras; que yo le tengo mucha manía a la Negra Cabeza porque la gente africana no es de fiar; que la Sofi sigue con morro porque su padre no le permite irse de marcha con minifalda pero en cambio la obliga a usarla para atender a la clientela; que el Nacho está angustiado porque su hermano se bebe la cerveza buena que está para vender; que la Negra Cabeza pretende que mi suegro no la manosee en público, y aunque le decimos que lo hace con todo el mundo, ella que no y que no; que yo estoy cabreada con el Nacho porque me desatiende los números del negocio y se pasa horas con su novio José María; que el Toño y la Negra Cabeza se esconden en el almacén a juntar los pelos cuando hay clientes esperando y a veces hasta se oyen los gritos del coito; que el Nacho no soporta que la Sofi se pase dos horas hablando por teléfono con su noviete, porque dice que el negocio depende de que el teléfono esté desocupado. Y así.

Ay, Virgen santa; yo no sé si esto va a funcionar como pensábamos. Además, cuando se da la casualidad de que estamos todos de buen humor y no hay peleas ni rencores, pasa lo de anoche, que nos pusimos los siete un rato a jugar al dominó y cuando nos quisimos dar cuenta eran las dos de la madrugada y nos habíamos olvidado de abrir. ¡Un día perdido, Madre de Dios!

Hoy espero que estemos otra vez todos peleados, pues al menos así nos acordamos de que tenemos trabajo. Si fuéramos chinos seguro que esto no nos pasaba. Claro... Pero seríamos bajitos, amarillos y tendríamos olor. Ya a estas alturas no sé qué es peor.

Para quitarnos el estrés, el Zacarías y yo nos hemos tomado la mañana y hemos estado como en una especie de luna de miel. Nos hemos ido temprano a dar la vuelta por el parque y estuvimos tumbados en la hierba hablando de la pizzería, de los niños y del futuro. Como cuando éramos novios. Después lo he dejado en el bar y me he vuelto para casa.

Al entrar, la pizzería echaba tanto humo que pensé que se habían dejado encendido el horno, pero no. ¡Todo el mundo estaba fumando canutos! Se ve que cuando no están los gatos padres, los ratones hijos y la rata subsahariana bailan. Lo primero que me salió fue del alma:

—¡Tú también Nacho, hijo mío! —he gritado.

La Sofi y el Toño no podían parar de reírse, y el Nacho y la Negra Cabeza estaban hablando por teléfono con los zapatos. No me hacían caso cuando les hablaba.

—¿Podéis parar un poco, enfermos? —les digo.

El Toño me contesta:

—Somos detectives, y estamos esperando al Superagente 86.

Y otra vez todos meándose de la risa y dándole al petardo.

—¿Pero no os dais cuenta de que puede aparecer el abuelo en cualquier momento? —les digo, espantada.

Y la Sofi me contesta:

—El abuelo es el Superagente 86, mamá, y está metido en el horno.

En ese momento mi suegro saca un poquito la cabeza llena de hollín y dice:

—Non é un horno, Noventanove, ¡é il conno del chilencio!

Un hombre llamado Douglas

Anoche muy tarde sonó el timbre de la calle. «Qué raro», me digo, y pensando que era el Toño (que de borracho muchas veces no atina con la llave en la cerradura) voy a abrir en camisón. Pero no era él: de la oscuridad emergió un hombre. Nunca en la vida había visto un ser humano tan elegante.

—Discúlpeme, hermosa dama —me dice con acento cantarín—. ¿Es aquí el negocio que expende alimentos italianos?

Yo me quedo un poco petrificada, por la voz y por esos ojos negros y profundos.

—Sí, pero la pizzería está cerrada, señor..., pásese mañana.

El buen hombre pone un pie en la puerta y me dice:

—Precisamente, yo soy cocinero, el mejor chef de Montevideo, y estoy pasando un mal momento económico... ¿Usted no necesita...?

Y se queda así, mirándome, quieto.

—¿No necesito... qué? —le digo, con el corazón en la boca.

—Un cocinero, un amigo, un gourmet que le dé consejos y la anime... —me dice.

Y yo, no sé por qué, a todo lo que él me propone le voy diciendo que sí con la cabeza, como hipnotizada.

—Si me da un número podemos concertar una cita diurna... —le digo—. Es que ahora no estoy visible.

El hombre entonces quita el pie de la puerta y me deja su tarjeta con dos dedos, el índice y el mayor. Dos dedos enormes, llenos de huesos.

—Espero oír su voz en breve, querida señora, y lamentaré no volver a verla «invisible».

Yo me quedo sin palabras otra vez, y lo veo irse. Le grito:

—¿Cómo se llama, usted?

El hombre se da la vuelta y me mira otra vez a los ojos.

—Soy Salvático —me dice—; Douglas Salvático. Pero puedes llamarme «El Tigre» si lo deseas.

Me encierro dentro temblando como una niña que ha visto a Beckham. ¡Qué voz, qué ojos, qué caballero este señor! Por la mañana, a primera hora, le he dicho al Nacho que necesitamos un cocinero de verdad, porque el Nonno hablará mucho en italiano pero de pizzas no entiende nada. Además, está viejo y se nos puede morir cualquier día. Eso le digo a mi hijo, que me mira como si hubiese visto un fantasma.

Douglas Salvático... ¡Qué nombre tan seductor que tiene el nuevo empleado!

Los antipirosos del Zacarías

Entre el Zacarías y yo sentamos al Toño a la mesa y le empezamos a preguntar qué pensaba hacer con su vida. Yo hoy estoy medio alterada por problemas cotidianos de dinero, así que no me fui por las ramas.

—Escucha, imbécil —le digo—, o te consigues un curro decente o te vas de esta casa; que aquí no estamos para mantener vagos.

El Toño mira a su padre y le dice:

—¿Y tú, papá, te vienes conmigo a la calle, no? Porque últimamente más vago que tú...

En el momento justo que yo pensaba que el Zacarías iba a hacer uso de su infalible revés con nudillo (cosa que el Toño se merece cada vez más) mi marido va y se me desmorona. Hunde la cabeza entre los brazos y se echa a llorar como Conchita Velasco en *Las que tienen que servir*.

Entonces el Toño y yo nos quedamos sin aire; nunca lo habíamos visto llorar de ese modo al Zacarías. Nunca jamás en la vida de Dios. Se pasa dos minutos lloriqueando, hasta que levanta la cabeza, mira al Toño y le dice:

—¿Tienes un pañuelo?

El Toño le da un pañuelo; entonces el Zacarías me mira a mí y me dice:

—¿Me das un cubito de hielo?

Y yo le doy un cubito. El Zacarías mete el cubito dentro del pañuelo, se levanta, toma impulso y le arrea un puñetazo en el ojo al Toño.

—Toma —le dice—, ponte hielo en ese ojo antes de que se te hinche. —Y hace mutis.

¡Un superhéroe, el Zacarías! Me ha dejado toda enamorada con esa salida.

El problema es que cuando alguien le dice al Toño que tiene que hacer algo con su vida, el niño va y se obsesiona con su estatura. Dice que la culpa de todo es de su metro cuarenta y siete.

Un rato más tarde del guantazo que le ha dado su padre, me encuentro al crío cabeza abajo, colgado de los tobillos en la enredadera del patio, casi sin respiración y con el cerebro lleno de sangre.

—¿Qué estás haciendo, subnormal? —le pregunto.

Casi no me podía contestar de lo incómodo que estaba el infeliz. Con un hilillo de voz me explica:

—A ver si puedo alargar un poco las patas...

Si el Zacarías no me ayuda a bajarlo se nos queda muerto el gilipollas, como un ahorcado al revés. Además el padre, aunque tiene buenas intenciones, nunca encuentra las palabras para darle ánimo y le salen antipirosos. Después de un rato le dice, palmeándole la espalda:

—Vamos, Toño, ánimo, hijo, que eres el enano más alto del mundo.

El Toño lo ha mirado, ha hecho un puchero y se ha ido llorando a su cuarto.

—Coño —ha dicho entonces el padre—, si le doy una hostia ni se mosquea, pero cuando le doy ánimos se va llorando...

El Zacarías tiene esas cosas de bruto que es. Una vez, queriendo decirme algo cariñoso, me miró a los ojos y me susurró: «La última vez que fui feliz, Lola, fue el día que te conocí». Es un desalmado y un cavernícola, ¡pero con qué voz de galán maduro nos dice sus antipirosos!

Cantinflas, un gato mexicano

Hoy el Cantinflas cumple seis años, y es la primera vez que no le hemos podido preparar una fiesta decente al pobre gato, por culpa de esta pizzería que nos está dando más trabajo que dinero. Esta mañana, mientras le daba un par de besos al minino para que no se sintiera desplazado, me acordaba del día que lo encontramos.

En aquella época teníamos un perro muy querido que se llamaba Sumcutrule, que se pasaba el día persiguiendo a los Citroën. Yo no sé por qué había elegido esa marca de coches para perseguirlos, pero cuando oía el motor de un dos caballos saltaba la tapia y corría por la calle, mordiéndoles las ruedas. Los Citroën eran inofensivos y no pasaba nada, hasta que salió al mercado el Citroën 3CV, que era un matador, y nos asesinó al perro un 30 de mayo aciago. ¡Qué drama más grande!

Sufrimos como si se hubiera muerto el Toño, que en esa época tenía once años y también nos habíamos encariñado mucho con él. Fue una época fea: toda la familia llorando por los rincones, y acordándonos del Sumcutrule, que era un foxterrier y tenía los mismos ojos que José Sacristán.

Una semana después del asesinato, la Sofi (que ya iba a la escuela) dejó de comer por culpa de la tristeza. El Zacarías dice que dejó de comer por culpa de Felipe González, pero yo creo que era por la tristeza. Así que nos planteamos conseguir otra mascota, que siempre es mucho más fácil de conseguir que otro presidente. Y justo cuando íbamos a la tienda de animales a comprar una tortuga (que son más duras y se mueren menos que los perros), un vecino loco que ya murió, y que siempre nos tiraba cosas al patio, nos sorprende con un gato blanco recién nacido.

La Sofi enseguida lo cogió y comenzó a acariciarlo, y supimos que, de allí en adelante, ése sería nuestro gato. Como le dolía todo el cuerpo al felino, en vez de maullar en castellano (miauuu) maullaba en mexicano (mieeeeeiiiiuuu), así que el Nacho le puso Cantinflas, como el actor cómico, por eso y porque tenía los bigotes desplazados para izquierda y derecha. También le podríamos haber puesto Don Ramón, como a un zapatero mexicano del barrio, pero nos pareció que Cantinflas era más universal. Eso pasó un día como hoy de hace seis años; por eso ahora le he dado un par de besos al gato. Para que lo recuerde.

Hasta el jueves, caballero

El Nacho ha aceptado contratar (en negro, por supuesto) a Douglas Salvático durante un mes, para ver cómo se desenvuelve en la pizzería. Esta mañana he llamado al chef para darle la buena noticia. Por alguna razón he guardado su tarjeta más de tres días en el escote del sujetador, como si fuese un pájaro al que hubiera que alimentar con leche materna.

—¿Sigue interesado en el empleo, Douglas? —le he preguntado, enroscando el cable del teléfono en el dedo. No sé por qué hago este gesto cuando estoy nerviosa.

—No he dormido esperando tu llamada, Lola —me dice él, y yo no logro entender si se trata de una respuesta a mi pregunta o de algo que ha dicho porque sí, sin motivos.

—Hemos estado evaluando su propuesta —le digo, haciendo esfuerzos por tener un tono de voz neutral—, y quisiéramos hacerle una prueba.

—¿Me quieres probar?

Tapo un segundo el auricular para respirar con ruido sin que me oiga. Después digo:

—Nos gustaría —debo utilizar el plural para no desmayarme—, nos gustaría mucho evaluar sus aptitudes.

—Ahora mismo voy para allí, Lola —me dice.

—¡No! Ahora no —me desespero—, que sea el jueves. Por la tarde.

Nos despedimos con dos «hasta entonces» susurrados a la vez, como un dúo que cantase boleros de amor por teléfono.

El Nacho me había dicho que hoy era un buen día para la prueba, pero en el último momento decidí que pasara un poco de aire. Es que necesitaba tiempo para respirar, para saborear el aroma de un plato que, está claro, no voy a probar jamás.

Con un impulso de cría adolescente, me he pasado todo el día de hoy de tiendas. Me he comprado un vestido verde, he ido a la peluquería, he caminado por la calle cantando.

—¡Mamá! ¿Qué te ha pasado en el pelo? —me ha preguntado el Toño hace un momento, al verme volver a casa rejuvenecida.

—¿Te gusta? —le digo.

—Pareces una de esas viejas que no quieren ser viejas.

Mira por qué poca cosa el niño se ha quedado sin cenar.

Nunca hay que hablar de más

¡Ay, qué desastre! El Nacho me pregunta hoy al mediodía si puede traer a trabajar a la pizzería a su novio el José María.

—Es que, según están las cosas, mamá, vamos a necesitar a alguien más —me dice, sin mirarme a los ojos.

Yo le grito:

—¡Pero Nacho! ¿Y con tu padre qué hacemos? Tu padre se muere si se entera de que eres...

Me tendría que haber mordido la lengua antes, porque por la mitad de la frase entra el Zacarías en la cocina, con un vaso de agua y en pijama. Nos quedamos los tres como secos, inmóviles, mientras las palabras empiezan a rebotar por las paredes: «... tu padre se muere si se entera de que eres... si entera de que eres... que eres...».

Cuando la frase deja de hacer eco, vemos que mi marido se empieza a poner blanco, y después flamea, y después se pone amarillo, igual que la bandera del Vaticano. Mira al Nacho con odio en los ojos y le dice:

—¿Qué eres tú? —dice—. ¿Tú qué eres, Ignacio?

—Soy diferente, papá —susurra el Nacho despacio.

—¿Diferente cómo? ¿Y por qué yo no me tengo que enterar?

—Zacarías, no te pongas así —le digo yo—. El nene es...

—¡Tú te callas! —me interrumpe el Zacarías—. Quiero que me lo diga él.

Ignacio se sienta en una silla y se pone a llorar como un niño. Ninguno de los tres nos damos cuenta de que el Nonno ha entrado en la cocina.

—¡Ío tengo tutta la culpa, filho! —le dice mi suegro a mi marido—. ¡He sido ío il culpábile! El Nachitto é merengüe, non é del Dépor... ¡Sempre ha sido del Madrí, come el suo nonno, come ío! —y el abuelo se tapa la cara con las manos y se pone a llorar.

Todos nos quedamos mirando al Zacarías, sin respirar.

—¿Mi padre y mi hijo mayor? —dice el Zacarías—. ¿Los dos? ¿Del Madrid? Esto es el fin de la

familia —dice, y se va de la cocina mudo, herido, desinflado, pegando un portazo que ha tirado tres cacerolas.

Cuando nos quedamos solos, el Nonno saca un ojo por entre los dedos y nos mira. Se recompone y le dice al nieto:

—¿Así que ere monosechuale, bambino? —y le acaricia la cabeza, comprensivo.

Los dejo solos, para que se cuenten sus penas, y me voy despacio a la habitación, para consolar al Zacarías. Me lo encuentro cortándose las uñas de los pies, que es mal augurio.

Cada vez que el Zacarías se corta las uñas de los pies es que está sufriendo. Debe de ser su manera de canalizar. No le pasa a menudo, por lo que siempre usa zapatos dos números más grandes. Con uñas largas calza el 43, y cuando sufre mucho vuelve al 41. En la primera época de Felipe González, que estábamos todos con trabajo, llegó a calzar un 45: parecía un payaso, pequeñito y con zapatones gigantes. Cuando vino Aznar y empezaron a echar a gente de Astilleros había tanta tensión en casa que un día le tuve que comprar unos mocasines del 39. Ahora me lo encuentro cortándose las uñas con unas tenacillas, porque piensa que el hijo mayor le salió del Real Madrid. Le digo:

—No sufras, Zacarías, lo importante no es que sea del Madrid o del Depor; lo que importa es que sea feliz.

—¡No me vengas con frases de esos libritos que lees tú, mujer! —me dice—. Preferiría mil veces que tuviera cáncer o que fuera sordo, ¿pero merengue? ¿Nuestro hijo mayor, el único que parecía normal? ¿Cómo lo miro a los ojos yo, ahora? ¿Cómo salgo a la calle?

—No es para tanto —le digo, tanteando la situación—. Peor sería si fuera homosexual, ¿no es cierto?

—¡Ser sarasa es una enfermedad, mujer! —me dice, sacando la lengua porque justo se estaba cortando la uña del dedo pequeño—. Sarasa se nace, cuando eres sarasa no hay tu tía: te gusta la picha desde niño y a la mierda... Pero ser merengue es una elección... ¡No vas a comparar!

—Entonces, ¿preferirías que tu hijo fuese gay?

—¿Merengue o sarasa? —me dice, y se queda pensativo—. Son dos desgracias muy grandes, Lola... Es como si me dijeras moro o sudaca. Las dos cosas son jodidas. Además, si es merengue ya es un poco sarasa, lo llevan en la piel, les viene con el carné de socio... ¡Lo único que falta es que ahora venga y nos diga que quiere ser morito!

—¡Ay, Zacarías, que te pierdes por la boca! —digo yo, espantada—. ¡Con esas cosas no se juega!

El Toño al psicólogo

Por iniciativa del Nacho (que es el único que tiene amigos profesionales) esta mañana he llevado al Toño, a rastras, a ver a un psicólogo, para ver si se puede hacer algo con la criatura.

Como era la primera visita, me he metido dentro de la consulta con él, y ahora estoy con una rabia tremenda... Nada más llegar, el caprichoso ha querido echarse en el sofá, como en las películas de psicólogos, y eso que el doctor le decía que no hacía falta. Pero él venga, que quería echarse en el sofá. Cuando se ha salido con la suya y se ha acostado, se nos quedó dormido y empezó a roncar.

—¿Pero niño —le digo yo—, atiende lo que dice el doctor Madariaga!

—No, señora, no le presione —me reprocha el psicólogo—, está intentando llamar nuestra atención.

—¿Usted cree? —le digo—. A mí me parece que está atragantado de Trapax, se pasa las noches tomando pastillas con los amigos, y después llega la mañana y siempre está un poco gilipollas.

—¿Eso es cierto, Antonio? —dice el doctor—. ¿Necesitas evadirte por las noches?

—¿No tienes un almohadón, bigote? —balbucea al Toño, y yo me pongo toda colorada.

—¿Un almohadón...? —dice el psicólogo, que se ve tiene una paciencia increíble con los locos—. ¿Te sientes generalmente incómodo?

—En vez de poner esa voz de canario podrías ir a buscarme un almohadón, psicópata —le dice el Toño.

—¿Toño, que el señor es psicólogo! ¡Le pides perdón al doctor ahora mismo! —le digo yo, agarrándolo de una oreja.

—Señora —me dice Madariaga mientras me mira con unos ojos hipnóticos que parecen los de una lechuza—. ¿Nos deja solos, por favor? Yo no puedo trabajar si usted presenta esta actitud tan hostil.

—¡Ja! —dice el Toño, abriendo un ojo—. ¡Bravo, psicópata! Déjanos solos, vieja hostil, ¿no has oído al señor?

Así que me he venido para casa dando un portazo que casi se le caen todos los diplomas. Lo más probable es que ahora el Toño se haga amigo del pánfilo aquel, y salgan los dos de noche a tomar pastillas por ahí. Ya no se puede confiar ni en la medicina.

Ha llegado un mago con las manos enharinadas

Douglas ha llegado puntual, a las cuatro de la tarde. Se ha ido hace un momento y me he encerrado a escribir. Me palpita el corazón; no, en realidad me siento idiota.

Nos acaba de dar una clase magistral sobre cómo se prepara la masa de una pizza para que, según sus palabras, «posea la dura coraza del pan francés, el corazón tierno de la galleta criolla y el alma alegre de la tarantela». ¡Usa unas palabras este hombre, que se me acartonan las bragas inmediatamente!

Mientras lo veía trabajar en la cocina, haciéndonos una prueba para lograr un puesto de trabajo, no podía dejar de compararlo con el Karlos Arguiñano. Lo he mirado hipnotizada, casi babeando. Siempre me pasa que hago zapping sin mirar, hasta que aparece el Arguiñano... ¡Tiene un modo de explicar las cosas ese hombre, tan parecido a Douglas! Y además, es muy limpio... Un día yo lo vi en persona, en Benidorm, y lo olfateé de arriba abajo, para ver qué olor tenía. Huele a príncipe azul, a marido detallista y a jabón de Marsella.

Karlos cocina, canta, cuenta chistes subidos, hace la comida, te cuenta anécdotas, y haga lo que haga yo lo miro y suspiro de emoción, igual que esta tarde con Salvático. ¡Me suben unos orgasmos que me tiemblan las rodillas! A veces pasa el Zacarías y yo aprieto las piernas para que no me oiga el orgasmo... Igual mi marido nunca se entera de estas cosas, ni que se las expliques en una pizarra.

En esas cosas pensaba yo mientras el chef uruguayo nos enseñaba sus trucos culinarios. Hacía malabarismos con el disco de la masa, la giraba con un dedo y hablaba sobre la historia de la pizza, todo

a la vez. La Sofi y yo teníamos la boca abierta y no podíamos dejar de sentir su perfume: el perfume inconfundible de los hombres de mundo.

Cuando acabó, el Nacho le dijo que había superado la prueba. A mí me dio un poco de miedo que mi hijo mayor también se hubiera enamorado del chef, pero no dije nada por culpa de la emoción.

—Me alegra muchísimo poder trabajar con todos ustedes —dijo Douglas, mirándome solamente a mí.

—El gusto será nuestro —dije yo, con el corazón que se me escapaba de la blusa.

Se fue a las cinco y veinte, con la promesa de volver desde el lunes, a las once de la mañana, para siempre.

Los varones de la familia —el Toño y su padre, claro— dicen que Douglas es un poco amanerado. Es la envidia, digo yo. ¡Cómo me va a costar esta noche meterme en la misma cama que el pánfilo del Zacarías!

La vida real es muy triste

Todavía estoy temblando. Esta noche ha muerto José María, el novio del Nacho, y yo estoy que no puedo tenerme en pie. Ha sonado el teléfono a las tres y media de la mañana; mi Nacho estaba aún despierto, diseñando en el ordenador unos carteles que vamos poner en los comercios del barrio, con una oferta de tres pizzas y una Fanta al precio de dos pizzas y una Coca-Cola.

El teléfono lo ha cogido el Zacarías, desde la cama, y él mismo ha venido a avisar:

—Ignacio, te ha llamado no sé quién, que se ha muerto un amigo tuyo de la facultad.

El Nacho me mira primero a mí y después al padre, pero no ha preguntado «quién» ni nada. Solamente me ha dado la mano. Yo sí que he preguntado, con un hilo de voz:

—¿Te han dicho quién?

El Zacarías mira un papel donde tiene apuntado un nombre:

—Un tal José María Hernández, ¿no es el tío aquel un poco pánfilo que venía a estudiar a casa el año pasado? —dice—. Se ha pegado un tortazo en la avenida con el coche.

Lo primero que hago es abrazar a mi hijo. Es un acto mecánico. Me importa un pimiento que el Zacarías sospeche algo. El Nacho se me pone a temblar y me aprieta tan fuerte que yo pienso que me está ahorcando. Y después, pobre hijo mío, se desinfla y rompe a llorar a gritos. Es que no lo podíamos parar. Lloraba como la sirena de una ambulancia.

Entonces el Zacarías empieza a mirar raro al hijo. Yo rezo para que no diga nada, pero a mi marido le encanta hablar más de la cuenta cuando hay que tener el pico cerrado.

—¡Eh! —dice riéndose—. ¡Ni que hubiera perdido el Depor! ¿Pero ese muchacho era tu hembra?

El Nacho ya está fuera de sí, como en otro mundo, pero la sorna del padre se ve que le llega hasta el corazón. Se levanta con la cara deformada de dolor y empuja al padre contra la pared:

—¡No, mi hembra no, papá! ¡Mi pareja! ¿Y sabes lo que eres tú? ¡Un retrógrado hijo de puta! ¡Fascista, mal nacido!

Al Nacho todo esto le sale con la voz aflautada, aguda como la de un pájaro mojado. Para ser

sincera, la voz le sale muy, pero muy homosexual. Tanto que me da un poco de vergüenza.

Después de insultar al padre de arriba abajo se pone la chaqueta y sale para la calle dando un portazo. El Zacarías se queda quieto como una estatua. Lo único que hace es mirarme, como preguntándome todo con los ojos. Yo no digo nada, estoy como en otra parte.

—¿Cómo que «la pareja», Lola? —me dice al rato, como un zombi—. ¿Será posible que yo siempre me entere el último de las cosas?

Yo no le contesto nada, porque estoy muda de repente. Y él cada vez más crispado.

—¡Contesta, mujer! ¿Cómo que «la pareja»? ¿Ese hijo de puta se folla a mi hijo? ¡Es que lo mato al José María de los cojones!

—Zacarías, que tú no matas a nadie —le digo cogiéndolo de los hombros—. ¿Es que eres tonto? ¿No te das cuenta de que el pobre muchacho ya está muerto?

Se queda allí, como una estaca en medio de la habitación, parpadeando igual que un semáforo roto. Y dice, ya sin fuerzas:

—Claro, si además de todo ya está muerto... —y me mira volviendo en sí—. ¿No ves, mujer, que llego tarde a todos lados?

El Toño gana por puntos

El Toño entra a la cocina muy serio anoche, mientras yo lavaba las tazas y el Zacarías leía el diario:

—Papá, ¿por qué ahora que el Nacho es sarasa nadie le dice nada, mientras que si yo la cago mínimamente, como cuando me expulsaron del instituto, todo el mundo dice que soy un infradotado y la vieja me manda al psicólogo?

Yo miro al Toño, respiro hondo, me seco las manos con el delantal y le digo que se siente a la mesa un rato para conversar. No quiero dejarle esa conversación al Zacarías porque está muy alterado.

Primero le explico al niño que no le quiero oír nunca más la palabra «sarasa» para referirse a su hermano: que se debe decir «ser humano con inclinaciones sexuales enfermizas», o directamente «invertido».

El Zacarías no dice nada, pero yo veo que, por momentos, los ojos se le ponen de color bermellón. Se nota que no le gusta el tema. Después le digo al Toño que no puede compararse con su hermano, que su hermano es el único de la familia que ha ido a la universidad y que se ha pasado casi todo el año manteniendo a la familia. Le digo que el Nacho ha salido sensible porque es muy leído, y que tenemos que apoyarlo porque lo está pasando muy mal ahora que se le ha muerto su amigo íntimo. Y también le digo que ni yo ni su padre hemos hecho nunca diferencia entre los tres hijos, porque a los tres los queremos por igual.

—Sí —dice el Toño—, pero ahora que el Nacho es sarasa me imagino que baja puntos y os corresponde quererme a mí un poquito más que antes.

El Zacarías bufá despacio (mala señal) pero tampoco dice nada. A mí, a veces, los silencios del Zacarías me dan mucho más terror que sus gritos y pataleos. Para ganar tiempo le increpo:

—¡Ya te he dicho que no le digas sarasa, Toño...! Y aquí nadie baja puntos ni sube puntos; esto

no es un bingo, Antonio, es una familia.

Pero el niño sigue en sus trece:

—¡Y una mierda, mamá! A mí me parece que ahora el peor hijo es él, y yo paso a ser el anteúltimo peor hijo... Yo lo máximo que hago es colocarme, pero a él se la meten por el culo, que es mucho peor. Yo creo que a mí me corresponde subir puntos.

¡Ay, Virgencita, qué rápido ha ocurrido todo entonces! El movimiento del brazo derecho del Zacarías ha sido biónico, como los leones de los documentales cuando saltan encima de una gacela. Yo juro por Dios que no vi el golpe: solamente oí un zumbido y después al Toño despatarrado contra la pared. La cabeza le ha sonado como un tarro de leche en polvo. Cuando volvíamos del hospital en el taxi, al Zacarías todavía le quedaban ganas de hacer chistes.

—¿No querías puntos, tú? Pues te han puesto doce, subnormal —le decía al Toño, que ahora tiene la cabeza toda vendada, pero sigue contento.

—¿De qué te ríes, niño? —le digo cuando entramos.

—Con turbante parezco más alto, ¿no? —nos dice el gilipollas mirándose en el espejo del recibidor.

Mostaza y mayonesa

Al Nacho, pobre ángel, se lo ve muy deprimido todavía, aunque un poco mejor que ayer. Anoche estuvo cenando en casa muy callado, pero con la frente alta. Fue la primera vez que se cruzaron él y mi marido después de la bronca de ayer, y parece que el Zacarías empieza a querer entenderle. El problema es que mi marido no es de hablar abiertamente de las cosas. En un momento le pasa la mayonesa al Nacho, y el Nacho dice:

—No, gracias, papá; el pollo, lo prefiero con mostaza.

—¿Pero alguna vez has probado la mayonesa, hijo? —le pregunta el Zacarías.

—He probado las dos cosas, y me gusta más la mostaza, papá.

—Pero habiendo tan buena mayonesa en este país —insiste mi marido—, no me entra en la cabeza que te guste la mostaza.

—He estado cinco años comiendo el pollo con mayonesa solamente para aparentar —se sincera el Nacho—, pero ya me he cansado.

Zacarías no da el brazo a torcer:

—Igual nunca has encontrado una buena mayonesa que te haya puesto los pelos de punta...

—No es una cuestión de calidad, papá —niega el Nacho—, con la mayonesa no siento nada, en cambio con la mostaza soy yo mismo, y quiero sentirme orgulloso de comer mostaza.

—Tendría que haberte llevado a probar mayonesa cuando tenías doce o trece años —se lamenta el Zacarías—, como se hacía antes.

Don Américo asiente en silencio. El Nacho le pone una mano en el hombro al padre:

—No es eso, no te culpes de nada.

El Zacarías pone su propia mano sobre la mano del Nacho y a mí casi se me caen las lágrimas. Los dos se quedan mirándose un segundo en silencio, como si de repente se vieran por primera vez. El

Nonno, que había seguido la conversación muy serio, rompe la magia:

—Bambino, ¿e no has probaddo nunca la salsa rosa, que é mayonesa e mostaza tutto a la vez?

—¡No seas pervertido, papá! —se asquea el Zacarías—. ¿No ves que hay criaturas en la mesa?

El sexo en la tercera edad

Ayer por la tarde don Américo estaba muy alicaído porque su ídolo máximo, Michael Jackson, está acorralado por la justicia. Mi suegro es fanático del cantante desde los años ochenta; ahora ya mucho menos que antes, porque un día el pobre viejo se rompió la cadera bailando breakdance, pero siempre ha seguido escuchando sus discos. Estuvo hasta la noche informándose por la radio sobre las últimas novedades, y cada dos por tres gritaba:

—¡Non claudique, Miquele, escuéndete!

Y fue así, escuchando la radio, cuando el ánimo le cambió por completo: ahora está eufórico. Se acaba de enterar de que el padre de Julio Iglesias fue padre a los ochenta y ocho años, y desde que lo supo se ha olvidado de Michael Jackson: ahora quiere rehacer su vida y darle un hermanito al Zacarías.

—¿Non te piachería un germano per jugare, filho? —le dijo anoche en la mesa.

Yo creo que mi suegro siente mucha culpa por la infancia de mierda que le dio a mi marido y ahora necesita empacharle con todo el amor que no le ha dado antes. También creo que de un tiempo a esta parte a mi suegro ha empezado a írsele mucho de la cabeza, todo hay que decirlo.

—¡Pero qué dices, papá, si tú no tienes novia ni nada! —le dice el Zacarías, que a mí me parece que en el fondo no le gusta compartir.

Los demás nos reíamos por la salida de don Américo, pero la Sofí, que es una malhablada, sobre todo en la mesa, le pregunta:

—¿Pero a ti todavía se te pone dura, yayo?

Nos quedamos todos mirándola con el corazón en la boca. Por un lado la pregunta nos pareció muy fuerte, pero por el otro ya era hora de que alguien le preguntara algo así a un anciano, porque mayormente el deseo de todo el mundo es saber si a los viejos les funciona el aparato.

Yo siempre digo que la juventud de hoy es menos hipócrita que nosotros, que pregunta las cosas abiertamente. Y además es una juventud muy curiosa, que cuando crece utiliza esa curiosidad para hacer avances científicos y ganar los premios Nobel. Lástima que, en este país, los padres de la juventud de ahora tengan tan poca visión del talento ajeno y además la mano tan larga, porque el Zacarías le ha dado un revés de zurda a la maleducada de la Sofí que seguro que a la niña ahora no le quedan ganas de inventar la vacuna contra el cáncer cuando sea mayor. Uno más de nuestra familia que se perderá la comunidad científica.

Por otro lado yo no quise decir nada en la mesa para no volver a sacar el tema, pero más de una vez he entrado al servicio apurada y me he encontrado a don Américo en la ducha, y no solamente se le pone dura, sino que además la tiene enorme. Y eso que generalmente en el agua encogen.

Yo, la verdad, muchas veces pienso que el Zacarías no comparte el ADN sexual de su padre. Mal que me pese.

Familia de intelectuales

El domingo la Sofi iba por la mitad de *Juan Salvador Gaviota* y nadie lo podía creer. Debe de ser la primera de esta familia (con excepción del Nacho) que va por la mitad de algo que tiene páginas. El fin de semana se ha pasado como quince horas boca abajo, en el suelo de la cocina, leyendo. El libro es corto, pero ella tarda en leerlo porque también es corta. Todos pasábamos por encima de ella, al principio pensando que estaba dormida o llamando la atención, pero en una de esas se le ha escapado una lágrima y después un suspiro y nos hemos dado cuenta de que no, que estaba despierta y que además leía, la criatura.

Al Zacarías no le gusta mucho que los hijos lean, porque según él toda la enfermedad del Nacho viene a raíz de la lectura, cosa que un poco es cierta y un poco no. También tiene que ver con que el Nacho no ha hecho la mili, pero eso el padre no lo cuenta.

La cuestión es que mi marido ha estado todo el domingo importunando a la Sofi para que dejara el libro: le ponía la tele a todo volumen, le pisaba la cabeza y hasta ha llegado a empaparla con el sifón (como si no se diera cuenta), pero la niña seguía enganchada al libro y no lo soltaba.

—¿Tiene miel ese libro de las gaviotas? —le dice el Zacarías en un momento, pero la Sofi no le prestaba atención al padre ni para discutir.

Entonces mi marido se ha encaprichado, porque no le gusta que no le hagan caso cuando habla, y le ha dicho que le diera el libro a ver qué era.

—Vamos a ver, trae para aquí, no sea cosa que estés leyendo un libro guarro —le dice, y la Sofi va y le pasa la novelita.

No tendría que haberle dado el libro. Ahora el Zacarías está desde anoche con la Gaviota y no me apaga la luz del cuarto. No solamente que no me puedo dormir (porque mi marido cuando se emociona se suena los mocos fuerte) sino que la Sofi se ha ido con el Manija, el hijo del carnicero, quién sabe adónde y ya son las cinco de la mañana y todavía no ha vuelto.

Le acabo de decir al Zacarías:

—Oye, que la niña está con el Manija en la calle y ya está amaneciendo... Lo más probable es que se nos la estén cepillando...

—Dios lo quiera —dice el Zacarías emocionado, y lee rápido las páginas que le quedan para ver si puede terminar el libro antes de que llegue la nena y se lo quite.

El Nacho ya tiene un nuevo amor

El tango lo dice muy claro: «Es muy duro matar a un amor sin tener otra piel donde ir», y si bien el Nacho no ha matado a su amor porque más bien se le ha muerto solo, el duelo parece que le ha durado poco.

Las malas lenguas en este barrio más que malas son mafiosas, así que ayer noche he cogido el toro por los cuernos y se lo he preguntado de frente a mi hijo, porque me gusta saber las cosas de primera mano:

—A ver, Ignacio —le digo—. ¿Qué hay de cierto en eso que dicen las cotillas del barrio?

—¿Y qué dicen ahora?

—Que te estás beneficiando al Borja, al gordito de la funeraria, dicen.

El Nacho se pone rojo de vergüenza y no me mira a los ojos, pobre angelico. Lo que hace es empezar a dar golpecitos con los dedos en la mesa.

Lo tranquilizo:

—Soy tu madre, puedes confiar en mí —le digo.

Y entonces se me abre como un monedero:

—Al Borjamari yo ya lo conocía de vista —me suelta como un chorro de agua fresca—, pero en el entierro de José María ha estado muy atento, y en los momentos más duros, cuando yo pensé que me hundía, él siempre venía con un cafetito y me preguntaba si necesitaba algo... Es un muchacho muy sensible Borja —me dice, todo emocionado.

—¿Entonces es verdad, mi niño? —le digo yo, que tenía la esperanza de que el chaval me cambiase un poco los hábitos después de la muerte del novio—. ¿Y tiene que ser con un sepulturero, no podías escoger algo menos... qué sé yo... algo menos macabro?

—Enterrar gente es una profesión como cualquier otra, mamá... Además, el Borja no es lo que la gente piensa. Todo el mundo lo ve muy seco, vestido siempre de negro, emocionándose con la muerte, pero yo lo he conocido muy bien estos días, y es muy tierno. Por la noche llora siempre. Ve películas de amor y llora. Además, es tan limpio...

—Vale, Nacho, si tú eres feliz... —le digo—. Lo que no quiero es que vivas escondiéndote siempre. Ahora que tu padre ya lo sabe todo, lo mejor es que no vuelvas a vivir en la marginación. ¿Por qué no lo invitas a cenar a casa y nos conocemos todos como Dios manda?

¡Ay, qué emoción le ha dado al Nacho mi propuesta! Casi pegaba saltitos de la alegría. Me ha dicho que sí, que algún día de esta semana vendrán los dos. Aunque en un momento se le ha torcido el gesto:

—¿Y no piensas que papá le puede hacer algo si lo traigo a cenar?

—Con tu padre nunca se sabe, Nacho —le digo.

—¿A quién hay que matar? —dice el Zacarías, que siempre entra de golpe y escucha lo que menos tiene que escuchar.

Una cena demasiado larga

Son casi las seis de la mañana. Amanece. Toda la familia en el patio alrededor del Borja. Esta cena, que empezó a las diez de la noche (maldita la hora que se me ocurrió invitar a nadie), va a ser la cena más larga de la historia. Solamente espero que no terminemos todos en la trena. La cosa comenzó bien: nada del otro mundo. Estuvimos toda la tarde preparando pizza para agasajar al muchacho. El Nacho estaba nervioso. Borja llegó puntual, todo de negro, un señor. Nada indicaba que pasaría lo que iba a pasar. Cenamos los siete en silencio. Don Américo y el Zacarías cada dos por tres miraban al Borja de forma rara, pero es que no están acostumbrados a la gente que sabe usar los cubiertos. Un caballero, eso es el muchacho. Come con la boca cerrada, mastica muchas veces cada bocado, pide permiso para todo. Las cosas empezaron a fallar en la sobremesa. Antes de traer el postre. Creo que todo lo

desencadené yo misma, cuando le pregunté al invitado:

—Y qué tal, muchacho, ¿te ha gustado la pizza?

El Borja se limpia la boca con la servilleta, se pone lentamente de pie y dice:

—Si puedo decir la verdad, ésta no es una pizza al uso, suponiendo que exista una definición general para un concepto tan abstracto como la pizza, pero lo que sí está claro es que es toda una apuesta por el más pésimo gusto. Si aceptamos la infalibilidad del representante de Dios en la tierra, por supuesto en cuestiones culinarias nada más, esta pizza es infumable.

Yo veía a mi marido que miraba para todos lados, pero pensaba que estaba simplemente distraído; nunca me imaginé que buscaba con la mirada algún objeto contundente.

—Gordito, ¿pero vó manshaste la pizza o parlas porque parlare é grati? —alcanza a preguntar mi suegro.

—Mamá —me dice la Sofi al oído—, ¿este señor está colocado?

—Si está colocado, que comparta —dice el Toño—. Mira si además de sarasa, este tío va a resultar un rata.

—¿Entonces no te ha gustado la pizza, muchacho? —digo yo, un poco desencantada.

—Teniendo en cuenta que ustedes afirman tener una pizzería cuando en realidad tienen una agencia de publicidad que está intentando colocar una novela en el mercado editorial, debo reconocer que por lo menos han preparado la cena ustedes mismos.

—Ay, Borjita, ¿qué estás diciendo? —se queja el Nacho, que me parece a mí que se iba desenamorando poco a poco.

—Borja, ven un momento al garaje conmigo —le dice el Zacarías—, que tengo un regalo para ti. Ven, ven...

—Zacarías, te quedas quieto ahí mismo —le digo yo a mi marido, que se le nota cuando quiere morder a la gente.

—Venga ya, mujer —dice el Borja mirándome muy raro—, diga la verdad: usted no es Lola, es un conjunto de autores catalanes, y estas paredes son falsas, todo es un decorado, ¡todo es falso! Todos están obsesionados conmigo, ¡todo esto es falso, es una agencia de publicidad catalana!

Mientras decía esto, se había levantado de la mesa e intentaba tirar las paredes del comedor, buscaba en los cajones, se fijaba detrás de las cortinas y correteaba por los pasillos de toda la casa, buscando las oficinas de una agencia de publicidad. Pobre muchacho.

—Nacho, discúlpame —dice la Sofi—, pero me parece que tu novio nuevo tiene un problema en la cabeza.

Solamente le faltaba ese dato al animal del Zacarías: «novio nuevo». Eso nada más le faltaba para que abriera de par en par la puerta de su propia jaula. La Sofi debería haberse mordido la lengua. El Borja iba y venía por toda la casa, buscando en alguna habitación una agencia de publicidad, al grito de «todo es falso, todo es falso», cuando el Zacarías oyó la frase «novio nuevo» y fue el acabose.

—¿Además de esquizofrénico es sarasa? —dijo mi marido—. Ahora va a ver lo que es bueno... Papá, vaya a buscar una sogá al garaje —le ordenó el Zacarías a don Américo—; y tú, Toño, coge un palo y ven conmigo.

—¡Leña al mono! —exclamó el Toño y se fue a buscar un palo.

El Nacho y yo gritamos:

—¿Qué vais a hacer? ¡Un poco de sentido común!

Pero ya era tarde.

Los tres hombres de la familia saltaron de la mesa, sincronizados como los del Equipo A, y en medio minuto habían atado al Borja a una silla reposera. El muchacho se movía frenético, igualito que una foca en cautiverio: si no fuera tan triste sería de lo más gracioso.

Mientras escribo esto, en plena madrugada, están los tres negociando con el Nacho los pasos que deben seguirse. El Nacho les implora que lo suelten y lo dejen ir, pero la mayoría (porque la Sofí se ha unido al grupo rebelde) dice que lo mejor es tenerlo atado hasta mañana y llamar temprano al manicomio para que lo vengán a buscar los loqueros, porque dicen que el gordito es peligroso para el barrio. A mí me parece que ver tanto muerto le debe haber hecho daño, pobre gordito, pero lo que más me duele es que el Nacho se esté llevando otra decepción amorosa.

—Mamá, ¡por el amor de Dios! Lo están desnudando —me dice el Nacho—, deja tu cuaderno y ven a poner orden al patio.

De lejos escucho las risas de don Américo:

—¡Eh, gordito, qué piccolina que tienes la picha!

Es difícil escribir en tiempo real, así que lo dejo aquí por hoy. Nos espera una noche muy larga y todavía no sé cómo terminará esta reunión que ha comenzado con una cena inocente y que puede acabar con el secuestro de un sepulturero.

Y aquí no ha pasado nada

Después de largas negociaciones familiares decidimos que el veredicto final nos lo dé la ciencia, y hemos llamado urgentemente al doctor Madariaga, el psicólogo del Toño. Él nos dirá si lo del Borjamari era locura o si solamente se hace el loco para llamar la atención. Madariaga aceptó venir si le pagábamos el precio de una consulta, y llegó a casa al mediodía. Pero nos encontramos con el inconveniente de que el Borja no quería hablar. Nada de nada. Solamente decía que lo soltáramos, que estábamos locos, y que nos iba a denunciar por privación de no sé qué.

Madariaga tuvo una gran idea.

—Si ustedes quieren, puedo utilizar la hipnosis —nos dijo— pero tenemos que estar solos, él y yo.

Así que llevamos al Borja maniatado al garaje (¡lo que cuesta arrastrar a ese muchacho!) y el psicólogo se encerró a solas con él. Nosotros nos quedamos afuera esperando el veredicto. A la media hora emergió Madariaga, serio como un palo.

—El señor gordito padece un extraño trastorno espiritista —nos dice aparatosamente el psicólogo.

—¿Espiritista? —se sorprende el Nacho.

—Sí. Me acaba de decir algo revelador en medio de la hipnosis.

—¿Qué le dijo? —quisimos saber todos a la vez.

—Me dijo —Madariaga hace un silencio que nos deja en vilo, y enseguida pone voz de

melodrama—: «En ocasiones... veo muertos». Eso me dijo.

—¡Pero no sea gilipollas, doctor! —le digo yo, con el corazón en la boca—. ¡Que es el dueño de la funeraria! ¿Qué quiere que vea, empanadillas de atún? ¡Claro que ve muertos, hombre, si trabaja de eso...! Todo el día ve muertos, viudas desmayadas, gente llorando...

—¿Pudo sonsacarle algo más en medio de la hipnosis? —me interrumpe el Nacho.

—He logrado entender que tuvo una infancia muy triste, porque era el gordito tontolaba de la escuela —nos explica Madariaga—; quizá por eso se comporta de una manera tan rara, siempre a la defensiva y lleno de complejos...

—¿Ya está? —dice el Zacarías, ansioso—. ¿Ahora que está todo aclarado podemos seguir sacudiéndole un poco?

—¡Shhh! —le digo a mi marido—. Continúe, doctor.

—También me dijo que a veces siente una especie de envidia malsana hacia los comercios del barrio, sobre todo a los que no necesitan hacer daño para prosperar. Me dijo, llorando, que a él le hubiera gustado tener una panadería, vender cada día panecillos tibios, en vez de cargar con una funeraria.

—Pobre... —dice la Sofi, que en el fondo es una romántica.

—Ma qué povero, bambina —se queja don Américo—. El filho de putana me ha rasgado tutta la capocha.

—Porque tú le estabas metiendo el dedo en el culo, abuelo —dice el Toño, que también poco a poco se pone del lado del Borja.

Todos nos quedamos en silencio, con complejo de culpa.

—No se hable más —digo yo—. Soltad ya mismo a ese muchacho y dejadlo que se vaya, que debe de estar muerto de miedo. Lo que me molesta de todo esto es lo que va a pensar de nosotros.

—Eso tiene solución —dice Madariaga—, si me permite un consejo... Todavía está bajo los efectos de la hipnosis, y si quieren, por un módico precio extra puedo hacerlo volver a la realidad sin que recuerde absolutamente nada de este día infausto.

—¿Usted podría hacer eso? —digo yo, encantada—. ¡Qué increíble la ciencia, lo que avanza! ¿Y por cuánto nos saldría?

—Unos ochenta euros más, poca cosa —susurra el psicólogo, pellizcándose el bigote con los dedos de la mano derecha.

El Zacarías se queda pensativo. No le gusta gastar más de la cuenta.

—Venga. Pagamos —dice mi marido—. Pero si se va a olvidar de todo, podríamos aprovechar y pegarle cuatro o cinco patadas más en el culo.

—¡Ni lo sueñes, Zacarías, que la gula es pecado! —digo yo—. Vaya, Madariaga, devuélvanos al gordito como nuevo, que no se acuerde de nada, pero de nada nada. Y usted, Nonno, páguele al psicólogo que después hacemos números en familia.

Madariaga y don Américo se van aparte y finiquitan la transacción, mientras nosotros nos quedamos en el patio. Después el psicólogo entra otra vez al garaje, y a los dos minutos sale del brazo con el Borjamari que camina lentamente, medio atontado.

El doctor Madariaga nos saluda y se va con los bolsillos llenos de billetes. Nosotros nos

quedamos mirando al Borja con la mejor sonrisa, como si fuéramos la familia de *La casa de la pradera*. Unos santos a los ojos del pobre desmemoriado. El Borja también sonríe. Dice:

—Muy rico todo, señora Lola, pero creo que ya es hora de irme... Me duele todo el cuerpo, quizá sea el cansancio acumulado.

—Debe de ser, sí —decimos.

—Vete, muchacho —dice el Zacarías—. Ha sido un placer.

El Borja da media vuelta y se empieza a ir. Pero algo va mal. Nos damos cuenta enseguida de que su manera de caminar es muy rara. Va con los bracitos cerrados, como aleteando, y camina medio en cuclillas. A veces se detiene en seco y cacarea. En vez de por la puerta sale por la ventana, y lo vemos alejarse picoteando cosas de la calle. Cuando dobla la esquina y se pierde por las calles del barrio, todos miramos a mi suegro con desconfianza: don Américo es el único que se ríe bajito.

—¡Nonno! —le digo—. ¿Qué le ha hecho al muchacho?

Mi suegro se encoge de hombros.

—Ío non he fato niente —dice—, pero le di chincuenta euro má al dotore para que lo convierta en una gallina al gordito... ¿Ha visto qué belo cómo camina ahora? Pareche el pavo de la Navidá.

Gilipollas, pero deseado

—Mamá —me dice el Toño anoche, mientras estoy fregando los platos—. ¿Te puedo hacer una pregunta muy seria?

Me lo quedo mirando y no lo puedo creer. Así vestido no puede fingir seriedad la criatura.

—Mamá, ¿me oyes?

—¿Es muy, pero muy importante, la pregunta? —le digo.

—Del uno al diez, ocho y cuarto.

—Entonces —le digo—, ¿por qué vienes disfrazado de indio, Antonio?

—Es que cuando se me ha ocurrido la pregunta, estábamos jugando a los vaqueros con el Nonno en la calle —me dice—. Pero tú mírame a los ojos, olvídate de las pinturas de guerra.

—Yo solamente espero que no te hayas pintarrajeado la cara con mi pintalabios. ¡Porque te doy un guantazo! —le digo sacando la mano de la espuma—. Ya te he dicho mil veces que no me revises el túper que tengo en el baño.

—No, no tiene nada que ver... Huele, huele —y me acerca la cara—. ¿Lo notas? Es mierda del Cantinflas. Ayer le di de cenar remolacha y hoy me ha devuelto pintura roja. Ese gato, si nos ponemos las pilas, un día nos da óleo.

A veces, por más esfuerzos que hago, se me saltan los lagrimones con esta criatura. Es tanta la impotencia, tan enorme el dolor que me provoca que sea un perfecto estúpido, que me descoloca y no le puedo dar un sopapo a tiempo. Me da por llorar y me olvido del castigo.

El Zacarías, en eso, tiene más reflejos: entre una idiotez del Toño y un mamporro del padre pasan milésimas de segundo. Están como sincronizados de fábrica. Hubo noches que le sacudía un guantazo incluso antes de que el niño hiciera algo malo. A veces no sé si el Zacarías es vidente o es injusto. Pero yo no puedo: me quedo paralizada y no puedo soltar la mano. Me da impotencia que el

Toño suelte esas barbaridades.

—¿Y ahora por qué lloras, vieja? —se sorprende el gilipollas.

—No estoy llorando —le digo, y me limpio con el delantal—. Es el detergente este, que no sé lo que le ponen... A ver, ¿qué me quieres preguntar? Date prisa que estoy ocupada, infeliz.

—¿Es verdad que tú te casaste con el Nacho en la barriga? —me suelta.

Me quedo seca, con la paella a medio enjuagar.

—¿Y a ti quién te ha dicho eso?

—Nadie. He echado la cuenta de cuándo te casaste, resté el cumpleaños del Nacho y me da seis.

—¿Seis qué?

—Ah, no sé. A tanto no llego con las cuentas... Pero seis es más bien poco para que venga un bebé.

Me limpio con una servilleta y me siento.

—Sí, me casé embarazada, Einstein. ¿Y qué? —le revelo.

Al ver que no le voy con cuentos, el Toño también se sienta al otro lado de la mesa, y me mira serio. Está como pensativo, un poco ausente. Se conoce que la noticia le ha impresionado. Los ojitos, sin embargo, se le mueven de aquí para allá, como si quisiera preguntar algo más. Entonces va y se atreve:

—Y ya que estás en plan de confesiones —me dice el idiota—, ¿es verdad que la Sofi vino de casualidad, que tú y el Zaca ya no buscabais hijos y os falló el condón?

—¿Pero qué te pasa hoy? —Me levanto y camino alrededor de la mesa—. ¿Te has comido un asistente social? ¿Qué bicho te ha picado?

—¿Pero es o no es? —insiste el Toño—. ¿La Sofi vino de casualidad, sí o no?

—Sí, Antonio, sí. La Sofi vino sin querer, no molestes más —le digo—. Todos los chicos venían sin querer en la época que nació tu hermana... No había dinero para anticonceptivos, así que mucho menos para un aborto.

El Toño, entonces, se me queda mirando, y de golpe sonrío. Una sonrisa así de grande, de oreja a oreja, como si le hubiera salido el sol en medio de la cara.

—¿Algo más? —le digo—. ¿No quieres saber la talla de mi sujetador?

—No. Ya está —me dice, y se empieza a ir de la cocina con la sonrisa como una palangana.

—Ven para acá —le digo antes de que pase por la puerta—. ¿Qué te pasa, por qué estás tan contento ahora?

—Nada, vieja, cosas mías.

—¡Ahora mismo me dices de qué te estás riendo, Antonio!

—Nada, vieja —me dice, con los ojos pequeñitos de alegría, igual que cuando rompe algo caro—. Que si el Nacho y la Sofi fueron por así decirlo hijos no deseados, ¿yo qué vendría a ser?

—No sé. ¿Qué vendrías a ser? —le pregunto, un poco con miedo.

—¡Tu único hijo deseado! —me dice, cada vez más alegre, y me da un abrazo—. Yo ya lo venía sospechando desde hace una semana, pero no quería decir nada para no darles envidia a los otros dos, pobres...

Me agunto la risa. Si no hubiera tenido ese olor a podrido en la cara me lo como a besos, al pánfilo.

—¿Tú deseado? —le digo—. Tú eres un gilipollas. Eso es lo que eres.
—Seré gilipollas —me dice, contento como unas pascuas—. Pero deseado.

Siempre es difícil volver a casa

Estamos desesperados. Sin dormir, los cinco en vela a esta hora de la madrugada. Llamamos a la policía, a los bomberos; nada. Ni rastro de ninguno... Pero no quiero empezar por el final para no asustarme cuando lea esto más tarde.

Todo empezó ayer por la tarde: la Negra Cabeza llamó a eso de las seis diciendo que está con varicela y que no podía hacer el reparto en moto de las pizzas. El segundo en la lista siempre es el Toño, pero el chico tenía sus razones para negarse.

—Si la Negra está con varicela lo más probable es que yo también lo esté, porque creo que las enfermedades se contagian follando de pie, y ayer me la cepillé en un recibidor —me dijo, y se autoencerró en cuarentena en su habitación, con una bolsa de marihuana terapéutica (terapéutica según él).

Se estaba haciendo de noche y no le encontrábamos solución al problema del reparto. La Sofi no puede ir por ahí en moto porque es menor; el Nacho tenía que cubrir al Toño para atender los pedidos del teléfono; Zacarías ocupaba el lugar del Nacho en el horno, y a mí me tocaba encargarme de la salsa y la atención de mostrador.

—¡Me cago en la mar —bufé a eso de las ocho—, no nos queda nadie para el reparto!

—¿Cóme que nessuno, e ío que sonno, verdurita? —dijo entonces don Américo, surgiendo de detrás de la cortina con el casco ya incrustado en la cabeza y dos pinzas de la ropa en las bocas de los pantalones.

Nos quedamos todos con la boca abierta, mirándolo.

—¿Usted en moto, papá? —dudó el Zacarías, pero sólo fue un instante. Enseguida cerró los ojos, y tomó la decisión que ahora lo llena de angustia—: Pues si no queda otra, vale... Vaya usted, papá, pero conduzca despacio.

Don Américo salió con el primer pedido. Un viaje corto a la zona del parque.

Y ya no volvió.

Dos horas después teníamos treinta y cinco reclamaciones en el contestador automático, dos docenas de pizzas frías esperando y cuatro clientes que habían llamado para darse de baja del servicio. ¿Y mi suegro? Desaparecido en combate, sí señor. En ese momento no sabíamos si preocuparnos por el abuelo o por el negocio. Pero las cosas todavía iban a empeorar.

El reloj siguió girando, dale que te pego, y a medianoche nos olvidamos del desastre económico. El Nacho llamó al hospital y al policlínico. Yo llamé a la policía, por si había habido algún accidente, Dios no lo permitiera. El Zacarías a los bomberos. Nada. En todo el barrio no había pasado nada, ni medio choque, ni un raspón de bicicleta contra un coche mal aparcado.

A la una de la madrugada el Zacarías, desinflado, se dejó caer en una silla y hundió la cabeza entre los brazos, culpándose:

—Yo lo dejé ir —gemía— y ahora está muerto... ¡Me merezco quedarme huérfano por

gilipollas! ¡Papá!

La Sofí cortó el llanto del Zacarías con la segunda noticia infausta de la noche:

—¡Mamá! —dijo, desde el garaje—. ¡El Toño tampoco está en su cuarto! —y al segundo completó la frase, jadeando, y trayendo una bolsita de plástico en la mano—: Además, está la bolsa de marihuana terapéutica vacía y falta la otra moto... ¡Estos dos se fueron juntos!

Nos quedamos helados. Sin respiración. Todos pensábamos lo mismo: drogas, dos motos, un anciano, un imbécil... esos cuatro ingredientes forman un cóctel fatal. Me persigné en silencio. Mi marido, enajenado, volvía la cabeza de un lado al otro de la pizzería, sin decir ni mu, como un ventilador de pie enloquecido.

Ahora son casi las cinco de la mañana. Ya dimos vueltas por el barrio, ya volvimos a casa, ya no sabemos qué hacer. El Zacarías acaba de resumir nuestra angustia con su habitual parquedad de palabras:

—Perder un padre es ley de vida —me dice—, perder a un hijo como el Toño es ley de gravedad... pero perder las motos, Lola... ¡las dos motos...!

El veterano, el menor, su mujer y su amante

El Zacarías y el Nacho fueron al centro esa misma noche, en cuanto los encontraron. ¡Y nosotros llamando a las fuerzas del orden del barrio! Lo único bueno de estos descerebrados es que organizaron el follón a treinta kilómetros, así que con suerte aquí nadie se entera de que están presos, porque me puedo llegar a morir de vergüenza. Hace un rato, por teléfono, le pregunté al Zacarías:

—¡Pero cuéntame qué han hecho por lo menos!

Y mi marido, siempre tan verborrágico, me dice:

—Es largo, mujer, te acabo de mandar un fax con la declaración.

Estamos solas la Sofí y yo, aquí en casa, y no podemos creer lo que estamos leyendo:



Según testimonios aportados por testigos y sospechosos, Cabeza Lorena Silvia, «La Negra» (37), de nacionalidad guineana y pareja del menor Antonio B. «Toño» (15), mantiene una relación sentimental con Américo Piero B. (70), abuelo del menor, a escondidas de éste. Y a causa de esto se desarrollan los acontecimientos que siguen: El anciano y la extranjera organizan un encuentro sentimental en el hotel

Las Delicias de esta ciudad. Según sus empleadores, Cabeza aduce padecer varicela para faltar a su empleo; mientras que el anciano hurta el vehículo Vespa, matrícula C-2830-H, con el que la empresa realiza las entregas de alimentos.

Según el menor, «el Toño», a las 18.15 su abuelo telefona desde la pizzería a Cabeza para confirmar la cita nocturna, oyendo casualmente Antonio B. «el Toño» la conversación y decidiendo perseguir al anciano amante con fines que entonces el menor no tenía claros. Fuentes del Departamento de Toxicología de esta ciudad confirman que el menor ya entonces estaba «altamente drogado» con cannabis del denominado punto rojo.

Américo B. salió de la vivienda familiar en el ciclomotor ya mencionado a las 21.05. El menor lo persigue en una segunda Vespa, matrícula C-4515-N, a las 21.07. Nadie nota la falta del menor, según hace constar la familia.

El camionero Anselmo E., testigo, afirma haber visto por la calle hacia el centro, «a un viejo que parecía loco en una moto pequeña» que se deshace de una bolsa, arrojándola en el arcén sin detenerse. Se trata de las empanadillas del reparto. El testigo camionero también ve cómo, segundos después, «un yanqui pequeño» hace un alto, recoge la bolsa y continúa la persecución comiendo.



Américo B. y Cabeza Silvia entran en Las Delicias las 21.52, según confirma el empleado Rodolfo F. El menor, aprovechando su baja estatura, oye el número de habitación que se les proporciona a los amantes escondido detrás de un helecho del vestíbulo; después da un rodeo al hotel y, abriendo un boquete en la finca lindante, «el Toño» sube por la escalera de incendios y penetra en la habitación de los amantes interrumpiendo una *fellatio*, según Cabeza Silvia. Américo B. testifica que el menor lo que interrumpe es un *cunnilingus*.

Confirma la invasión de propiedad privada una pareja homosexual de la habitación contigua, quien dice haber oído la frase: «Oh cielos, ¡mi mujer con mi mejor abuelo!».



Una vez dentro, la situación difiere según los testimonios. Antonio B. habla de forcejeos y peleas; Américo B. dice haberse arrodillado ante su nieto para pedirle perdón y también para poder «estare cara a cara porque é petiso el bambino». Lo único en que coincide el trío es que anciano y nieto acaban retándose a duelo en el descampado conocido como la Loma del Monito que rodea la ex fábrica de leche Basilis.

Allí los encuentra el agente Almada, quien dice haber hallado al menor Antonio B. y al anciano Américo B. en medio de una descarnada pelea, provistos ambos de dos alambres de púa y ladrillos. Almada les da la voz de alto. Al intentar la detención, el menor increpa al agente Almada diciéndole «vete a cagar a pedal, nenaza», improprio que el agente no comprende pero le suena a provocación.

En resumen: por averiguación de antecedentes, pelea callejera, robo de comestibles y vehículos, conculcación de la ley de extranjería, entrada en finca privada, consumo de marihuana e insultos de índole extraña a un agente policial, se encuentran detenidos el adulto, la extranjera y el menor, siendo las 19.32, en las dependencias de la Comisaría de Policía a espera de pago de fianza.

Me acaba de llamar el Zacarías otra vez. Dice que la fianza es de mil quinientos euros por los tres, y que entre él y el Nacho sólo llegan a quinientos... Así que eligió sacar al Toño, me dice, «para poder partir la cara a alguien». Yo le digo:

—¡Pero pégame aquí, en casa, viejo!

No sea cosa que lo metan adentro a él también y nos quedemos sin el cabeza de familia.

La larga noche del parchís

La mitad de esta familia ya ha regresado de la cárcel y ahora la familia está resquebrajada pero unida. Parecemos un jarrón pegado con prisas y vuelto a poner encima de la mesa. El Toño no se habla con su abuelo; el Zacarías no se habla con su padre; don Américo habla con todo el mundo pero en un italiano tan cerrado que parece que hiciera gárgaras. Hablar en dialecto siciliano es su forma de protestar.

Hubo tensión en casa este fin de semana. Ayer tuvo que venir a trabajar la Negra Cabeza: llegó con gafas oscuras y un pañuelo envolviéndole el apellido. No dijo nada en toda la noche. Ni miró a sus amantes, ni al de quince ni al de setenta. Terminó su trabajo y se fue. Toño y don Américo miraban con nostalgia el ir y venir de su culo cuando se alejaba, con resignación o con esperanza. (La Negra mueve las caderas que parece un accidente de tráfico.) Después se tantearon con la mirada entre ellos, altaneros, igual que los pretendientes de antaño, con odio y respeto, y se fueron cada cual a su rincón. Pero la cosa

no iba a terminar ahí.

A las cuatro de la madrugada nos despertamos todos sobresaltados. Ruidos en la cocina. ¡Tracatac! ¡Tracatac! Breve silencio. ¡Tracatac! Llegué yo primero en camisón, y detrás de mí la Sofi y el Nacho (a mi marido le puede pasar un desfile por la cabeza y no se entera). Los vimos a los dos, abuelo y nieto, a media luz, en la mesa de la cocina, jugándose a la subsahariana en una encarnizada partida de parchís.

—¡Me cago en todos los dados ruidosos del mundo! —les dije a los dos con los ojos como dos ciruelas—. ¿No podéis elegir algo más silencioso para batiros a duelo? ¿Por qué no jugáis al Pictionary?

—¡Chito! —dice don Américo sin sacar la vista del tablero—. Que cueste é a vitta o morte!
—¡Tracatac!

—Es que son las cuatro—dice el Nacho—. Aquí la gente trabaja... Toño, cómele la ficha azul, que la tienes a tiro.

—¡Chilencio! —grita don Américo, con los ojos inyectados en sangre.

Los dos juegan en un silencio espeso, solamente roto por los continuos tracatacs de los dados en la cápsula. Ni se miran. Se odian. No saben que existimos alrededor de la mesa.

—¿Quién va ganando? —pregunta la Sofi después de un rato.

Toño, haciendo esfuerzos para no llorar, responde:

—El traidor. —¡Tracatac!

Nos quedamos un rato más viendo la derrota del Toño. El tracatac no ha estado nunca de su lado, pobre hijo mío. Pero anoche peleaba como un león frente a la experiencia y la malicia del otro, el Garibaldi de los amantes a destiempo.

Volvimos todos a la cama antes de que terminara el duelo, y durante una hora seguimos escuchando ese traqueteo del infierno. Después, lo más seguro es que con toda la familia todavía insomne y expectante desde la cama, ya no escuché nada. Bueno; sí. Muy bajito, pero muy bajito, aguzando el oído, se podía escuchar el llanto de un adolescente ahogado por la almohada. Y más bajito todavía —la vida es perra— oíamos el silbido feliz del himno nacional de Italia.

Reglas para la vida sentimental de la Sofi

Ayer al atardecer, salgo a sacar la basura y me encuentro a la Sofi en el recibidor, enroscada alrededor de un muchacho. Parecían dos dedos cruzados. Sería por lo oscuro que estaba, o por la mezcla de carne, pero ni un forense podría haber asegurado de quién era cada pierna y cada brazo. El muchacho tenía los pantalones a medio camino y a la Sofi, con el vestido flojo, le entraban y le salían manos peludas por el escote y por el elástico de la cintura. Casi tengo que entrar a vomitar. Pero soy una madre, así que respiré hondo, les encendí la luz y me los quedé mirando.

—¡Mamá! —me dice ella, arreglándose la ropa—. Éste es Pajabrava, un compañerito de la escuela.

Y me señala al galán, con la cara llena de granitos, los ojos tristes como los de Paul McCartney, que mientras se abrocha el pantalón y se pone colorado me saluda con la cabeza.

—Usted se va ahora mismo de aquí —le digo sin énfasis—, y tú te metes para adentro.

En la cocina, más calmada, recorro al papel de la madre moderna.

—Pero ¿y tu novio el Manija? —le digo, intentando entenderla—. ¿Qué pasó con él, lo habéis dejado?

—No —me dice la niña, alzando los hombros—. Estoy probando con los dos una temporada; qué sé yo, por el momento no he devuelto a ninguno.

—¿Cómo que probando? ¿Cómo que no has devuelto? ¡Ay, Sofi, que los hombres no son ropa, cariño! —le digo con toda la impaciencia del mundo—. Si usas dos vestidos uno encima del otro eres moderna, pero si usas dos muchachos a la vez eres un poco puta, Sofía...

—Ay, mamá, que tú eres la menos indicada para sentar cátedra sobre el tema, eh, hazme el favor —me dice misteriosa, y enseguida da media vuelta y se encierra en su cuarto.

La sigo por todo el pasillo (sólo entonces me percató de que sigo con las bolsas de basura en la mano) y me meto en su habitación antes de que la cierre con llave.

—¿Qué me quieres decir con eso de la menos indicada? —digo cerrando bien para que nadie nos oiga.

—Nada, mamá. Conversación terminada.

Odio esa contestación.

—Mientras vivas en esta casa —le digo, cada vez más cabreada—, las conversaciones se terminan cuando yo digo o cuando alguien enciende la tele. ¿Me has oído? Tienes catorce años, todavía no te sabes limpiar los mocos sola y no te voy a permitir que estés jugando a dos barajas, con dos muchachos a la vez. Mucho menos en el recibidor, para que te vea todo el mundo y después seamos la comidilla del barrio.

Entonces me mira gravemente, con odio, y me dice justo lo que no tenía que decir:

—¡Mira quién habla! La que acaba de salir de una doble vida con un señor de Uruguay. ¡Venga, mamá! ¡Que si yo soy un poco putarraca será porque lo aprendo en casa!

No hay nada más insoportable que, en medio de una discusión con tu hija, la imbécil te gane tan fácilmente. Cuando ocurre eso hay que pasar, en una milésima de segundo, al plan B. No hay que dudar, porque si dudas ella se da cuenta de que ha ganado. Plan B automático. Fue lo que hice: la estampé contra el póster de Alex Ubago de un bofetón en medio de la cara, tan bien, pero tan bien dado, con ese ruido húmedo que tiene el bofetón profesional, que si me hubiera visto el Zacarías se le cae la baba de la envidia. No fue un ¡paf! de culebrón, fue como el aplauso de un baloncestista en un polideportivo vacío. La Sofi se me quedó mirando, cogiéndose la mandíbula con la palma, aturdida, con ganas de llorar pero sin dar el brazo a torcer. Las lágrimas se le amontonaban en el borde de los ojos sin animarse a bajar, como si tuvieran vértigo.

—Te metes en la cama ahora mismo, mocosa impertinente —le digo, con la voz seca; y después le delecto cada una de estas palabras, como en cámara lenta—: Tienes absolutamente prohibido, desde hoy, verte con ninguno de los dos, ¿me oyes bien?, con ninguno de los dos, ni con el Manija ni con el Pajabrava ese. De ahora en adelante, primero, los novios tienen que entrar a casa para que los conozcamos —le enumero con los dedos mientras hablo—; segundo, deberás tener relaciones con uno cada vez; tercero, cada una deberá durarte como mínimo seis meses; y cuarto, lo más importante: nada de pajasbravas ni manijas ni mongoaurelios; tus novios deberán tener un nombre que figure en el

santoral. Son las nuevas reglas, y espero que sean respetadas. Buenas noches.

Salí de la habitación con la misma sensación de poder de los ministros de Hacienda después de dirigirse al país.

Los Peralta

El Pepe Peralta y su mujer la Aurora son una pareja un poco amiga nuestra que, desde que se hicieron nuevos ricos, están igual de imbéciles que cuando eran pobres, pero con ropa cara, que te da más rabia.

Estábamos medio peleados con ellos desde hacía un par de años por cuestiones que no vienen al caso, pero ayer por la tarde aparecieron por casa de sopetón, como si no hubiera pasado nada. Y como siempre, se invitaron a cenar mañana por la noche.

Se quedaron un rato en casa a tomar un café. Venían con la Marilú, la única hija que tienen, que estudia en Suiza. Hacía tiempo que no veíamos a la niña, que antes era más fea que pegar a una madre, pero que desde que se ha hecho mujercita, está de buen ver. Nos dimos cuenta porque al Toño hubo que traerle una palangana para que no me empapara de baba la alfombra del recibidor. Pero la criaturita es muy pija y ni lo miraba al pobre Antonio. En cambio conversaba mucho con el Nacho, que es un sol de educado y simpático.

Los Peralta se fueron enseguida, después de confirmar la hora de la cena de mañana. Cuando aún no habían salido por la puerta, yo me saqué la sonrisa de compromiso que pongo cuando viene esta gente —porque mucho no los trago— y me fui al patio a tomar el fresco.

—¿Sabes por qué vienen? —le grito al Zacarías, que estaba en la cocina—. Para presumir de hija. ¡Serán gilipollas! Cada vez que se invitan a cenar es para mostrarnos algo: el coche nuevo, los móviles que sacan fotos, los vestidos italianos... ¡Y ahora la hija, que de golpe se ha puesto guapa porque estudia en Suiza!

Zacarías, que por lo general los defiende, esta vez se ha quedado con otros detalles.

—Lola —me dice, guardando el café en la alacena—, ¿has visto cómo conversaban el Nacho y la hija de los Peralta? —y me levanta las cejas por la ventana, esperanzado—. Dios quiera, ¿no?

Qué hombre más ingenuo. Está constantemente haciéndose ilusiones de que al hijo se le van a ir las hormonas para el otro lado.

—No cuentes el dinero antes de ganar la primitiva... —le contesto, escéptica—. Las tías guapas tienen siempre un mejor amigo gay: es ley de vida. Y seguro que a esta niña le falta su mejor amigo gay aquí en el barrio. No te montes historias, que lo de estos chicos es amistad de verano.

El Zacarías, compungido, mira al techo y junta las manos:

—¡Qué año de mierda me estás dando, Dios querido! —dice—. Me despides de Astilleros, no me haces campeón al Depor, me conviertes en sarasa al único hijo sano que tengo... ¿Qué te he hecho yo, Señor, en qué te he fallado?

El Zacarías habla con Dios cada dos por tres mirando al techo. Siempre al techo. Una vez que estábamos en el patio y tenía que hablar con Dios, se metió dentro para poder mirar un techo. El Dios del Zacarías no está en el cielo: está en el cielorraso. Pero la verdad es que en el fondo, bien en el fondo,

yo también rezo para que en la cena de mañana la Marilú Peralta encienda la vela del amor al Nachito. Me encantaría ser consuegra de la Aurora y arruinarle para siempre el nivel de vida.

—Lola, ¿y tú de dónde has sacado eso de que las tías buenas van siempre con un amigo sarasa? —me pregunta el Zacarías dos horas después, ya metidos los dos en la cama.

Sonrío, misteriosa.

—Cuando yo era soltera mi mejor amigo era gay —le digo.

Se me queda mirando, con cara de que algo no le cuadra.

—Además de gay tu amigo sería miope —dice al rato—, porque tía buena no has sido nunca...

—Vete a la porra —le digo, y me pongo de costado, haciéndome la enfadada.

La vuelta del hijo pródigo

La cena con los Peralta se desarrollaba normalmente. Aburrida. Insípida. Como siempre, el Pepe y mi marido nos contaban por enésima vez sus anécdotas de la mili, cuando eran compañeros en el Regimiento de Infantería Motorizada Pavía n.º 6. Yo estaba atenta a la charla entre el Nacho y la Marilú, que no paraban de cotillear entre ellos, indiferentes al mundo. Reían y bebían como si nadie los viera. Estábamos en los postres; ya comenzábamos a comer el flan. El Nacho se ofreció a traer el café, y la Marilú, simpática y servicial, se fue con él a ayudarlo. Todo indicaba que, por una vez, una cena con los Peralta acabaría bien. ¡Qué equivocada estaba! Pasaron diez minutos, y después media hora. Ni el Nacho ni la rubia regresaban. Los Peralta no parecían enterarse, enfrascados con el Zacarías en las anécdotas de la mili. Un poco nerviosa, envié a la Sofi a buscar a su hermano.

Pasaron otros muchos minutos. Y entonces empezó uno de los días más extraños de mi vida.

Cuando la Sofi volvió estaba pálida, como descompuesta.

—¿Mamá, puedes venir un minuto que te busca el Nacho? —me dijo, en secreto.

De la mano me condujo no a la cocina, sino a la habitación del Nacho. Por el pasillo me soltó unas palabras más, que no entendí:

—Mamá, el Nacho y la pija están abotonados.

No sé por qué pensé que era algo de los botones de la tele (yo soy de otra época), así que abrí la puerta del cuarto del Nacho con toda confianza. El grito me salió del alma cuando los vi:

—¡Hijo! —Me asusté—. ¡Qué le estás haciendo a esa chica! ¡Sal de ahí detrás ahora mismo!

—Es lo que intento desde hace media hora, mamá —dice el Nacho, temblando.

—¡No grite, Lola! —me dice la Marilú lloriqueando—. No grite, por Dios, que mi padre no se entere. ¡Ayúdenos, qué vergüenza!

—¿Pero cómo es posible que hayáis llegado a esto? —digo, sin mirarlos de frente (es que no veo a mi hijo desnudo desde los diez años)—. ¿Y qué queréis que haga? Cuando yo era chica, cada dos por tres encontrábamos así a los perros del pueblo y les echábamos agua fría para despegarlos. Pero con gente humana no sé si funciona...

La situación era difícilísima, arriesgada, extrema, y esta vez no voy a entrar en los detalles de la postura de esos cuerpos porque yo misma quisiera olvidarlos. La Sofi propuso algo desesperado.

—Mamá, coge al Nacho por la cintura y yo agarro a la rubia por la cabeza —me dice—, y

tiramos las dos cuando yo diga tres.

—¿Te parece, Sofía?

—¡Lo que sea, señora, lo que sea! —suplica la Marilú.

El Nacho ni hablaba por culpa del susto, pero asintió, bajando la vista. Nos acercamos a la pareja. Parecían las siamesas iraníes, pero sudadas y en pelota viva. Yo no podía pensar en otra cosa más que en los padres de la niña, que estaban en el comedor llenándose la boca con la hija, sus cinco idiomas, sus buenas notas..., sin saber que la chica estaba a cuatro patas y a veinte metros de sus alardes. La Sofí rodeó con el brazo la cabeza de la rubia y con la otra mano se aferró a la cama para hacer palanca. Yo abracé a mi hijo desde atrás, bien fuerte. La Sofí empezó a contar:

—¡A la una...! —dijo.

—Con cuidado, que me duele —suplicó el Nacho cerrando los ojos.

—¡A las dos...! —contó la Sofí.

La Marilú se aferró con las uñas a la alfombra y apretó los dientes.

—¡Y a las...!

Pero tuvo que aparecer el Toño. Yo no sé por qué esta criatura siempre se materializa en los peores momentos. Es como si oliera los follones, o algo así. Asomó la cabeza por el cuarto justo cuando la Sofí iba a decir «y a las tres» y en vez de ayudar, de preguntar, de hacer algo productivo, salió corriendo para el comedor dando gritos:

—¡Papaaaá, papaaaá! —gritaba—. ¡El Nacho está follando con hembra!

—¡Antonio, no! —gritó el Nacho estirando el brazo para el lado de su hermano, pero ya era tarde.

La Marilú, a cuatro patas como estaba, levantó la patita de adelante y se persignó, previendo el escarnio inminente. Es difícil encomendarse al cielo cuando estás a cuatro patas y los pezones te señalan el infierno, pero ella lo hizo.

Escuchamos ruidos de sillas en el comedor. Cubiertos saltando de la mano a la mesa. Y enseguida pasos acercándose hasta nosotros. El Toño no paraba de gritar:

—¡Ven, papá, date prisa, que el Nacho se está follando a la rubia, y la Sofí y mamá se lo quieren impedir!

Estábamos los cuatro tan faltos de reflejos que ni atinamos a tapar a los abotonados con una sábana. Ni siquiera nos movimos. Cuando el Pepe Peralta, su esposa Aurora y el Zacarías aparecieron por la puerta, lo que vieron fue a la Sofí acogotando a su niña virgen, al Nacho violándola y a mí abrazando sensualmente a mi hijo. No vieron la verdad. No pudieron ver la verdad: esta gente no tiene visión de conjunto. Tampoco los culpo.

Ahora me resulta difícil recordar si el Pepe Peralta empezó a darse cabezazos contra la pared antes de que la Aurora se desmayara, o si fue al revés. Pero sí me acuerdo de que al Zacarías se le llenaron los ojos de lágrimas, que se arrodilló, y que arrodillado llegó hasta el Nacho, diciéndole al oído:

—Muy bien, hijo mío, muy bien —y lo abrazó fraternalmente, dándole palmadas en la espalda—. Ése es mi tigre —le decía—. Sigue, sigue, dale con ganas, Nachito —le indicaba.

Yo creo que eso fue lo que provocó la explosión del Pepe Peralta que, al escuchar los vítores de mi marido, se abalanzó sobre su ex compañero de armas y lo tiró contra la pared.

—¡Mi niña era virgen! —gritaba mientras le partía la cara a mi marido. Lo raro es que el Zacarías ni se defendía de los golpes. Yo creo que hasta sonreía, no dejaba de sonreír mientras recibía los guantazos del Pepe—. ¡Mi niña era virgen, soldado Zacarías! —decía mientras pegaba y lloraba.

—¡Y mi niño era sarasa, soldado Pepe...! —susurraba el Zacarías, sangrando feliz.

Al minuto de golpear y recibir, cayeron los dos padres de familia rendidos, sus cuerpos cansados, junto a la Aurora, que seguía desmayada. El Toño y la Sofi parecían estatuas expectantes, mudas, mirando al Nacho con admiración. Yo seguía abrazando a mi hijo. El Nachito, sensible hasta en los peores momentos, consolaba a la Marilú con caricias en la nuca, para que se tranquilizara. Cuando volvió el silencio todos pudimos escuchar, muy nítidos, los latidos de los ocho corazones que bombeaban en esa habitación. ¡Qué raros somos los humanos!

—¡Atención! —dijo el Nacho entonces, alzando un dedo en señal de alarma—. Creo que ya está, la cosa aflojó de golpe. —Y con mucho cuidado se separó de la Marilú.

—¡Ay Dios, qué suerte! —dije, y le alcancé una sábana a la chica para que se tapara las vergüenzas—. Seguro que se te puso pequeñita por el susto, nene.

Los chicos, ya desabotonados, se miraban llenos de amor mientras se vestían. El Pepe Peralta, jadeando desde el suelo, señaló a su hija y le dijo, con un susurro de muerte:

—Tú, al coche.

Después se incorporó, levantó en sus brazos a su esposa desmayada y encaró para la puerta de la calle él también. Como en las películas de guerra.

Los seguimos. Nosotros, cabizbajos, detrás de ellos, mermados y en fuga. Antes de cruzar la puerta cancel, el Pepe Peralta miró al Zacarías, con los ojos enrojecidos de dolor:

—Nunca pensé que alguna vez diría esto, soldado Zacarías, pero no quiero verte nunca más en la vida.

Mi marido bajó la vista, en silencio, aceptando esa decisión nacida de la afrenta. Luego Peralta miró al Nacho, le puso un dedo en el pecho y le dijo con asco:

—Y tú, olvídate de mi hija. Olvídate para siempre. No la vas a ver nunca más.

Y salieron de casa cerrando la puerta tras de sí.

El Nacho, desde adentro y para sí mismo, susurró:

—Eso está por verse, Pepe Peralta. María Luz me abrió un nuevo camino y nadie me va a impedir transitarlo...

Suspiré. El Nacho tenía los ojos flotando como un Capuleto; la sangre italiana, recién descubierta en sus venas, le hervía de amor. Zacarías miró otra vez al hijo pródigo, al recién llegado desde la sombra oscura de la sexualidad, y le dijo con el corazón hinchado de orgullo:

—¡Ése es mi tigre, carajo! —y lo abrazó de nuevo—. Mañana mismo buscas a esa chica y continúas con lo que has empezado. Pero más despacio, Ignacio, ¡y por delante, que entra más fácil! Olvídate de los vicios del pasado.

Yo me desinflé en el sillón, muerta de nervios. La Sofi no podía dejar de mirar a su hermano mayor con una admiración creciente. Mientras que el Toño, lejos de la escena, se comía los restos del flan de todo el mundo.

Los grandes inventos son casualidades

Anoche el Cantinflas se cayó en la olla grande de la salsa de tomate y no sabemos si casi se ahoga o si casi se quema. El chef uruguayo notaba, al revolver, que el cucharón de madera se trababa un poco, pero no se dio cuenta de nada hasta que el gato, en un último manotazo de ahogado, sacó una pata y casi le arranca un ojo.

—¡La salsa me ha arañado! ¡El estofado está poseído! —gritaba Douglas, con un rasguño que le cruzaba toda la cara.

Entre el Zacarías y el Toño sacaron al Cantinflas con el colador de la pasta y lo llevaron al veterinario con urgencia.

—¿Tú no vienes, Lola? —me dice el Zacarías.

—Me quedo, me quedo; id vosotros que no quiero dejar la pizzería sola.

—No está sola —enumera el Toño—, está Douglas, y en un rato le toca el turno al Nacho y a la Negra Cabeza.

—No puedo dejar todo en manos del pobre Douglas, que está todo arañado —digo, mirando tiernamente al chef.

Envuelto en una manta, el Cantinflas chillaba.

El Zacarías y el Toño salieron para el veterinario, y yo me quedé inmóvil, a metro y medio de Douglas Salvático, que tenía una cicatriz en la mejilla izquierda.

—¿Le duele? —le pregunto.

—Sólo cuando me río.

—¿Quiere que le ponga algo en la cara?

—Sí —me dice, y me mira con los dos ojos—. Ponga su mano, Lola. Su mano, que lo cura todo.

Yo no entiendo por qué este hombre siempre contesta las preguntas fáciles de una manera tan rebuscada. Pero la verdad es que tiene una voz, un acento, que no me importa mucho lo que diga. Tiene la facultad de hacer que me ponga roja de vergüenza.

—¿Qué dice, Douglas! Me parece que usted tiene fiebre. Está todo sudado, mírese el delantal.

—Quizá sea fiebre, Lola —me dice—. ¿Por qué no se acerca y me toma la temperatura?

Doy un paso atrás. Uno adelante. Otro atrás. Más que nerviosa, parece que estuviera bailando la conga. Pero es que verlo así, acodado en la mesa, con las cortinas cerradas de la pizzería, los dos solos en un ambiente pequeño, él con esa cicatriz, yo con estos miedos, me provoca algo que...

—¿Algo qué? —me pregunta él, y sólo entonces me descubro hablando en voz alta.

—Nada, no me haga caso, Douglas —digo sonriendo—. Venga a la cocina de casa, que le ponga un poco de alcohol en la herida.

Atravesamos la cocina de la pizzería, que tiene una puerta a la casa. En silencio recorremos el pasillo, el recibidor, el comedor. Ni él ni yo hablamos.

—Estamos dejando sola la pizzería —me dice él más tarde.

—Ya vendrán los niños —digo.

—¿Hay alguien aquí en su casa, Lola?

—Nadie.

Otra vez el silencio.

—Aquí está el baño, Douglas —digo, y la voz me tiembla—. Déjeme que le ponga un poco de alcohol.

Él acerca su cara a la mía.

Otra vez el silencio.

En ese momento deben haber llegado el Nacho y la Negra Cabeza a abrir la pizzería. Como no sabían nada de la tragedia del Cantinflas, montaron los pedidos de la noche con la salsa donde se había caído el gato, así que, de casualidad, inventaron una nueva especialidad en pizzas.

Es bastante asquerosa de gusto, pero muy vistosa, porque parece un felpudo redondo de esos que se ponen en la entrada. Ya la incorporamos al menú: se llama pizza Welcome y cuesta tres euros.

A la vieja doña Paquita le mandamos dos pizzas Welcome gratis y una Coca-Cola, para que no piense que hay rencores.

El Toño fue el primero en acordarse

Hacía mucho tiempo que la familia no vivía un día entero sin broncas, peleas o zapatillazos. Cuando el Zacarías está contento nos contagia y nos alegra a todos. No es muy común verlo feliz: será por eso. Ayer nos levantamos dándonos los buenos días y desayunamos todos juntos. El Zacarías no paraba de sonreír por la reconversión sexual de su hijo mayor.

El Nachito también estaba contento. Se fue temprano al centro a comprar una estufa para la pizzería y me llamó como diez veces para preguntarme qué me había parecido María Luz (él no le dice Marilú). Yo le doy ánimos porque quiero que sea feliz: le digo que si está enamorado tire para adelante, siempre. Y la Sofi desapareció de casa después del colegio, porque me dice que quiere solucionar el tema del Manija y el Pajabrava, para quedarse con uno solo y poder sentir ese amor que siente su hermano.

Por la noche, después de cerrar la pizzería, cenamos todos juntos otra vez, y entonces me di cuenta de que no toda la familia estaba exultante. Fue el abuelo quien me alertó.

—Lolitta —me dice—, in tutto el giorno il Toño no ha probatto porro ni comidda. Lo de la comidda puede sere normale... Pero si no fuma é que alguna mala cossa li chucedde.

Y era verdad. Antes del postre, el Toño se levantó de la mesa y se encerró en su cuarto, pero no nos dimos cuenta a causa de la felicidad general. Entonces, a eso de las once, llamé a su puerta y me metí en su cuarto para preguntarle qué le pasaba.

—No me pasa nada —me dice—, tengo sueño.

—Antonio, soy tu madre —le digo—, y tú tienes los ojos colorados por dos cosas: o porque estás drogado o porque estás llorando. ¿Estás drogado?

—No.

—Entonces te pasa algo, mi niño... Si no estás drogado algo te pasa.

Y entonces, pobre hijo mío, se hundió. Puso la boca como un bulldog, así, en cámara lenta, y empezó a llorar despacio. Mis brazos llegaron antes que mi cuerpo a abrazarlo. Las madres tenemos eso, una especie de motor en los codos, cada vez que un hijo llora. Más si es varón.

Cuando lo abracé explotó. Lloraba el triple de fuerte, cogido a mí como cuando era bebé.

—¿Qué pasa, mi amor, qué pasa? —le digo, acariciándole el pelo (no mucho, porque lo tiene graso).

—¿Tú has visto... —me dice, hipando—, tú has visto el pedazo de polla que tiene el Nacho? —Otro puchero—. ¿Cómo puede ser que todos los problemas físicos en esta casa los tenga yo?

—¡Pero si tú eres hermoso, Antonio! —le digo—. Además, el Nacho es orejudo, tienes que pensar en eso también.

Me mira.

—¡Yo aceptaría las orejas de Dumbo con tal de tener eso entre las piernas! —me dice—. Pero el problema no es ése, mamá... ¿Tú has visto cómo está papá con el Nacho ahora que folla con una hembra? Lo tiene en un pedestal al sarasa... ¿Sabes cuánto hace que follo, yo? ¡Desde los once añitos! ¿Alguna vez alguien me hizo una fiesta por follar tan temprano? ¡No! ¿Tú has visto con qué admiración mira papá al Nacho? Ni se da cuenta de que existo.

—Bueno... —le digo—, bueno..., corazón. Suéltalo todo, mi amor, suelta todo. Que aquí está mamá.

—Y tú tampoco... —me llora el Toño—. Tú tampoco te das cuenta de que existo. Y la Sofi peor; a la Sofi le da vergüenza que yo sea tan enano. Y la Negra Cabeza ya no me presta atención: va llorando por los rincones desde que se ha enamorado del Nonno y se ha olvidado de mí... ¡Qué vida de mierda!

—¡No digas eso, Antonio! —le digo, un poco enfadada—. No tienes una vida de mierda. Todo el mundo te quiere, todo el mundo. Hay veces que prestamos más atención a otros hijos, pero es justamente porque están con problemas, como el Nachito estos días. Pero eso no quiere decir que no te queramos, hijo.

El Toño baja la vista; se suena los mocos. Casi me sale decirle: «¡Con la sábana no, asqueroso de mierda!», pero no era el momento. Le digo:

—¿Me oyes, mi niño? Te queremos mucho, mucho.

Asiente con la cabeza. Me da un beso.

—¿Te dejo dormir? —le digo.

—Vale.

Me incorporo, y cuando estoy a punto de salir me dice:

—Mamá, ¿qué hora es?

Miro el reloj:

—Las doce y cuarto.

—¿Ya es viernes?

—Sí, ya es viernes —le digo, intrigada.

—Entonces déjame ser el primero en algo, aunque no sea más que esto —me dice, y se levanta de la cama.

Se acerca hasta mí con vergüenza. Me abraza; me dice:

—Feliz cumpleaños, vieja —y me aprieta fuerte.

Y entonces a mí se me nubla todo, y ya no puedo ver nada, y solamente siento el calor de mi hijo, que me acaba de hacer el mejor regalo de mis flamantes cincuenta y dos años.

Sacrificios navideños del Zacarías

A veces la crisis tiene sus ventajas. Al Nacho se le ha ocurrido aprovechar que la gente del barrio no tiene dinero para hacer regalos a los hijos, y el sábado puso un cartel en la puerta de la pizzería:



Ya por la tarde se habían apuntado cuarenta y dos padres. Incluso nos llaman por teléfono agradeciéndonos la idea, porque muchos —como excusa— ya le habían dicho a los hijos que Papá Noel había muerto en los disturbios del cierre de Astilleros.

Ay, qué hermoso es ver a los chicos otra vez con los ojos brillantes de ilusión, máxime si además nosotros podemos hacer una buena caja. El problema llegó el domingo, cuando tuvimos que explicarle al Zacarías cuál era su papel en el negocio.

—¡Jamás de los jamases! —gritaba el pobre, y se movía de un lado al otro del patio—. ¡Qué vaya el Toño!

—No le da la estatura, papá —le explicaba el Nacho—. Imagínate al Toño de rojo y con barba... En vez de Papá Noel va a parecer papá pitufo.

—¡Que te folle Gargamel! —le gritaba el Toño al hermano.

—Yo tengo una reputación en el barrio —seguía excusándose el Zacarías—. No puedo ir en moto disfrazado de Papá Noel. Es humillante, Nachito.

—¿Qué reputación tienes, aparte de ser el único que cuando se emborracha vomita siempre en la misma baldosa? —le digo yo—. Que yo sepa es la única reputación que se te conoce.

—Además, no habría que ponerte ni el almohadón en la barriga —le dice la Sofi, palmeándole el michelín al padre—. Lo que sí habría que hacerte es un gorro a tu medida.

—Que me digan borracho pase. ¡Pero cabezón no lo soy!

Ay, cómo nos costaba aguantarnos la risa. Mirábamos al pobre Zacarías ir y venir por el patio, sabiendo que no tenía excusa, que aunque pataleara y pataleara lo primero es el negocio, y nos mordíamos para no soltar la carcajada.

—No, no —decía mi marido, implorando con los ojos—. No me hagáis esto. La gente del bar de enfrente va a estar en la calle. Éste es un trabajo para mi padre, no para mí.

—Ío non posso —dice el Nonno—. Sono molto vieco y me duelen las articulachione.

—Usted es viejo cuando le conviene, papá —se queja el Zacarías.

—El Toño y la Sofi tampoco dan el tipo —descartaba el Nacho—, mamá y yo vamos a estar en la cocina. La Negra Cabeza tiene el día libre... Solamente quedas tú, papá. Si quieres anulamos todo y nos perdemos... —el Nacho finge hacer unas cuentas mentales— unos mil quinientos euros. En una noche.

El Zacarías abre los ojos como el dos de oros.

—¿Esa pasta haríamos? —dice—. Es medio kilo en dos días...

—Entonces, ¿lo haces? —pregunto yo, aguantando la risa.

—Qué sé yo —dice el Zacarías mordiéndose el labio—. Vale, venga..., si es solamente disfrazarse, y de noche...

—No es solamente disfrazarse... —abre la herida la Sofi—. Tienes que ir en la moto gritando «jo jo jo».

Y entonces ya no pudimos aguantar. Hasta el Cantinflas parecía que se meaba de la risa. El Zacarías se encerró en su cuarto soltando tacos, seguro que para pedirle explicaciones al Dios del techo. Y yo me puse a coser el traje rojo. Jamás pensé que mi marido, tan secote como es, podía ser capaz de hacer feliz a tanto crío necesitado de afecto.

Durmiendo con Papá Noel

El 24 al atardecer nos fuimos al parque municipal para que el Zacarías ensayara el papel de Papá Noel y diera un par de vueltas en la moto con el disfraz puesto. El pánfilo se empeñó en usar gafas oscuras para que nadie lo reconociera. Yo le dije:

—Esta noche no vas a ver nada si llevas eso en los ojos.

Pero él erre que erre. Dio un par de vueltas y volvimos a casa. Todo normal: nada que indicara la tragedia nocturna. No debimos haberlo dejado salir por la noche con las gafas de sol a repartir las pizzas. Ahora, que ya pasó todo, me siento un poco culpable. Pero entonces hasta nos parecía gracioso el pobre, vestido así.

Cenamos temprano, porque a la hora punta íbamos a estar todos trabajando. Brindamos, sí. El Zacarías bebió un poco de cava, y eso también pudo haber influido. No sabemos qué pasó: él ahora no se acuerda de nada. No sabemos si fue el traje rojo, la gomaespuma, las gafas de sol, el cava, el árbol que no vio, los frenos que no usó a tiempo... Estábamos todos en la puerta, saludándolo y deseándole suerte.

Él, pobre santo (pobre Santa, en este caso), nos hacía adiós con la manita mientras ponía en marcha la moto. «Jo jo jo» fue lo último que dijo, y arrancó con la primera tanda de pizzas. Lo vimos hacerse pequeño: un punto rojo en la calle desierta.

—¡Jo jo jo! —decía.

Lo vimos acelerar. Subirse a un terraplén. Esquivar un perro. «Jo jo jo», decía. Y entonces lo

vimos estamparse contra un árbol a cien metros de casa. Veinte segundos duró la aventura del Zacarías. Veinte segundos tardó en arruinarnos la Navidad.

Salimos todos corriendo en su ayuda, menos el Toño que estaba desparramado de la risa en el recibidor. Lo encontramos semiinconsciente. Al principio nos pareció que sangraba de la cabeza, pero era salsa de tomate. Tenía los ojos abiertos.

—¡Jo jo jo! —decía, sonriendo.

Lo subimos a un taxi y lo llevamos al hospital. Se nos desmayó en el camino. Pero antes le dijo al taxista:

—A ver si apaga la calefacción, hombre... Nosotros los del Polo Norte no estamos acostumbrados a estas temperaturas.

Y nosotros, ingenuos, pensamos que estaba haciendo un chiste.

En el hospital nos lo devolvieron enseguida, y nos recomendaron que lo viera un psiquiatra. Así que esta mañana lo vino a revisar el doctor Madariaga. El psicólogo del Toño salió de la habitación muy serio y nos confirmó lo que ya pensábamos. Fue muy claro:

—Se ha despertado con una identidad que cree la suya y ahora sería muy peligroso contradecirlo.

—¿Y entonces qué, doctor? ¿Hay que seguirle la corriente? —le preguntamos con espanto al psicólogo.

—Su marido se siente Santa Claus, Lola —me dice palmeándome el hombro—, y así debe seguir hasta que se produzca otra vez el clic en su cerebro.

—¡Jo jo jo! —grita el Zacarías desde la habitación—. ¡Señora! ¿Para cuándo la cena? ¡Jo jo jo!

Cuando el doctor Madariaga se fue, toda la familia nos quedamos como estatuas, sin saber cómo tratar al enfermo. Nos cuesta mucho decirle «¿necesita algo, Papá Noel?», o «don Santa, ¿quiere un té con limón?». Y aunque todo es muy triste, a nosotros nos dan ataques de risa. El pobre ha aceptado a regañadientes ponerse el pijama y acostarse, pero el gorro y la barba no se los podemos sacar ni con palanca. Es complicado entrar en el cuarto y verlo así.

El único que sabe manejar la situación es el Toño. Hace un rato lo encontramos subido a las rodillas de su padre:

—Quiero una bici con cambios —le decía—, un escalextric, una bolsa de porros y la colección aniversario de *Playboy*, Santa...

—¿Pero tú te has portado bien durante el año, jovencito? —le dice el Zacarías acariciándole el pelo.

—¡Antonio, sal pitando de esa habitación o te saco a escobazos! —le grito yo.

—Silencio, señora —dice el Zacarías, con la voz gruesa—; ya tendrá usted su turno. ¡Jo jo jo! No sea ansiosa.

La tarde del 25 el Nacho vio la oportunidad y sacó a su padre al mostrador de la pizzería. El negocio se llenó de criaturas. Todo el barrio pasaba y traía a sus hijos a visitar al Zacarías. Vendimos pizzas como nunca en la vida. Las entregaba Papá Noel en persona, y además conversaba un rato con cada chavalín en privado.

Ayer noche, después de cerrar, estuve dándome unas vueltas por el barrio. Me daba un poco de vergüenza acostarme con Papá Noel. Él me esperaba en la cama tranquilo, porque desde que está así, el

Zacarías se ha puesto muy dócil y pacífico, pero yo no me atrevía a estar en la misma cama con un mito popular. Hasta que al final me persigné y entré en la habitación.

—¿Y usted, señora? —me dice con esa voz tan varonil de la gente del Polo Norte—. ¿No va a querer su regalo?

Me quedé un segundo quieta, mirando para los lados. ¿Sería posible sacarle partido a esta tragedia? Me acerqué a la cama de Papá Noel muy despacio y le dije al oído qué era lo que quería. Me sentí un poco guarra por estar diciendo aquello al oído de un santo, pero a veces hay que aprovechar los trenes nocturnos.

—¿Eso desea, señora? —me dice galante—. Métase en la cama que me parece que algo tengo en la bolsa...

Apagamos la luz. ¡Ay, qué manera de festejar la Navidad! Estuvimos como dos horas con el jinglebell. Parecíamos el despertar sexual de los niños cantores de Viena. Hace un rato me escapé de la cama para escribir, pero me doy cuenta de que me tiemblan las piernas. Además, tengo algodón en la boca y la sonrisa se me escapa por todas partes. Mientras escribo, estoy escuchando desde el cuarto a mi Papá Noel que me dice:

—Señora, regrese: que se le ha quedado un regalo en el fondo de la bolsa. ¡Jo jo jo...!

Ahora ya me estoy poniendo viciosa, pero qué bonito sería que el 6 de enero el Zacarías se convirtiera en los Reyes Magos, que son tres... ¡Y para más inri uno es negro!

—Ya voy, Santa... —le digo—. ¡Póngase el gorrito que ya estoy con usted!

Llora, mi vida

Los esfuerzos del Nacho por reconciliarse con el Pepe y la Aurora Peralta han dado sus frutos ayer por la tarde, después del desastre de hace un par de semanas.

Marilú lo ha llamado por teléfono diciéndole que sus padres querían darle una oportunidad y que lo esperaban en La Recoba, los tres. La niña le recomendó ir bien vestido, porque era fundamental que diera una buena impresión.

—Bien vestido y puntual —le ha dicho.

El Nacho se pasó toda la tarde muerto de nervios. Mi hijo es muy inteligente, pero a la vez muy tímido, máxime con gente pija como los Peralta. Estaba convencido de que haría algo mal. Siempre es algo distraído: tira un vaso, se equivoca con los cubiertos. Pero le di ánimos y le planché el mejor traje.

Se fue al bar, por suerte antes de que descargara el diluvio de anoche. Lo saludamos todos desde la puerta y le deseamos suerte. Se fue erguido, peinado, y con un ramo de rosas para la Aurora (eso fue idea mía). Pero está visto que los de esta familia, para las cosas del amor, estamos meados por los perros.

El Nachito ha regresado hace un rato, irreconocible. Empapado, con el corazón que se le salía del cuerpo, llorando como cuando era un niño pequeño. No podía hablar. Entró y me abrazó desconsolado. Se hundió en mi regazo.

—¿Qué ha pasado, corazón? —le pregunto con el alma en un puño—. ¿Has estado muy nervioso, ha salido todo mal?

—Al revés, mamá —me dice llorando—. Nunca en mi puta vida estuve tan desinhibido... Alegre, mundano, dueño de mí mismo... En veinte minutos los padres de María Luz cambiaron completamente el concepto que tenían sobre mí.

Y volvió a esconderse entre mis brazos para llorar.

—¿Y por qué estás así entonces, mi niño?

—Pásame un pañuelo —me dice, y se limpia los mocos y las lágrimas—. Estuvimos como dos horas en La Recoba. Yo hacía chistes, hablaba de política, de arte, incluso en un momento el Pepe Peralta me dio una palmadita, como hacen los suegros con los pretendientes de las hijas... María Luz me miraba enamoradísima, y cada vez que me miraba yo me sentía más seguro, más solvente. Ni en mis sueños más optimistas, te lo juro, mamá, ese encuentro había salido tan bien como estaba saliendo en la realidad.

—¿Y?

—Entonces se puso a llover; nos quedamos un rato más en La Recoba, conversando y viendo caer las gotas contra los cristales. El Pepe me ofreció un puro. No acepté. Aurora me felicitó por no fumar. ¡Yo era el mejor, mamá, era el mejor yerno que habían imaginado! Salimos de La Recoba, bla bla bla, ja ja ja, todos felices. Yo, con María Luz del brazo, y los Peralta de la mano. Éramos dos parejas. ¡El mundo era mío!

—Qué hermoso, nene...

—¡Y una mierda! Cuando íbamos a cruzar la avenida para pedir un taxi, vi que había un charco de agua enorme que nos separaba de la calle. Y ahí fue que yo pensé: «Ahora salto el charco de un brinco y los deslumbro». Ellos ya tenían un buen concepto intelectual de mí, y yo buscaba también la aprobación física. ¡La ambición me crucificó, mamá! Me separé de ellos medio metro, cogí dos pasos de carrerilla y salté el charco con todas mis fuerzas.

—Ay, Nacho... —digo yo, persignándome.

—El salto fue perfecto. En el aire sentí que flotaba y supe que la familia Peralta en pleno seguía mi vuelo como en cámara lenta, con una sonrisa de satisfacción y placer. Yo me movía, flexible, y ellos brillaban, inoxidable. El mundo nos sonreía... Pero el esfuerzo fue demasiado grande, mamá... ¡Ay, ay!

—¿Te caíste?

—¡Ojalá me hubiera caído, ojalá! —me dice el Nacho, con los ojos en compota—. En el aire, con una pierna adelante y la otra detrás, como un bailarín, justo ahí, se me escapó el pedo más grande de mi vida. Fue como una furgoneta arrancando en segunda. ¡Brommmmm!

—¡Dios me libre y me guarde!

—Sentí que el tiempo se detenía. Yo en el aire. Mis tripas sonando como las trompetas del juicio final. Te juro que se volaron las palomas de la iglesia. ¡Yo en el aire! Debo haber estado siglos suspendido, pensando qué hacer. Todo era rápido y lento a la vez. El impulso fue perfecto. Entonces la única salida llegó de la nada. Apoyé el primer pie, y después el segundo, y otra vez el primero, y seguí corriendo... ¡Me escapé, mamá!

—¿Te has ido sin saludar, Ignacio? ¿Eres gilipollas?

—¿Qué iba a decirles? ¿«Perdón, queridos suegros, se me ha escapado un pedo»? ¡No, jamás! Corrí y corrí, cortando campo. He corrido sin parar hasta aquí. Pero hubiera seguido corriendo. En este

momento tengo ganas de seguir corriendo para siempre y olvidarme de mí mismo.

—Visto así —le digo—, llevas razón..., lo mejor en esa situación es desaparecer...

—¿Verdad, madre? —me dice, acurrucándose entre mis brazos.

—Claro, mi niño —le digo, soltando yo también una lágrima—. Lloro, mi vida, tú llora, que aquí estás a salvo de tus vergüenzas.

Viaje al interior del Barrio Oscuro

Cuatro días, once horas y seis minutos le ha durado al Zacarías la pérdida de su identidad. Lo que más me preocupaba a mí ya no era propiamente la amnesia, sino el traje rojo, que era alquilado. Entre el jueves y ayer vino como tres veces el muchacho de la casa de disfraces para que le devolviéramos la ropa. Además, cada vez que aparecía, le abría la puerta siempre mi marido:

—¿Qué desea el muchacho?

—Vengo a buscar el disfraz.

—¿Otra vez? ¿Qué disfraz?

—El que lleva puesto, señor.

—¡Jo, jo, jo! Ya le dije que no tengo ningún disfraz —y le cerraba la puerta en la cara.

—¿Quién era? —le preguntaba yo.

—El muchacho ese que busca un disfraz —me decía mi marido—. ¡Jo, jo, jo! La gente está cada vez más loca, señora.

Pero ayer se le pasó todo de golpe. La historia de cómo volvió en sí merece ser contada. Resulta que se empecinó en ir hasta un barrio marginal a buscar un repuesto para la moto. Nosotros le advertimos:

—Don Santa, no se le ocurra ir a ese barrio vestido así...

—Jo, jo, jo... Papá Noel anda por el mundo sin importar el cómo y el cuándo —dijo, y no lo pudimos detener.

Se fue con la moto destartada a buscar una bujía de segunda mano, porque la de la moto estaba empastada por el choque. Cruzó toda la ciudad, con el ciclomotor a cuestas, cogido del manillar. Por el centro solamente recibió miradas cariñosas y risas cómplices; algunos críos hasta lo saludaban y le mandaban besos. Eso era lo de esperar. Pero cuando sales del casco urbano y las chabolas ganan el paisaje, ay madre mía..., ya se sabe que el mundo es otro.

El Barrio Oscuro (que así lo llamamos) empieza donde se acaba el asfalto, que es como decir donde se acaba el mundo. Las mujeres salen a la calle en zapatillas y echan cubos de agua a la calle para que no se levante polvo. Es la zona donde hay más chavales con mocos por metro cuadrado. Por esos mundos todavía pasa el afilador y al agua hay que ir a buscarla a un pozo. La policía no puede entrar más que martes y jueves a buscar su parte. Resumiendo: no es buen lugar para entrar disfrazado.

Para más inri, cuando el Zacarías ya estaba en el corazón de las chabolas, el cansancio de la caminata hizo que se perdiera. Se puso a deambular por los recovecos hasta que encontró a un niño de unos doce años, que estaba jugando con una pistola.

—¡Jo, jo! —se presentó el Zacarías—. ¿No sabes, pequeño de corta edad, dónde queda la casa de

Abdul, el que vende repuestos robados?

El niño abrió los ojos como dos huevos de avestruz. Nunca había visto algo tan bermellón, porque mayormente en ese barrio todo es en blanco y negro. Se quedó como petrificado. Enseguida reaccionó.

—Espere un momentito, señor —dijo el chaval, con acento extraño—. Un minutito, eh, quédese ahí un minutito que vuelvo... —y salió trotando.

A los dos minutos volvió con dos docenas de chicos más, de entre siete y diecinueve años. Había uno que iba delante y parecía ser el líder. Llevaba el torso desnudo y tenía el pelo como Maradona cuando jugaba en el Barça.

—Mira tú quién se ha dignado venir por aquí... —dice el jovencito caminando alrededor del Zacarías—. ¡Cuánto tiempo sin aparecer por estos mundos, gordinflón...!

Se escuchó la voz de un compinche entre el grupo de niños:

—¡Mátalo, Caraegoma! —Todos dijeron «sí, sí, sí».

El líder pidió silencio con la mano. Y hubo silencio. Instantáneo.

—¿Sabes durante cuántos años, la noche del veinticuatro, miramos parriba a ver si vienes, Papanué? —Se dirigió Caraegoma al Zacarías, apretándole la mejilla—. Pero tú solamente vas a las casas del centro, con la gente que tiene papeles, ¿no?

—Usted se confunde, Caraegoma —respondió el Zacarías, que poco a poco empezaba a tartamudear.

—Tú eres el que deja juguetes a los que ya tienen juguetes, ¿cierto, perejil? —continuó Caraegoma, tratando de masticar su rabia de años y años de espera.

—No, amigo... —el Zacarías temblaba—. Yo siempre intento ser justo.

—¡Mátalo, Caraegoma, que no te líe con discursos políticos! —pidió otra vez la turba infantil.

Tres de los chicos mejor alimentados se acercaron con sogas y, a una señal del Caraegoma, ataron al Zacarías a un árbol.

—¿Y ahora te piensas que regalando una moto vas a solucionar años y años de ausencia? —dice el Caraegoma, con los ojos llenos de lágrimas, mirando el ciclomotor desvencijado—. Somos muchos niños, vas a tener que traernos, mínimo, diez o doce motos más. O la pasta. ¿Tienes pasta encima?

—No, hijito, estos trajes de Santa Claus no tienen ni bolsillos.

—Vamos a ver si es cierto —dice el Caraegoma y saca una navaja que relumbraba al sol como una boga recién pescada en el río.

De repente, la caterva de niños, indignada, le empezó a tirar piedras a mi marido.

—¡Papanuel, cerdo burgués! —gritaban unos.

—¡Santa, compadre, fóllate a tu madre! —canturreaban otros.

Uno se acercó y le puso una pistola en la cabeza.

—¡Habla! —le dijo—. ¿Dónde viven los Rey Mago?

—¡Qué sé yo, nene! —respondió el Zacarías lloriqueando—. Yo no tengo datos de la competencia.

—Si los ves a esos tres joputas les dices que ni se aparezcan por aquí —gritó otro— y si vienen que nos devuelvan las bambas que nos roban los días seis de enero. ¡Estamos hartos de ir descalzos todo

el año por culpa de la ilusión!

A los tres minutos el Zacarías estaba en camiseta y calzoncillos en el alma del Barrio Oscuro. Alrededor parecía que hubiera nevado: era todo algodón desparramado por el suelo. Cuando acabaron de desnudarlo y la polvareda cedió, los pequeños indocumentados se echaron hacia atrás, asustados al ver al Zacarías sin la barba de fantasía ni el traje rojo.

—¡Cuidado, Caraegoma! —gritó uno—. ¡Éste no es Papanuel, es policía! ¡Mira el bigote!

—¡La pasma! ¡La pasma! —gritó uno aterrorizado.

—¡Ha caído la pasma! —gritó otro enseguida, y se fue por todo el barrio haciendo sonar un silbato.

Debía de ser una especie de aviso. En un segundo salieron unas doscientas personas de las casuchas de chapa con bolsas blancas, balancines, pastillas, cigarros liados, bolsas verdes, radiocasetes robados y pasaportes falsos, y metieron todo dentro de un pozo. Después se encerraron otra vez en sus casas, silbando y haciéndose los distraídos.

Le latía tan fuerte el corazón al Zacarías, que del bolsillo de la camiseta se le cayó algo. Fue providencial. Un niño lo levantó. Eran sus documentos.

—Espera, Caraegoma —dice el niño, leyendo con dificultad—. En este DNI dice que el papanuel se llama «Zacarías». ¿No es el macho de Lola, la señora buena que nos regala pizza?

Caraegoma se acerca al Zacarías. Lo mira fijo.

—¿Es cierto lo que dice ese papel? ¿Tú eres Zacarías, el marido de Lola? —le pregunta.

Y ahí es donde mi marido (según nos contó él mismo más tarde) después de cuatro días, once horas y seis minutos de amnesia, volvió en sí. Se pegó con la palma en la frente y dijo:

—¡Me cago en la mar! ¡Claaroo! —y mirando al cielo—. ¡El Zacarías soy, qué gilipollas! ¿Qué estoy haciendo aquí, en pelota viva?

—Soltadlo —dijo el Caraegoma—. Éste no es Papanuel ni es policía ni es nada...

Con un «uhhhh» a coro, los demás niños soltaron los ladrillos con que iban a lapidar al santo y se dispersaron, desengañados de no poder matar a nadie esa tarde. La gente grande desenterró sus cosas y siguió vendiendo en paz en la sombra de las casuchas de chapa. Las chabolas otra vez fueron las de siempre. Y el Zacarías entonces volvió a casa: desnudo, sí, golpeado, también; sin moto, pero con su documentación en la mano y su identidad, la verdadera, otra vez dándole cuerda al cerebro y bombeándole en el corazón.

¿Ya no somos clase media baja?

Desde hace una semana que estoy con una duda que me carcome los huesos. Pero hubo tanto ir y venir con la cuestión de las navidades, que sólo ahora puedo sentarme otra vez en casa y mirar a mi alrededor. Ayer al mediodía llego a la cocina y le pregunto a mi marido sin preámbulos:

—Zacarías, ¿qué vendría a ser para nosotros la Negra Cabeza?

Mi marido me mira como si yo estuviera loca y me dice:

—La chacha... ¿no?

—¿Cómo que la chacha? —digo—. ¿Desde cuándo tenemos chacha nosotros?

—Qué sé yo, mujer —me dice—, desde que la contrataste de chacha. No me molestes que estoy leyendo...

—A nosotros nos hace falta diálogo, Zacarías: ¡yo nunca he contratado una chacha!

—Habrá sido el Nacho —dice el Zacarías sin darle importancia—. Y lo que nos falta no es diálogo —agrega por lo bajo—: lo que nos falta es tema.

Me lanzo como una tromba al teléfono para hablar con el Nacho. A eso de las cinco de la tarde (unas dos horas después) mi hijo sigue intentando convencerme de que él jamás ha contratado a la Negra Cabeza para ninguna tarea específica.

—¡Es un escándalo! —le digo al Zacarías después de hablar por teléfono—. La Negra Cabeza vive en casa y tiene llave... ¡porque sí!, porque ella lo decidió. Esta casa es un caos. ¡Tenemos una intrusa, una espía, y nadie se entera de nada!

El Zacarías me mira por encima del diario, pero no abre la boca.

—¿Me oyes? ¿No vas a hacer nada? ¿Quién es el hombre de la casa?

Mi marido, impávido, frunce el ceño.

—Claro que sí, esto es el colmo —me dice, y enseguida pega un grito—: ¡Necesito una cerveza!

Al segundo llega la Negra Cabeza desde el fregadero:

—Disculpe señor, estaba lavando... Ya le llevo una lata. ¿Desearía algo más?

—Sí —dice el Zacarías—. Un almohadón.

—Como mande el señor —dice la perra, y se empieza a ir.

El Zacarías me mira socarrón. A mí se me erizan los pelos de la nuca.

—¡Negra Cabeza venga para aquí! —le digo con tonito de madre cabreada. (El tonito es todo rapidito sin comas ni respiración. Con la Sofí me funcionaba bien.)

—Mande, señora Lola.

—¿Qué lugar ocupa usted en esta casa? ¿Es la novia del Toño, es empleada del Nacho, es la amante de mi suegro? ¿Qué es usted?

—¿Yo? —dice, sorprendida, y mira con complicidad a mi marido—. Yo soy la chacha, señora Lola.

Me río:

—¡Nosotros no tenemos ni tendremos nunca chacha!

—¿Ah, no? —me dice—. ¿Qué es esto que tengo en las manos, señora Lola?

—Ropa sucia —le digo.

—¿Usted cómo me paga?

—Por semanas.

—¿De qué nacionalidad soy?

Me muerdo los labios.

—¿De dónde soy? ¡Responda!

—De Guinea... —contesto, sabiendo que he perdido el pulso.

—Todo está dicho —me suelta, y se va moviendo el culo—. Si me permite, voy a buscar una cerveza para el señor don Zaca.

Mi marido hace el gesto de volverse, pero lo freno a tiempo.

—¡Zacarías, si te vuelves a mirar ese culo, te juro que te parto la cara! —le digo.

—¡Qué carácter de mierda! —me dice y se enfrasca otra vez en la sección de deportes.

Las maneras que tiene la vida de avisarte que ya no eres tan tan pobre como antes son increíbles. De que eres un pelín menos miserable... Del cielo te cae una chacha.

Terrores del pasado

La noticia la trajo a la mesa la Sofí, que es la encargada de descubrir secretos del Toño. Nos dijo que escuchó a su hermano confesarle por teléfono al doctor Madariaga que la cosa que más le daba miedo en el mundo seguía siendo la canción de «Mambrú se fue a la guerra».

—Ay, pobre angelico —digo yo—, me acuerdo que, cuando era pequeño, se cagaba encima cada vez que se la cantábamos... ¿Te acuerdas, Zacarías?

—Sí, me acuerdo, era una risa... —recordó el Zacarías; pero enseguida, mirando a la Sofí, interpeló—: Niña, ¿tú por qué escuchas las conversaciones de tu hermano con el psicólogo?

La Sofí bajó la vista.

—¡Ancora que la bambina nos trae notichia fresca, tú te pone ético! —la defiende el Nonno.

El Toño se estaba lavando las manos para comer, así que cuando volvió a la mesa todos nos hicimos los suecos y no hablamos más del tema.

Más o menos a mitad de los macarrones, empezó don Américo, despacio, haciendo ritmo con el tenedor:

—Mambrú che fue a la güerra... —tarareó sonriendo y con cara de picardía—, mire usted mire usted qui pena....

El Toño sintió el golpe, pero se hizo el desentendido. Siguió comiendo como si nadie estuviera cantando, aunque notamos que el labio de abajo le empezaba a temblar, como si alguien se lo estuviese tirando con una soga desde debajo de la mesa.

La Sofí se sumó al Nonno y también cantó:

—... Mambrú se fue a la guerra, no sé cuándo vendrá... ¡Do-re-mi! ¡Do-re-fa! ¡No sé cuándo vendrá!

El Toño ya temblaba como un papel: había dejado de comer y los ojos le daban vueltas por la cocina como si estuviera en la montaña rusa. El Zacarías se levantó y, revoleando la servilleta como una folclórica, se sumó al martirio:

—Si vendrá por la Pascua, mire usted mire usted qué gracia...

Y la Sofí, poniendo voz de ultratumba:

—... Si vendrá por la Pascua o por la Trinidad...

A mí me daba pena la criatura, al que ya le empezaban a salir unas lágrimas del tamaño de una moneda de cincuenta, mirándonos a todos como si fuéramos fantasmas. Pero más me pudo la felicidad familiar, así que también me puse de pie y arremetí:

—Do-re-mi, do-re-fa... ¡O por la Trinidad!

Y el Nonno:

—... La Trinidad se pasa, mire usted mire usted qué guasa...

La familia entera rodeaba al Toño para el broche de oro:

—La Trinidad se pasa, Mambrú no viene ya... Do-re-mi, do-re-fa, ¡Mambrú no viene ya!

No hubo necesidad de seguir: el Toño pegó un grito de terror, se levantó de la mesa llorando y saltó por la ventana. Siguió corriendo por el patio, saltó la medianera de doña Paquita y ganó la calle. A toda velocidad.

—¡No te escapes que es peor! —le gritaba el Zacarías.

Nosotros nos quedamos mirándolo por la ventana: pegaba zancadas de metro y medio, como un poseído, hasta que se lo comió la esquina y ya no lo vimos más.

Nos repartimos su plato de macarrones entre todos, mientras seguimos cantando el resto de la canción. ¡Qué chico gilipollas este Antonio! Yo creo que tendría que enfrentarse a sus miedos como un hombre, porque de lo contrario no se los va a curar nunca.

Un aire a Meryl Streep

El sábado da la impresión de que nadie quiere trabajar. Y lo peor es que es el día que más pedidos tenemos. El Nacho se ha ido al centro, detrás de la Marilú (nunca había visto a ese muchacho tan enamorado). El Zacarías y los niños a comprar al supermercado; y el Nonno está desaparecido en combate. Todo el mundo se ha ido a alguna parte, menos Douglas, que es un chef muy responsable. Así que me voy a la parte de la pizzería a ayudarlo un poco con la cocina.

—Tienes ojos de cansancio —me dice al verme.

—Es que anoche pusieron otra vez *Los puentes de Madison* en la tele, y siempre que pillo esta película en el zapping me digo lo mismo: «Lola, no la mires, apaga, Lola».

—¿Por qué? ¿Qué tiene esa película?

—Es como que me hipnotiza y no me deja darle a los botones del mando, ¡y después de verla me suben unos calores! Para más inri, la película es con Meryl Streep, que es calcadita a mí cuando era más joven, y entonces me siento más identificada con esta mujer.

—Es verdad —me dice Douglas, galante—, tienes un aire a Meryl Streep.

Bajo los ojos, agradecida.

—Además, en esta película ella es un ama de casa de un pueblo que se llama Madison, y está casada desde hace mucho con uno que es como el Zacarías, y hasta tienen un Toño y una Sofí.

—¡Mira qué casualidad!

—Hasta que una tarde ¡zas!, se aparece un fotógrafo de la capital para sacar unas fotos a unos puentes que están allí en el pueblo, cayéndose a pedazos.

—¿Y ella está sola?

—Eso es lo malo... El Zacarías se ha ido a pescar y se ha llevado a los críos. O sea que la Meryl Streep está limpiando detrás de los muebles, oyendo la radio, haciendo la colada y preparando todo para cuando regrese la familia.

—Lo de siempre, vamos.

—Lo de siempre. Pero quiere Dios que al fotógrafo (que es Clint Eastwood, que está más bueno que mojar pan) justo se le casca la furgoneta en la puerta de la casa de esta santa mujer.

—Y ahí es donde te empiezan los calores, ¿verdad, Lola?

—No es para menos... De lejos se presiente que la Meryl necesita que le soplen las telarañas, porque aunque su Zacarías es un buen hombre de Madison, muy querido y bonachón, se ve que ha salido muy pero que muy católico.

—Y la cama la usa únicamente para rezar —dice Douglas, que siempre tiene esas salidas tan elegantes.

—Precisamente —digo yo—. En cambio el Clint Eastwood es un hombre de mundo, de esos que usan sombrero porque sí, que se visten de beige, que cuentan historias de safaris... Un señor.

Me gusta hablar con Douglas mientras cocinamos. Porque es como hablar con la pared, pero con una pared que te escucha. No nos miramos a los ojos porque estamos cortando pimientos, o rayando el queso, pero sabemos que el otro está atento a todo.

—Hay una parte en que ya son medio amigos los dos, y el Clint se le aparece a cenar a esta mujer, y le trae regalos (¡en la vida el Zacarías habría tenido un detalle así con la Meryl Streep!)... y cuando entra a la casa, el Clint no da portazos ni nada, y ella pone una cara de «ay, qué hombre más modosito, me lo comería empanado».

—¿Y cómo es ese gesto? —pregunta Douglas.

—Es un gesto muy bonito el que pone Meryl, es así —y le hago el gesto.

—Muy gráfico. Tienes harina en la nariz, deja que te la quite —dice Douglas, y me sopla la cara.

—La parte culminante de la película es cuando ella, acalorada, le dice: «Usted me espera aquí» y se va al baño y se enjabona toda con agua fría, para ver si así le baja la temperatura del cuerpo, que lo tiene como una brasa...

—No es para menos.

—Después vuelve, más fresca, y él la ayuda a cocinar, y medio que se rozan con los codos, y exprimen unos limones en la tabla y toda la cocina se llena de olor a merluza... —Aquí me detengo para respirar, y miro a Douglas que sigue cortando pimientos en juliana—. ¡Ay, Virgen del amor hermoso! Yo en esa parte ni respiro: trabo las dos rodillas con fuerza, eso sí, porque se me endurecen las enaguas. ¡Qué película más preciosa!

—¿Y entonces? —pregunta él, haciéndose el desinteresado.

—Nada —digo—. Entonces pasa lo que tiene que pasar.

—¿Y qué es lo que tiene que pasar?

—Que en una de esas el fotógrafo le dice: «Venga, Meryl, que ya somos mayorcitos» y ella le dice: «Llevas razón, Clint Eastwood», y empiezan a manosearse como si se acabara el mundo, desparramados en el mosaico que es un asco y un deleite todo al mismo tiempo.

—Un alivio, me imagino —dice Douglas, sonriendo con la mitad de la boca.

—¡Claro! Porque una por fin respira después de un cuarto de hora...

—¿Y la película termina así? —quiere saber Douglas, mientras me acomoda un mechón de pelo que se me había escapado por detrás de la oreja.

—No, la película termina muy triste, porque él se va.

—Qué idiota, Clint Eastwood.

En eso entra el Zacarías con el Toño, que habían ido al bar a comprar anchoas.

—¿Idiota Clint Easwood? —dice el Zacarías—. ¡Ja! Es el cowboy más rápido del Oeste. En una cinta lo vi matar a seis indios con la misma bala.

Yo no sé qué hubiera pasado en esta pizzería si mi marido y mi hijo no entraban en ese momento. No lo sé, ni lo quiero saber. Pero toda esta tarde de sábado me he quedado pensando en la última escena de la película, en donde aparece el Clint, bajo la lluvia, llorando de amor porque ve a Meryl Streep y al Zacarías con los críos, saliendo del Carrefour, y él sabe que se tiene que volver a la capital porque no hay nada más que hacer en ese pueblo. Y ahí aparece el The End.

Esta misma noche cuando estábamos los dos en la cama, he tocado con el codo al Zacarías y le dije:

—Zaca, ¿no tengo un aire a la Meryl Streep? —mientras le meto la mano por debajo de la manta para darle cuerda.

Y él, que debía de estar muy cansado, se lamentó:

—¿A que otra vez echaron por la tele esa porquería de los puentes? ¡Un día voy a arrancar la antena del techo, a ver si así descansamos un poco de tanto toqueo!

¿Cuándo fue tu primera vez?

La Sofí entró en la cocina mientras yo estaba machacando la carne para empanarla, y me soltó la pregunta sin preámbulos, mirándome a los ojos:

—Mamá, ¿a ti a qué edad te desvirgaron?

El martillo de madera salió volando para atrás y le pegó en la nuca a don Américo, que miraba el telediario en el comedor.

—¡Assassina! ¡Filha de putana! —gritó el viejo, y se encerró en su habitación.

Pero yo no estaba para pedir disculpas. La Sofí esperaba una respuesta.

—¿Te parece bien conversar de eso ahora, mi niña? —le digo, roja de vergüenza—. En cualquier momento van a llegar tu hermano y tu padre...

—Tienes que decirme un número nada más —me insiste la Sofí—. No quiero conversación.

—¿Un número? —le digo—. ¿Del uno al mil?

—¡Una edad, mamá, no te hagas la tonta! —me dice.

—Ay, Sofía, que estoy batiendo los huevos, no molestes ahora... —le digo temblando.

—A qué edad te desvirgaron, mamá... —no paraba la cabrona.

—¿No quieres ir a ver *Los Simpson* ahora que tu abuelo ha dejado la tele libre?

—¿A qué edad te desvirgaron?

—¡Diecinueve, niña, diecinueve! —le digo, poniéndole el cuchillo entre los ojos—. ¿Ya estás contenta? Ahora vuela, si no quieres que te eche aceite a los ojos.

—¿Diecinueve? ¡Eras vieja! —me dice la descerebrada—. ¿Y fue con papá o con un señor cualquiera?

Ya era el desiderátum. Me seco las manos en el delantal, cerrando los ojos y resoplando por la boca, y la cojo por los hombros. Le digo, con toda la serenidad del mundo:

—¿Estamos teniendo la conversación sobre sexo que tienen las madres con las hijas a cierta

edad, no? —La miro fijo; no me contesta—. ¿Es eso lo que está pasando, Sofi?

—Qué sé yo... —me dice—. Igual sí.

—¡Serás inoportuna, niña! Hace como dos años que espero este momento... —le confieso—, ¿pero tiene que ser ahora, a las dos y media de un lunes? ¡Mira cómo voy vestida! Mírame los pelos... Hay que tener sentido de la ocasión, Sofía...

—Estás escurriendo el bulto... —me dice.

—¡No! Ésta es una charla cumbre en la relación madre-hija. Estas cosas se hablan de noche, Sofía, cuando todos duermen, en una intimidad absoluta.

—¿Por qué?

—Porque es una conversación femenina, sensible... Yo me imaginaba vestida con la blusa azul Francia que usé por Navidad, la que tiene el estampado matelase... Tú con el pijama largo... Y las dos bebiendo café instantáneo...

—¿De qué habláis? —pregunta el Zacarías, entrando en la cocina con el Toño.

Por un momento pensé que estaba salvada. Pero no. La Sofi arremete contra el padre:

—Papá, ¿a mamá la desvirgaste tú o la desvirgó otro tío?

Yo cerré los ojos esperando el ruido del sopapo. Pero el Zacarías pica un pedazo de queso de la nevera y habla:

—¡Yo, por supuesto! ¿Quién va a ser? —dice el zángano con toda naturalidad—. En un dos caballos amarillo... ¡Tu madre gritaba como una cerda!

—¡Joooo! —se ríe el Toño, palmeando al padre.

Yo estaba azul de vergüenza: me hubiera gustado mucho que me tragara la tierra y aparecer en el Tibet para empezar una vida nueva. En cambio, el abuelo sacó la cabeza por la puerta y agregó, levantando el índice:

—¡Il Chitroën era mío!

Hay veces que quisiera una familia como la de *La casa de la pradera*. Lo más fuerte que le ha preguntado Laura Ingalls a la madre era algo sobre cómo hornear panecillos. ¡Pero se ve que no he tenido suerte en esta vida!

Nacho aparece como desconectado

LOLA DICE

¡Nachito! ¿Qué hace mi niño todavía en la capital? ¿Cómo está la Marilú?

NACHO DICE

¡Por fin! ¿Qué estáis haciendo con el teléfono, mamá? Hace una hora que estoy llamando a casa y comunica.

LOLA DICE

¡Es tu hermana, Ignacio! Esa criatura no deja de hablar con el novio. Está estúpida.

NACHO DICE

Dile que corte, que tengo que hablar contigo.

LOLA DICE

Hablemos por aquí, venga, que me emociona esto del messenger.

NACHO DICE

Es importante, mamá, mejor por teléfono.

LOLA DICE

¡No me asustes, niño! Cuéntamelo, anda, que es lo mismo. ¿Te ha pasado algo?

NACHO DICE

María Luz y yo hemos estado viendo pisos; no sabes qué bonitos...

LOLA DICE

¿Se va a mudar la Marilú? Los que tienen dinero hacen lo que quieren...

NACHO DICE

Escúchame, mamá. Estoy en un ciber y me cierran en cualquier momento. Te cuento por encima pero esta noche te llamo... No te montes historias hasta que hablemos... ¿vale?

LOLA DICE

¿Qué pasa? Me asustas...

NACHO DICE

Nos vamos a quedar a vivir aquí, en la capital. Esta tarde hemos visto un piso muy luminoso, con el metro a dos calles, y lo acabamos de alquilar. ¿Sabes dónde está el Museo? Es más o menos a seis calles de ahí, un lugar precioso..., muy cerca de la escuela donde María Luz se quiere presentar para dar clases... ¿Mamá? ¿Sigues ahí?

LOLA DICE

Sí, sí...

NACHO DICE

Hablamos por teléfono, ¿quieres?

LOLA DICE

No, cuéntame, que te estoy escuchando.

NACHO DICE

Nada, mamita, es sólo eso. Que lo he pensado muchísimo, le he estado dando muchas vueltas, y me siento como nunca en mi vida, estoy enamorado, lleno... Es como que respiro con los dos pulmones... Respiro hondo, tengo ilusión otra vez... Pero nos vamos a ver a menudo; vosotros vais a venir y nosotros iremos también por el barrio..., ¿verdad?

LOLA DICE

Sí, sí, me alegro, Ignacio. Me alegro mucho, corazón.

NACHO DICE

Si lo piensas bien, son menos de cuatrocientos kilómetros. Y además vosotros tendríais un sitio aquí sin gastar un duro, ¿no?

LOLA DICE

Sí, si tú lo dices será así. Bueno, me voy a hacer la cena. ¿Quieres hablar con tu padre?

NACHO DICE

¿No, mamá! Estoy hablando contigo. ¿Qué te pasa?

LOLA DICE

Nada mi amor nada qué me va a pasar nada.

NACHO DICE

¿Estás llorando? Cuando escribes sin poner las comas es que estás llorando, que te conozco.

LOLA DICE

Ignacio, corazón, tú ya has pensado en todo por lo que me dices. Y si eres feliz, yo soy feliz...

NACHO DICE

Aquí en el ciber están cerrando, mamá. Y no me digas eso de tú-feliz-yo-feliz, que siempre que dices eso estás mirando al suelo. No llores. Dentro de un rato te llamo por teléfono, ¿vale? Por la pizzería no te preocupes tampoco, que seguiré llevando los números desde aquí, en cuanto nos instalemos...

LOLA DICE

Tú no te preocupes, Nacho.

NACHO DICE

Me cierran, mamá. Te llamo dentro de un rato.

LOLA DICE

¿Te digo la verdad, corazón? No sé si voy a soportar que no estés, Nacho, la verdad es que no lo sé. Pero si tú eres feliz, yo soy feliz. Ya sé que siempre que te digo esta frase estoy llorando, pero siempre es verdad. Cuando tengas un hijo vas a saber que es verdad.

 **NACHO APARECE COMO DESCONECTADO. NO SE PUEDE ENTREGAR SU MENSAJE.**

LOLA DICE

¿Ya te has ido? ¿Tan pronto...? Veintiocho años es muy pronto, Nacho... Eres tan pequeñito. Si yo hubiera sabido que un día te ibas a ir a la otra punta del mapa te habría parido en San Marino, que es un país pequeño... La capital de San Marino debe ser como dos calles del extrarradio..., y podrías volver por la tarde a casa a conversar conmigo...

 **NACHO APARECE COMO DESCONECTADO. NO SE PUEDE ENTREGAR SU MENSAJE.**

LOLA DICE

No quiero ni saber cómo voy a aguantar no tenerte el resto de la vida, no quiero ni pensarlo... ¿Te acuerdas cuando te fuiste solo a Grecia, al cumplir los dieciocho? ¡Un mes sin ti y ya me desespero! No voy a soportar, mi amor, que me veas ponerme vieja de golpe...

 **NACHO APARECE COMO DESCONECTADO. NO SE PUEDE ENTREGAR SU MENSAJE.**

LOLA DICE

¿Recuerdas cuando me decías que no te ibas a casar nunca para estar conmigo? Yo sabía que era un chiste, que lo decías a lo tonto, pero me gustaba tanto, tanto... Y cuando empezaste a dejar todo el sueldo en casa nunca te dije gracias, ni tu padre ni yo te dijimos nada. Pero por la noche nos mirábamos y decíamos: «Hostia puta, qué pedazo de hijo». Pero te lo tendríamos que haber dicho, mi amor...

 **NACHO APARECE COMO DESCONECTADO. NO SE PUEDE ENTREGAR SU MENSAJE.**

LOLA DICE

Qué mierda el messenger, Nacho, no se puede acariciar por aquí... ¡Teléfono, debes de ser tú! Ahora mismo te atiendo, espérame que se me aclare un poco la garganta. Te quiero mucho, hijo mío. Y tú no te preocupes si lloro... es porque tú eres feliz y porque me estoy poniendo vieja.



NACHO APARECE COMO DESCONECTADO.

Viejos son los trapos

Ayer me despertó de la siesta un terremoto de ollas que se caían al suelo. «Adiós —pensé—, se vino abajo el mueble grande con la vajilla de recién casada.» Salí disparada para la cocina, ¡pero nada! Todo como siempre. De repente, otra vez ese ruido del demonio, esta vez más nítido, ensordecedor. Era como si viniera propiamente de los cimientos. Del núcleo mismo de la Tierra.

Empecé a seguir los golpes, con miedo, hasta la habitación de don Américo. Entré sin golpear, asustada de que le hubiera pasado algo. Y me encontré al abuelo detrás de una batería Tama Rockstar de cinco cuerpos.

—¿Qué narices hace con eso, Américo? —le grité al verlo.

Mi suegro dejó de tocar en cuanto me vio en el vano de la puerta, hizo un floreo con los palillos y me explicó:

—Me la he compratto cuesta matina, é seconda mano pero va bene. ¿Ti piache?

Di media vuelta sin responderle nada. Me fui hasta el patio, casi llorando, a buscar al Zacarías que le estaba poniendo insecticida a las plantas.

—¡Tu padre se ha comprado una batería! —le digo señalando para adentro.

—¿Una batería? ¡Si no tiene coche!

—¡Una batería de hacer ruido! —le explico, llevándolo hasta el epicentro de la desgracia—. ¿No has oído el escándalo que está haciendo?

—¿Ese ruido viene de casa? —me dice, mientras entramos—. Yo pensé que eran los chicos del barrio que estaban haciendo rodar un bidón.

—¡No hay ningún bidón! —le digo—. Le dices algo a tu padre, Zacarías, porque te juro que yo así no puedo más. En vez de estar en la tercera edad como todo el mundo, está en la edad del pavo...

—¿E cuesto é malo, Lolitte? —me increpa don Américo sacando la cabeza por la ventana—. Tendería que ponerte feliche qu' il cuore me fa pum-pún piú forte...

—¿Ves lo que te digo? ¡Hasta del oído está mejor que nosotros!

—Papá, Lola no quiso decirle «pavo» —contemporiza el Zacarías, acercándose a su padre—. Pero una cosa es que usted se sienta bien, y otra es que lo tengamos que ir a buscar a la cárcel cada dos por tres, que se quiera cepillar a señoras más jóvenes...

—¡Ío non me quiero cepillare a nesuna! —corrige el Nonno—. ¡Sonno ellas las que me ven irresistible!

—Papá... —lo interrumpe el Zacarías, cogiéndolo despacio por los hombros—. Papá, escúcheme un segundo... Usted está en una etapa en que debería mearse encima, cagarse encima...

—... nosotros encantados de la vida si usted se nos mea, don Américo —le digo, para alentarlo.

—Usted, papá, debería empezar a confundirse con los nombres de los nietos —continúa el Zacarías—, decir a cada rato que se quiere morir, pasarse la tarde delante del televisor... ¿me entiende?

Don Américo lo mira, pero no dice nada.

—A nosotros, Américo... —le digo yo, más calmada—, a nosotros nos encantaría ayudarlo en su vejez, pero usted tiene que poner algo de su parte.

—¿Ponere el qué? —dice.

—¡Ponerse viejo, cojones! —le dice el Zacarías—. Que ya va siendo hora.

Don Américo nos mira serio. Pero no entiende la propuesta. ¿Cómo va a entender nuestros consejos con ese pañuelo rojo en la cabeza, con esa camiseta de tirantes negra, nueva, que dice AC/DC, con esa muñequera con puntas de metal...? Nos mira y nos oye, sí; pero ni nos ve ni nos escucha.

—Vieco sonno lo trapo —dice—. A la mía época non había rocanrole, é ahora hay. E a mí me piache la batería. Desde cueste momento, ío tengo una orchestra típica de heavy métale. ¡Y tutti vosotro silenchio!

El Zacarías, vencido, vuelve con sus plantas meneando la cabeza... Yo me quedo en el pasillo, haciendo frente al monstruo un poco más. Lo miro a los ojos, enfadada, seria. Él tampoco me quita la vista. Me dice, levantando una ceja:

—E tú, Lola... ¿Tú te piensas que a Charlie Watts le diche la nuera que no toque lo tambore?
¡Una merda! —y se mete en la habitación haciéndome ese gesto de las películas, con el dedo levantado.
¡Será cochino!

Hay veces que admiro al abuelo: hay veces que quisiera llegar a vieja con su sentido de la vida, con sus fuerzas y su actitud. Pero hay otras veces, como ayer, que lo hubiera metido dopado en un geriátrico... ¡Qué enfermedad más triste es la juventud a cierta edad!

No todos los hijos son iguales

El Nachito me ha llamado ayer por la noche. Dice que me echa de menos, dice que está enamorado... Cuando colgué el teléfono, será porque estoy sensible, me senté en el sillón a llorar un poco. No de tristeza ni nada; son esas cosas que a veces hace una y no sabe por qué. Ya hace mucho tiempo que no tengo esa pesadilla con el Nacho, ese sueño tan cochino. Ojalá que todo le vaya bien al nene, porque es un sol.

El Toño estaba en el comedor, fumando y ahogando unas hormigas en un frasco lleno de agua, y me empieza a mirar. Se acerca despacio. El Toño siempre le tuvo mucho respeto a mi llanto. Una especie de pavor.

—¿Ves como no soy el único hijo que te hace llorar? —me dice satisfecho.

El Toño siempre tuvo celos de los hermanos. Es tan celoso que un día, viendo cómo el padre le pegaba un guantazo a la Sofí, de ésos perfectos, de revés, sonoros, me miró cabreado y me dijo: «¿Ves? A mí papá no me ha dado nunca una hostia con tantas ganas». Muy celoso es el Toño.

—Estoy llorando porque llamó el Nachito —le digo.

—¡Ajá! El Nacho también te hace llorar... No es tan buen hijo como pensábamos... —me dice triunfal.

—Ay, Antonio, no digas idioteces, que me duelen las varices —lo increpo—. No me vas a comparar llorar de alegría por el Nacho que llorar de desesperación, como cuando lloro porque tú te

pasas el día tratando de hacer un pentagrama con tu bolo fecal.

—¡Un pentagrama no! Lo que intento es la clave de sol —me dice—. ¿Ves como no te importa lo que hago?

—Claro que me importa —le explico, limpiándome las lágrimas—, lo que pasa es que haces cada cosa, niño...

—Las de cualquier adolescente de mi edad.

—Los adolescentes de tu edad juegan al fútbol, Antonio, no se pasan las tardes cagando y sacando fotos a la mierda... Los adolescentes de tu edad se drogan a escondidas de los padres... ¿Te parece lógico que me fumes en mi cara esa porquería?

—¿Qué culpa tengo de que el Nonno me convide? —me dice—. Los adolescentes de mi edad tienen que ir a la calle a buscar el material. Yo tengo que ir a la habitación de al lado... Es complicado esconderse en el pasillo.

—Tengo la esperanza de que un día crezcas, hijo.

—¡Yo también! —me dice—. Los lunes y jueves me cuelgo de las patas en el patio. El año pasado aumenté dos centímetros. Ya estoy en uno cuarenta y siete; y si me peino como Elvis, uno cincuenta, pero no me gusta. Prefiero ser bajito antes que ser revaival.

—¡Que crezcas por dentro, Antonio, por dentro! —le digo, pegádole en la cabeza con los nudillos—. Que dejes de drogarte, que encuentres una chica de tu edad... Ésos son mis sueños... Que triunfes en la vida. Cuando pase eso voy a llorar de alegría también por ti.

Se me queda mirando.

—Yo te prometo —me dice— que cuando logre hacer la clave de sol y me convierta en campeón europeo de vátermano, te voy a comprar una casa nueva y un vestido nuevo, mamá...

«No —pensé—, esta criatura ya no tiene solución...» Me tapé la cara y me puse a llorar desconsoladamente. Entonces me abraza y me dice:

—Ahora sí estás llorando de alegría por mí, ¿cierto, mamita?

No te cases ni te embarques

La Negra Cabeza tiene los días contados en casa, porque ya se está pasando de castaño oscuro. Y no solamente porque sea medio bruja y crea en todas las supersticiones (yo también soy creyente): el problema es que es exagerada con sus manías de la mala suerte, y además viene con las tradiciones subsaharianas, que son completamente distintas de las de aquí.

No hará ni diez minutos que, en medio de la pizzería y todavía con gente comprando, mira el reloj y se empieza a quitar la ropa. ¡Se ha quedado en bragas y sujetador, la descarada! Mi marido, en vez de meterla para dentro, se la queda mirando como embobado. Así que tuve que cogerla yo de los pelos y llevarla para el fondo.

—¿Usted está loca o qué le pasa? —le digo.

—Es que ya es viernes trece —me explica insolente, y me recita—: «Viernes trece, no te vistas ni te enjuagues».

—Eso será en tu país, porque sois todos unos mugrientos —le digo—. Aquí es «no te cases ni te

embarques».

—¡Pero si en mi barrio casi no tenemos salida al mar! —se defiende—. Y además en Guinea la gente no se casa, se junta. Hay que respetar todas las religiones, señora.

—Además, Lolitta —acota el Nonno, mirando las tetas de la chica—, tiene mucho más sentido la versión africana... ¡Sácate má, Necra, sácate tutto!

Lo de hoy es la gota que colmó el vaso, pero ya me tiene agobiada con sus interpretaciones de la mala suerte. Para ella, por ejemplo, si pasas por debajo de la escalera de una obra en construcción, te casas con un paleta. ¿Qué sentido tiene? Otra: en la mesa no se da el salero en la mano, pero tampoco la ensaladera ni la gaseosa. Es decir, que cuando la Negra se queda a comer en casa, más que supersticiosa lo que parece es una maleducada.

Antes se pensaba que traía mala suerte pisar las juntas de las baldosas, hasta que vino un psicólogo y dijo que eso era «trastorno obsesivo compulsivo». Después salió una película con Jack Nicholson, muy bonita. Para la subsahariana lo que hay que pisar por la calle es caca de perro. En realidad, sabe que pisar mierda contrarresta la mala suerte. Pero lo que hace ella es buscar mierda para pisarla.

—¡Eso es trampa! —le dije un día—. Para que haga efecto tiene que ser casualidad.

Pero ella erre que erre. Va por la calle buscando los zurullos de los perros y los aplasta con la bamba como si fueran cucarachas..., y cuando vuelve a casa me deja todo perdido. El otro día, sin ir más lejos, le pisoteó cuatro esculturas al Toño, y el niño me estuvo dos días llorando.

—No te sulfures, Lola —me dice el Zacarías—. La versión africana de las supersticiones no es como la versión española. Déjala en paz...

—¡Pero la Negra tiene que entender que vive aquí, no allí! —argumento yo—. A veces me gustaría ser como Ariel Sharon y mandarles los helicópteros a los herejes.

Por lo visto en Guinea no es mala suerte cuando pasa un gato negro, pero sí cuando pasa un gato blanco. Y contrarrestan la mala suerte tirándole piedras al animal cuando va pasando. Por eso el Cantinflas se esconde cuando llega la Negra. Un día el pobre minino no se escondió a tiempo y la africana le largó una pedrada, pobre santo. Para más inri, la piedra siguió de largo y me rompió el espejo del recibidor. ¡Y la otra se quedó tan contenta!

—En Guinea romper un espejo prescribe enseguida —me dice—. No se preocupe, Lola.

En la época de mi madre, cuando te zumbaban los oídos era que estaban pisando la que sería tu tumba, pero parece ser que ahora es que están hablando mal de ti. Sin embargo, para la Negra Cabeza, si te zumban los oídos es porque te están espionando desde un satélite de la NASA. ¡Está loca esta mujer!

—Mire, Negra —le digo—. Mejor que se vista inmediatamente. Y si hace una sola más de estas gilipolleces, mañana mismo se larga con viento fresco de la pizzería. Yo no puedo aguantar estos escándalos.

—¡Pero es viernes trece! —se queja.

—¡Además! —le digo—. Aquí en España la mala suerte es el martes trece. El viernes trece es en Estados Unidos...

—Por eso —me dice—. ¿Y quién tuvo más suerte, España o Estados Unidos?

En eso lleva razón, pero de todas maneras la odio.

Brigadas nocturnas de vecinos

Hasta no hace mucho tiempo, vivir en el extrarradio era como vivir en el paraíso. Este barrio era un lugar seguro, donde nunca pasaba nada: ni bueno ni malo. Y nosotros vivíamos en paz. Desde hace una década, con la llegada de la gente de otros países, la cosa ha cambiado mucho.

En lo que va de año ya han robado dieciocho veces en el barrio. Pero la gota que colmó el vaso fue esta semana: siete robos nocturnos, y tres al mismo comercio. Y como la policía no hace nada, porque aquí parece que los únicos que trabajan son los ladrones, los maridos del barrio han comenzado a hacer rondas nocturnas.

Salen con palos, algunos con armas, y hacen turnos de guardia en zonas estratégicas. Encienden bidones vacíos y hacen fogatas, y todos llevan un silbato, esperando encontrarse con los ladrones y lincharlos. Muy triste todo. Muy triste.

Hasta ahora el Zacarías se hacía el loco para no colaborar. Escurría el bulto a su deber como vecino y como padre de familia. Pero esta mañana, muy temprano, lo vinieron a buscar para que se sume a la ronda.

—No, Rubén, a mí déjeme tranquilo en casa —se excusaba el Zacarías frente al jefe—. Además, ¿tiene que ser justo esta noche?

—Es que no se vigila el barrio cuando quiere uno, sino cuando quieren los ladrones... —explica el carnicero.

—Pero esta noche justamente juega el Madrid contra el Depor, Rubén. Y todo el mundo sabe que los ladrones son muy de ver fútbol, ¿usted piensa que van a salir a robar durante el partido?

—Vale, si quiere usted haga el turno de madrugada, por eso no hay problema.

El Zacarías niega con la cabeza.

—¿De madrugada? No, mucho menos... Durante la madrugada ponen la liga sudamericana por Sportmanía. La gente de esos países se queda a esa hora mirando el fútbol... ¿Por qué no dejan la vigilancia para cuando terminen las ligas de todo el mundo?

—¡Zacarías, es una vergüenza lo que estás diciendo! —le digo yo en camión—. Está movilizado todo el barrio. Esta gente te necesita, y tú tienes una familia que defender...

Por la puerta de atrás aparece don Américo con un pasamontañas en la cabeza y una escopeta de antes de la guerra, oxidada y enorme, que estuvo siempre colgada en su habitación.

—¡Déquenlo al mío filho que sempre ha sido un caquita! —dice el Nonno levantando el arma como si fuese el subcomandante Marcos—. Ío acompaño a la troppa.

—¡Que viva el Batman yayo! —grita el Toño en pijama—. ¿Yo puedo ser Robin, abuelito?

—¡Ecco! Il bambino é Róbino, e viene connico a viquilare il barrio.

—No —dice Rubén—, usted ya está muy mayor, abuelo... Y tú, enano —le dice al Toño—, mejor no salgas a la calle, porque que la mitad del barrio piensa que el ladrón eres tú.

—¡Eso sí que no se lo permito! —me enfrento al carnicero—. Usted podrá decirle cobarde a mi marido y carcamal a mi suegro, pero a mi hijo nadie le dice enano en mi presencia.

—¡Pero mamá! —se queja el Toño—. ¡Me dijo ladrón, que es peor!

—Eso te lo has buscado, Antonio —le digo—, pero de ser enano no tienes la culpa.

—¡Vale, se acabó! —zanja el Zacarías—. Que no se diga que me faltan cojones. Esta noche estoy ahí a las veintiuna, Rubén. Y me quedo toda la noche vigilando, como cualquier hijo de vecino.

—¿Ha visto? ¡Entonces los hijos de vecino también podemos ir! —dice el Toño.

—¡Así se habla, Zacarías, eso es un macho! —dice Rubén palmeando a mi marido y olvidándose del Toño.

Después de eso, el carnicero se va de casa pisando fuerte, y dejándome todo el recibidor lleno de barro.

Nos quedamos callados. De pie en el comedor, pensando en cómo cambian los tiempos. Me acuerdo de que no hace muchos años, poquitos años, decíamos orgullosos: «En este barrio se puede dejar el coche sin llave, la puerta abierta de tu casa»... Y ahora estamos metidos en rondas vecinales, despiertos por la noche, escuchando la sirena a cada rato... Me acuerdo de que los niños podían jugar en el terreno baldío de la avenida hasta muy tarde, sin que nunca pasara nada... ¡Ay, cómo ha cambiado este barrio! Zacarías me mira. Yo lo miro.

—Estás pensando lo mismo que yo, ¿cierto? —le digo tristonamente, abrazándolo un poco.

—Sí, mujer, claro... Pero no te preocupes... —me dice cabizbajo—: tú me grabas el partido, y yo lo veo cuando vuelva. No te pongas triste por eso.

Instrucciones para domesticar a un yerno

Ayer la Sofí trajo al Pajabrava, su noviete nuevo, a merendar. ¡Un susto tenía ese pobre muchacho! Se conoce que el carácter del Zacarías ha de ser famoso en el barrio. Así que el chico entró, despacio, rojo como un tomate, y se quedó quieto al lado de la niña.

—Papá, mamá —nos lo presenta la Sofí—, éste es el Pajabrava, mi novio.

Yo estaba planchando y el Zacarías miraba la televisión cabeceando un poco de sueño. Los dos levantamos la vista y miramos un buen rato al chico, en silencio, más que nada para meterle miedo. Con cara de mala gente, sin saludarlo ni nada. Después nos miramos entre nosotros, como dos buitres que ya huelen la carne muerta.

—Ve a prepararle algo para beber al muchacho, Sofía —digo yo con voz de mosquita muerta—. Y tú, joven, siéntate allí, como en tu casa —y le señalo el sofá donde descansa, impertérrito, el Zacarías.

—No... yo... No quiero molestar, señora, mejor voy con la Sofía... —tartamudea el pichón.

Mi marido, secamente, aparta el periódico y el mando a distancia para que quede espacio en el sofá. Cuando un futuro suegro te hace sitio, querido, hay que sentarse: ya estás en la jaula del tigre. Así que el muchachito, muerto de miedo, va y se acomoda. El Zacarías y yo nos miramos, cómplices.

Yo le hago la seña de siempre al Zaca. Dos dedos levantados sobre la teta izquierda. Eso quiere decir: «¿Le cuentas por qué te despidieron de Astilleros, o le muestro el álbum de fotos familiares?». El Zacarías se queda pensando un momento, mirando de reojo a la presa, y me hace la seña de cerrar los ojos tres veces con el meñique en alto. «Entendido», digo yo articulando el pulgar dos veces.

—¿Quieres ver fotos, corazón, mientras llega la Sofía con el colacao? —le digo.

Y antes de que el pobre diablo pueda decir esta boca es mía, traigo de la biblioteca los tres

volúmenes de la familia, desde 1967 a la actualidad. Y me siento con él en el sofá.

El Zacarías (¡lo habremos hecho tantas veces!) se levanta y se va a distraer a la Sofi por lo menos dos horitas. Se va sin saludar, como corresponde. Diciendo: «Bah bah bah», que significa, a oídos del novato: «Qué gilipollas es este niño, no merece la pena ni decirle adiós».

Entonces empieza mi trabajo. «Tomo uno, verano de 1967, vacaciones en Benidorm.» Pongo el dedo en la primera foto, tomo aire porque la cosa va para largo y empiezo:

—¡Ay, mira qué risa, niño! —digo, cogiéndolo por la camiseta—. Ésta era la tía Amparo. La hermana de la Conchi, que es esta que aparece detrás del coche. En esa época usábamos unos peinados... ¿has visto?... El gordo del medio es el abuelo Agustín, que vendría a ser el bisabuelo de la Sofi. Se murió de un cáncer de próstata, no sabes qué doloroso...

Hay que hablar rápido y tratar de marear a la presa. Ése es el truco; ahí reside todo. Una hora después empiezas a cansarte, pero lo importante es no perder el ritmo ni quedarse sin saliva. El Toño viene a cada rato y me trae agua o un vaso de Trina de naranja.

—¡Ay, pero qué fotos pequeñitas se hacían en esta época, muchacho! —le digo a la hora y media, cuando empezamos el tomo dos—. ¿Ves? Aquí está la tía Antonia, y ésta es su sobrina la Inés, que no era tan gorda como está aquí: seguramente ya esperaba a las mellizas... Enseguida verás a las mellizas en el tomo tres....

Y así más o menos dos horas largas. La lengua te queda seca y pastosa, pero por lo general la tortura funciona... Eso sí: me aburro como una ostra, pero hay que hacerlo, porque es la única manera de saber si los pretendientes que trae la Sofi son de buena familia o son unos degenerados. El Pajabrava resultó ser bastante simpático. Se me quedó dormido más o menos en el tomo tres, pero no se quejó.

—Eres idéntica a tu tía abuela Mari Carmen —le dice el Pajabrava a la Sofía.

—¿A quién? —pregunta ella.

—Tu tía abuela, la madre del Octavio, el que trabajaba en Dupont —explica, ya experto, el Pajabrava.

El Zacarías y yo nos miramos, satisfechos. El pequeño pánfilo ha pasado la prueba con un ocho y medio. Puede seguir viniendo a casa sin mayores inconvenientes hasta la prueba final del Zacarías: ésa sí que es difícil de superar. No sabe lo que le espera, el pobre infeliz.

Abuela

Hoy por la noche ha llamado el Nacho. Atendió el Zacarías, pero mi hijo quiso hablar conmigo, quiso que fuera yo la primera en enterarme.

—¿Estáis todos ahí? —me preguntó.

—Sí, mi niño, ¿qué pasa? —dije.

—¿Pero estáis todos todos? ¿Está el abuelo Zacarías, el bisabuelo, el tito Toño y la tía Sofi? ¿Seguro están todos, abuela?

Entendí enseguida. Tan gilipollas no soy. Pero no pude hablar, no me salía ninguna palabra. Quería decirle muchas cosas al Nacho, pero no podía. Me puse a llorar en el teléfono, mientras el Nacho me decía que quería estar seguro antes de decirnos nada, y que por eso la noticia me la daba ahora y no

la semana pasada...

—Entonces, ¿de cuánto está? —pregunté llorando, y todo el mundo dejó de fingir que no escuchaba la conversación.

Todos se quedaron mirándome.

—De tres meses —me dijo el Nacho.

Aproveché que todo el mundo quería el teléfono para felicitar al Nacho y me fui a llorar a la habitación. Desde la cama escuché la alegría de la familia, las carcajadas del Zacarías y la felicidad de la Sofí y el Toño.

Hace un rato, a las dos y diez de la madrugada, en casa todos dormían ya y soñaban con el hijo del Nacho. Pero yo no podía pegar ojo. Entonces, de un momento a otro, me salieron los puntitos. Los de las manos. Esos que dicen que, ahora sí, y hasta el final, vas a ser una vieja.

No entiendo cómo llegaron de forma tan repentina, porque yo pensaba que se instalaban poco a poco, pero no. Llegan como los okupas, en manifestación, se te meten debajo de la piel, sin respetar las arrugas ni nada. Y van derechos a las manos, que es lo que una usa más. Se conoce que estaban esperando a que fuese abuela.

No sé por qué, tengo la costumbre de usar las manos para todo. Ha de ser una cuestión cultural. Para saludar, para cocinar, para pegarle un bofetón cariñoso a la Sofí, para decirle al Toño «ven aquí, maleducado», para pedir una Coca-Cola. Para todo tengo que usar estas manos que ahora están llenas de puntitos. ¡Qué vergüenza!

Estuve a punto de despertar al Zacarías y contárselo, pero preferí hablar del tema con alguien más sensible.

—La he cagado, corazón —le digo al Nacho por teléfono, antes incluso de decirle hola.

—¿Mamá? —me dice, con la voz ronca—. ¿Eres tú? Son las dos de la mañana... ¿Le ha ocurrido algo al Nonno?

—No, el Nonno está bien, mejor que yo —le digo, un poco llorando—. Me ocurre a mí.

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Me han aparecido los puntitos.

—¿Qué puntitos? —me dice con voz de dormido.

—¡Los de las manos, cuáles van a ser, pánfilo! —le digo—. Hace un momento me he levantado a por agua y tenía las manos de mi madre.

—Pero mamá... ¿Me llamas para eso?

—¿Qué hago, Nacho?

—Lo mejor es que te acuestes y duermas —me dice—. Mañana hablaremos.

—¿Ves? Desde que la Marilú tiene a mi nieto en su barriga y yo tengo estos puntitos, me tratas como a una vieja.

—¿Pero te sientes bien o tienes algún otro síntoma de vejez?

—¿Otro síntoma? ¿Como qué?

—Deseos de fregar el rellano a las seis de la mañana, por ejemplo —me dice—, o ganas de llamar por teléfono a tu hijo de madrugada por una gilipollez... Cosas así.

—¿Me estás vacilando?

—Claro, mamá —me dice—. Vete a dormir, venga, mañana hablamos. Un beso —y me corta, el desaprensivo.

Mientras escribo esto, me miro las manos; siento como si escribiera otra señora, no yo. ¿Será que ser abuela acelera los demás síntomas de la decadencia? ¿Será que la vida me ha pasado volando y no me di cuenta de nada?

Son unos puntitos pequeños, asquerosos, como si se me hubiese caído un poco de café en las manos. Salpicaduras, eso parecen. No son gran cosa, pero están en unas manos viejas que ya no son las mías.

Tengo miedo de arrepentirme de lo que he hecho, de que un día, así de golpe, igual que aparecieron estos puntitos, aparezca el resto de la vejez, también de golpe y porrazo. Tengo miedo de que me empiecen a gustar las mecedoras, la programación de la tele por la tarde. Tengo miedo de empezar a tejer y que me guste. De empezar a leer en el diario las necrológicas para encontrar amigos muertos. De que la gente comience a decirme doña Lola. O abuelita.

Antes, cuando yo era joven y no tenía puntitos en las manos, el Nacho quería hablar conmigo a cualquier hora. No le importaba hablar conmigo... Pero desde hoy, que tengo estas hormigas pequeñitas aquí y aquí, que tengo esta sensación de película que se termina, me envía a dormir como a una vieja. ¡Cómo si no supiera que las viejas no dormimos!

Mañana mismo me compro una radio portátil y me la pongo entre la oreja y la almohada. Si voy a ser una vieja, tendré que conseguir todos los accesorios para pasar las noches en vela. ¿Ya tendré también olor a pis de gato y no me doy cuenta? ¡Ay, qué vida más corta y desagradecida!

El Zacarías está celoso

Ayer por la noche, para celebrar las buenas noticias del Nacho, he invitado a Douglas a cenar. Me salió del alma. No puede ser que ya lleve casi seis meses trabajando con nosotros y nunca se lo hayamos agradecido en familia. Pero al Zacarías le dio uno de esos ataques de celos que más parecen ataques gástricos: se pasó la cena eructando, rascándose la oreja con el mango del cuchillo, comiendo con la boca abierta y contando chistes verdes.

La forma en que el Zacarías manifiesta sus celos es un poco prehistórica. A mí me parece que su manera de marcar lo que es suyo la aprendió de sus antepasados, los rinocerontes. Porque yo no creo que mi marido descienda de los monos, que son unos bichos tan simpáticos.

Al Toño le está encantando esta faceta celosa del padre y se la ríe: cada ruido, cada insolencia... La risa del Toño, a su vez, es como si envalentonara a mi marido, que exagera más aún. Si antes había eructado, ahora se ladea un poco y se expresa con un ruido que parece el fin del mundo, o el fin de sus propios intestinos; si durante el segundo plato masticaba con la boca abierta, en los postres ya directamente abre la boca y nos enseña la comida... Y así toda la noche. Un círculo viscoso entre el padre y el hijo, que es una vergüenza para la Sofí y para mí.

Douglas, pobre santo, que venía con ánimos de charla profunda porque es un alma frágil, soportó como un señor el festival folclórico de pedos. Incluso las primeras seis veces hasta le sonrió la broma. Después ya intentaba hacer como que no escuchaba los ruidos. Aunque lo vi aguantar la respiración un

par de veces.

De todas formas, el chef uruguayo se fue temprano. Le dio la mano cortésmente a todo el mundo y dijo que lo había pasado muy bien. A mí me saludó muy correcto, aunque en el fondo de los ojos noté que se apiadaba un poco de mi suerte.

Por la noche le monté una escena silenciosa al Zacarías, en la cama. Ni una palabra le dije, para que supiera que mi cabreo era muy serio. A la media hora me tantea:

—Qué te pasa, gordita... ¿Estás enfadada por algo?

—¡Que lo haces adrede, eso me pasa! —le digo—. ¡Que eres un impresentable! Lo haces para que yo quede mal ante este buen hombre, que es un pan de Dios.

—No, gordita —me dice—, si el que queda mal soy yo.

—¿Y entonces para qué montas esos numeritos cuando hay gente?

—Cuando hay gente no —me aclara y me hace así con el dedito—, solamente cuando hay moscardones uruguayos, como el plasta este, que se te quiere llevar al catre con cursiladas...

Ésta es la parte que me gusta: cuando el Zacarías saca a relucir su sentimiento prehistórico. La mañana siguiente a la cena, el Zacarías está muy raro... Primero ha estado toda la mañana mirándome de reajo, con la cara como de compungido, como si le doliera la barriga o algo malo. Después se ha pasado por donde yo estaba barriendo y me ha dado un par de capones en lo más alto de la cabeza (en él eso viene a ser una caricia inusual).

Yo pensé enseguida que estaba aburrido, y que lo que quería era empezar a discutir, pero no... Enseguida coge, suspira y se va. Entonces me pongo a hacer la comida y otra vez aparece. Se sienta a horcajadas en una silla con el respaldo para adelante, se toma un culín de bitter y me dice:

—¿Y tú por qué me quieres a mí?

Me lo pregunta serio y se queda esperando que le conteste algo.

Después, ya por la noche, se ha acostado como un niño caprichoso. Me miraba de reajo y no me dirigía la palabra. Le he preguntado qué le pasaba y me ha puesto cara de carnero degollado:

—¿Qué me pasa? ¡Que cuando está ese cocinero sudamericano mueves el culo y te ríes bien alto, eso me pasa! —dicho lo cual me ha dado la espalda en la cama.

De repente lo he entendido todo. Así que me agunto la risa, pongo cara seria y le digo:

—Tú no estarás celoso, ¿eh?

No me responde. Al minuto empieza a hacer como que ronca, pero yo me doy cuenta de que está haciendo el paripé, porque cuando hace como que ronca, lo hace despacio, y cuando ronca en serio es capaz de cambiar el canal de la tele sin usar el mando.

—No te hagas el dormido: tú lo que estás es celoso —le digo riéndome.

Entonces se sienta en la cama con los ojos vidriosos y me dice el antipiropo más bonito de toda su carrera artística:

—Tú a mí me importas una mierda, pero que te quede bien claro que eres la única mujer del mundo que me importa una mierda: ¡la única!

Lo he abrazado tan fuerte, pero tan fuerte, que no hemos tenido más remedio que juntar los pelos. No ha sido gran cosa, lo confieso, pero me he emocionado un poco, después de tantos años.

El Zacarías solamente fuma después de hacer el amor; es una manía que tiene. Es decir que el

cigarro que se ha fumado hace un rato era de un paquete de Antillana, una marca que no se fabrica desde que existía la Ucedé.

Y claro, le ha sentado como una patada en el hígado y ha tenido que ir pitando al baño, con arcadas. Yo me he quedado en la cama, relajada como esa gente del Tibet, toda despatarrada, con el peinado hecho un asco y con un sentimiento de paz que no tenía desde que fuimos a Lourdes.

—Zacarías —le digo desde la cama—, tendrías que hacer esto más seguido.

—¿Vomitando?

—No, ponerte cariñoso conmigo, hombre... No sabes cómo tengo el cuerpo ahora.

—Claro que lo sé... ¿Por qué te crees que estoy vomitando?

El Zacarías siempre ha sido así, un pelín gracioso.

Candidato a «loco del barrio»

Lo que más nos preocupa de la nueva faceta baterista del abuelo no es el ruido que pueda hacer en casa. Eso se arregla con cajas de huevos en las paredes o con algodones en las orejas. El problema más grave, lo que más nos atormenta, es que se convierta en el loco del barrio.

Para más inri, don Américo cumple con todos los requisitos del cargo: está viejo, no es exactamente un mendigo, lo saluda mucha gente, viene de una familia más o menos conocida, se viste raro y se comporta de una manera que, sin llegar a ser delincuente, da un poco de miedo a las viejas y a los críos. Lo típico para ser un loco popular en este barrio.

Aquí, como en todas partes, hay un montón de locos. Pero en cada barrio hay siempre uno que, por alguna razón, es el «loco del barrio». Cada vez que se muere el loco del barrio, lo sustituye otro. Es increíble, pero nunca falla. Y como hace seis meses que el loco de nuestro barrio se murió (lo arrolló el expreso de las ocho y veinte, pobrecito, ¿quién le mandaba ir a ladrar a la locomotora?) estamos todos muertos de miedo, temiendo que los vecinos nos declaren al abuelo «loco del barrio». ¡Qué vergüenza, Dios mío, no quiero ni pensarlo!

Si doña Paquita no estuviera todo el día encerrada, seguro que la loca del barrio sería ella; pero para pretender ese puesto hay que patear mucho la calle, y doña Paquita siempre está metida en casa. El Toño también cumple con casi todas las reglas, pero todavía es pequeño. Además, ¿dónde se ha visto que el «loco del barrio» se drogue? Y el Carnecruda, lo que tiene en contra es que es mendigo, y está prohibido ser el «mendigo del barrio» y el «loco del barrio» al mismo tiempo. Si te descubren te meten en la trena.

El «loco del barrio», para empezar, no le hace mal a nadie. Incluso da un toque pintoresco a la zona. Y si se viste con gracia, si es aclamado por los niños y encima no tiene olor, incluso te da tono a las fiestas del barrio. A mí no me molestan los locos que hemos tenido. Pero no quisiera que el titular fuera un pariente mío, porque luego en el supermercado te miran raro.

—¡Don Américo! —le grité ayer por la tarde—. ¡Ni se le ocurra salir a la calle con los calzoncillos encima del pantalón!

—Ío sonno una strella dil rocanrole, e me nefrega el qué dirán —me discute.

—¡Se va a cambiar ahora mismo! —le digo—. Póngase la boina, llévese el bastón y las gafas,

por el amor de Dios... ¡Disimule!

Hay un problema más: los locos de cada barrio son candidatos naturales a «loco de la ciudad», y ahí sí que me muero de vergüenza. Si un día don Américo llega a ser el loco de toda esta ciudad, yo no salgo más a la calle. Además, dejaría de venir gente a la pizzería y no conseguiríamos trabajo en ninguna parte. «¿Usted es Lola, de la pizzería? —me dirían—. ¿Usted es pariente del loco de esta ciudad, verdad?» ¡No, por Dios! Se me pone la carne de gallina sólo de pensarlo.

Durmiendo con el enemigo

Según cuenta la gente vieja, la rivalidad entre este barrio y el barrio de aquí al lado empezó hace siglos, cuando ambos eran los dos pueblos más importantes de la zona. Incluso aparecíamos en los mapas. En esa época, parece ser, nació un odio racial que dura hasta nuestros días.

El verdadero problema, sin embargo, se conoce que es de faldas. Las mujeres de aquí somos cien veces más vistosas, modestia aparte. Y eso se nota mucho. Desde el tiempo de Matusalén la gente del barrio de la Ribera ha venido a nuestras fiestas a ligar y se han ido siempre magullados, espantados por nuestros recios varones, que son de cuidar mucho su patrimonio cultural.

El Toño mismo se ha deshollado los nudillos de tanto castigar ribereños de corta edad que vienen a pasar la tarde al parque; le tiene tanto rechazo a ese barrio, que cuando viaja a la ciudad da un rodeo para no pisar tierra enemiga.

Por eso siempre le escondimos el gran secreto de su padre, el desliz bochornoso, involuntario, en la biografía del Zacarías.

Pero se coge antes a un mentiroso que a un cojo, y el Toño se encontró ayer por casualidad con el DNI de mi marido. El niño, curioso que es, quiso ver la cara del padre cuando era joven, y se encontró con algo peor, si cabe; se encontró con un guantazo de la vida.

—¡Mamaaaaaá! —gritó la criatura, espantada—. Cierra con llave la puerta de la habitación y llama a los bomberos, ¡el que está ahí durmiendo la siesta no es papá, es un enemigo!

—¿Qué te pasa, Antonio? —le digo, limpiándome las manos con el delantal—. Ya te dije que no te drogues en casa, que está feo.

—¡Mira, mira! —me dice jadeando, mostrándome el documento del Zacarías—. ¡Es de la Ribera! ¡El hijo de puta es ribereño y nos ha mentado siempre!

Viendo cómo estaban las cosas, decidí contarle la verdad de una vez por todas. La verdad que nunca debimos haberle ocultado.

—Siéntate, Antonio —le digo—. Ya casi vas para los dieciséis años y es hora de que lo sepas... —El crío me miraba, serio de pronto—. Hace muchos años, tu abuela Antonia y tu abuelo Américo venían de comprar un helecho en la capital; ella estaba casi de nueve meses, y rompió aguas en la carretera. ¡Un drama! En esa época no era como ahora: era toodo monte. Y el único hospital cercano era el Santa Lucía...

—¿El del barrio de la Ribera?

—Sí, cariño, tú lo has dicho —susurro, cerrando los ojos y asintiendo pesarosa—. Fue una decisión difícil la de don Américo, ya te lo puedes imaginar, pero su hijo, tu padre, tuvo la desgracia de

nacer allí...

—¿En la Ribera tuvo que ir a nacer? ¿En la maldita Ribera de mierda? ¿En esa mierda de barrio lleno de infelices y lleno de cagadas de palomas? ¡Mierda! —se quejó el Toño, que siempre fue duro para los sinónimos.

—Tienes que entender que tu padre corría peligro —intento matizar—, se podía haber muerto. Es muy feo que se muera un bebé en la carretera, con los robos que hay.

—¡Mejor habría sido! —grita—. ¡Prefiero mil veces que me críe un padre que nazca muerto, y no un padre de la Ribera!

En ese momento, temiendo que pudiera hacer alguna locura, no tuve más opción que decirle lo que él todavía no se animaba a descubrir solo.

—Antonio... —le digo, con todo el tacto del mundo—. ¿Tú sabes lo que son los genes, no?

—Unos bichos que te dejan la picadura —me dice, limpiándose los mocos.

—Ésos son los jejenes, imbécil. Los genes son unas cosas que compartes con tu padre.

—¿Las bambas?

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? Los genes son la sangre. La sangre de esta familia... —le explico—. Así que no hables mal de la Ribera, cariño, porque la mitad de tu sangre pertenece a ese barrio.

Se me quedó mirando (congeladas las facciones; la boca entreabierta) tratando de asimilar esa nueva información. Pensé que iba a llorar otra vez, pero no. El desahogo vino en forma de borbotón, desde el estómago.

—¡No me vomites en el mantel, asqueroso! —le digo, saltando hacia atrás para que no me salpique—. Que no es para tanto, Antonio.

—¡Es que me da asco! —dice, ahora sí llorando a lágrima viva.

Lo abracé para que pudiera desahogar su dolor. Él se dejó mimar, desconsolado, hasta que una sombra de duda le sobrevoló el entrecejo. Me mira, desconfiado, y me pregunta con miedo:

—¿Y tú no serás...? —me dice, pálido—. ¿Tú dónde has nacido, mamita?

Sonrí, acariciándole el flequillo:

—¿Yo? ¡Yo aquí, cariño! Tú tranquilo, que mamá ha nacido en este barrio...

—¿O sea que el hijo de puta, además de ser de la Ribera, se folla a nuestras mujeres? —grita entonces, herido en su orgullo, y coge un cuchillo—. ¡Hay que matarlo, hay que matarlo!

Lo detuve a tiempo, porque el descerebrado era capaz de meterse en el dormitorio y matar a su padre mientras dormía la siesta. Le tuve que decir que no se manchara con sangre de ribereño y entonces soltó el arma y se fue a vomitar al baño. Es lo que yo digo: si el niño no fuera tan impresionable, estaría preso desde hace años.

Gente de buen apellido

Desde que el Toño descubrió el nombre completo del Pajabrava, los varones de esta familia empezaron a mirar con otros ojos al novio de la Sofí, porque resulta que en este barrio los apellidos son como la cuenta bancaria de la gente, que nunca falla.

Los apellidos básicos son nuestra clase baja. En el Barrio Oscuro abundan los Pérez, los Gómez, los Fernández y los García, que no tienen dónde caerse muertos. Después venimos nosotros, los apellidos normales, los que somos la clase media trabajadora.

En el barrio del parque está la gente de clase media alta, y todos tienen apellidos complicados: Betancourt, Caseneuve, Saavedra, Regueiro, Ferrer y cosas por el estilo. Pero los mejores apellidos, los apellidos que tienen seguridad privada, los que viven en la zona de adosados, son los compuestos: los López-Cuello, los Pérez-Fandiño, los Hernández-Fontes...

Resulta que ayer por la tarde el Toño le pregunta al Pajabrava cómo se llama, y el chico, tímido, le dice su nombre:

—Agustín Méndez de Iraola.

¡Ay, para qué! Desde ese momento, la información corrió como un reguero de pólvora por toda la casa. El Toño se lo dijo al abuelo, y el abuelo le pasó la información al Zacarías. Un rato después, los tres estaban invitando al Pajabrava a jugar a las cartas en la mesa del comedor, para desplumarlo. Y el chico, que es tímido, no supo decir que no.

La Sofí llegó llorando al fregadero tan pronto se vio amputada de novio. Yo estaba lavando la ropa, ajena a todo.

—¡Mamá! —me dice—. ¡Me han robado a mi Pajabrava!

—Si te ama volverá —le digo, pedagógica—. Y si no vuelve, es porque nunca fue tuyo, Sofía.

—¡Claro que va a volver! —me dice—. ¡Pero va a volver sin un duro! ¿Y para qué quiero yo a ese pánfilo sin pasta?

En diez palabras me explicó que toda la familia lo estaba descuartizando en un juego de naipes marcados, porque habían descubierto que era un Iraola.

—¿Tu novio es un Iraola? —le digo, abriendo los ojos como el dos de oros—. ¿Es algo del dueño de la fábrica de cemento?

—El hijo.

—¡Ay, mi vida, haber empezado por ahí! —le digo a gritos, sin poder contener mi emoción desinteresada—. Cuida mucho a ese muchacho, corazón, cuidalo mucho que es un encanto de chico... Se nota que es un santo, no me lo hagas sufrir...

—¡Yo lo cuido! —me dice—. Pero ve a poner orden al comedor, mamita, porque quiero gastarme los cuartos yo, ¡no quiero compartir mi fortuna con mi hermano, mi padre y mi abuelo!

Salí corriendo para dentro de la casa, y efectivamente: desde la ventana del patio los vi perpetrando el delito. El abuelo parecía Marcel Marceau por la cantidad de gestos que le hacía a sus compinches. El Zacarías estaba serio, pero se le notaba la emoción del pecado. Y el Toño actuaba de anzuelo, perdiendo a propósito para que el Pajabrava pensara que ambos adolescentes tenían una mala racha.

—¡Zacarías, ven ahora mismo para aquí! —le grito desde la cocina.

—Espera, mujer, que estoy muy concentrado —me dice.

—¡Serás sinvergüenza, Zacarías! —le digo, y me meto en el comedor con una escoba—. ¡En esta casa se han acabado las cartas! —les digo—. Devolved todo el dinero a ese muchacho u os descoso a escobazos a los tres. ¿No os da vergüenza, robarle a una criatura?

Los cuatro se me quedan mirando, sin entender. El Zacarías, con la frente salpicada de gotas de sudor, me susurra:

—Lola, te juro que la intención inicial era ésa, pero el tío nos está limpiando.

—Stamo perdiendo molta pasta, Lolitte... —me confirma don Américo—. El Pacabrava nos está cuchinando a fuoco lento...

El Toño no dice nada, pero se le nota la humillación en los ojos.

Miro los billetes, y es cierto: todo el dinero está en manos del Iraola, y a los hombres de la familia, en cambio, sólo les quedan monedas. Parecía un croquis de la vida real.

—Señora —me dice el novio de la Sofi, sin darle importancia—. No se preocupe, que en cinco minutos les quito las últimas monedas y libero a su gente, para que puedan pasar el domingo en familia...

¡Ay, qué rabia me ha dado ese chico! Si no hubiera sido porque la Sofi está enamorada le daba dos sopapos por insolente, al Pajabrava de las narices... Pero me mordí la lengua y no dije nada porque soy una señora.

—Ayúdame a planchar, niña —le digo a la Sofi, y nos fuimos del comedor con la cabeza gacha.

—Perdona, mamá... Yo pensé que estaba perdiendo el Pajabrava... —me dice ella por el camino.

—¡De ahora en adelante tú no piensas! —la interrumpo—. Quiere mucho a ese muchacho, pero no pienses. ¿Dónde se ha visto que uno de los nuestros pueda sacarle un duro a esa gente? ¡Si las trampas las inventaron los ricos, corazón!

—¡Y yo qué sé! —me dice.

—Serás ingenua... —digo como para mí, mientras voy poniendo camisetas sucias en el canasto—. Serás ingenua, Sofía...

Los hippies aman al Toño

Nadie en esta familia creyó nunca en el Toño, y mucho menos en su don artesanal. Ésa es la verdad. Le hemos permitido practicar váter-mano pues pensábamos que ya crecería, pero nunca sospechamos que podría llegar a nada serio. Por eso ayer intentamos detenerlo:

—¿Adónde vas con esas cajas de zapatos?

—Voy a la feria artesanal, a poner un puesto en el sector de los hippies —nos dijo, esperanzado.

—¿Y por qué te siguen las moscas? —quiso saber el Zacarías.

—Es que voy a vender mis artesanías —aclaró el Toño, señalando las cajas de zapatos.

Nos agarramos la cabeza y pensamos: «Otra vez la criatura va y la lía». El Zacarías quería ir más lejos: estuvo a punto de frenarlo con un ladrillazo, pero el Nonno le detuvo la mano.

—La violenchia engendra violenchia —le explicó—. Si tú quiere que el bambino capische, parla con lui. No le tire cosa a la capocha.

—Yo no tengo facilidad de palabra, papá —se quejaba mi marido—, lo único que tengo es puntería... He educado a mis tres hijos a golpes, no me pida que cambie mi sistema pedagógico...

El Toño se escabulló en medio de la discusión y se fue a la feria artesanal. Volvió después del

mediodía, acompañado por un grupo de hippies. Los melenudos tendrían mi edad, eran hippies viejos y mugrientos, y palmeaban al Toño como si fuera un héroe.

—¡Lo he vendido todo! —nos dijo el niño exultante, y nos mostraba un abanico de billetes.

Al principio no dimos crédito a la novedad. «Vete a cagar, Antonio», le dijo, incrédula, su hermana.

—A eso vengo —explicó el Toño—. Se me ha acabado la mercadería y tengo que preparar más. Voy al váter, Cartucho, ahora regreso.

El Cartucho era el hippie más viejo, que nos miraba a todos lleno de alegría.

—Este tío es una mina de oro —nos dijo, señalándolo—. Hace treinta años que vengo a la feria y vendo porquerías a los turistas: cinturones, colgantes, incienso... Pero nunca había visto a nadie vender mierda sin manufacturar. Mierda mierda.

—¡Los alemanes se vuelven locos con las cosas que hace este niño! —dijo otro hippie al que le faltaban todos los dientes.

Nos quedamos petrificados. Conté los billetes que había dejado el Toño encima de la mesa, todavía incrédula.

—Aquí hay mucha pasta, cari —le dije al Zacarías.

—Mínimo trescientos euros —puntualizó el Cartucho—. Si el tío está vendiendo más que nadie... Le sacan los zurullos de las manos; no había visto nada igual desde que trajimos el cubo mágico en los años ochenta.

—Hay que tener cuidado con los turistas japoneses —dijo otro hippie—, porque se piensan que es comida. Ya hay dos intoxicados. Pero eliminando ese pequeño problema, es un negocio redondo. ¿De qué se alimenta vuestro hijo, tenéis algún truco?

El Zacarías, de golpe, comprendió qué estaban haciendo los hippies en casa.

—¡Ahhh! Ahora entiendo por qué estáis tan interesados... —dijo—. ¡Vosotros queréis la fórmula! Bah, bah, bah... Fuera todo el mundo de esta casa. ¡Melenuados, piojosos! —y los empezó a empujar hasta la calle.

Por más que los hippies decían «todo bien» o «paz y amor», mi marido los echó a patadas. Después nos fuimos a la puerta del váter a alentar a la criatura.

—¿Toño? —pregunté desde fuera—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy trabajando, no molestéis que ahora salgo —nos decía el niño, con la voz forzada.

Es la primera vez que veíamos al Toño trabajar, y nos quedamos sentados en la puerta del váter, emocionados y expectantes. A veces los padres no creemos en los hijos hasta que por fin triunfan, y eso nos llena de felicidad y remordimientos. En ese instante, viendo cómo mi hijo se esforzaba para alcanzar sus sueños, pensé que tendría que haberle prestado más atención cuando empezó con su empresa, hace unos meses. «¡Fuerza, Toño!» hubiera querido decirle. Pero el Zacarías, emocionado, se me adelantó.

—Venga, Antonio —le dijo, contando los billetes—. Tú preocúpate solamente de cagar, hijo mío. Yo después, si tú quieres, te limpio el culo.

El Toño, emocionado desde el baño, tardó un poco en contestar.

—Sería un honor, papá —le dijo, y comprendí que el niño tenía los ojos llenos de lágrimas.

¿Tú quieres a papá?

El Nacho se ha presentado de repente en casa, sin avisar, para llevarse a toda la familia a ver al Depor. Él mismo les sacó las entradas, a pesar de que no le gusta el fútbol. Llegó al mediodía y entró con su llave a la pizzería, pero solamente estábamos Douglas y yo.

No es que estuviéramos haciendo nada incorrecto, solamente nos reíamos un poco, pero al ver aparecer al Nacho nos pusimos rojos de vergüenza. Como dos críos.

El Nacho es, ante todo, un caballero y no dijo absolutamente nada, pero es mi hijo y yo sé que se ha oído algo. Más tarde llegó la familia al completo y el tema fue únicamente el niño, el pequeñín que está en la barriga de la Marilú.

Pero mucho más tarde, cuando otra vez mi hijo y yo estábamos solos, él se ha sentado conmigo a la mesa de la cocina y me ha preguntado:

—¿Cuánto hace que conoces a papá, que estás con él?

—¡Puf...! Más de treinta años, corazón. Más de treinta años...

—¿Y se puede? Quiero decir, ¿cómo se hace para estar con la misma persona tanto tiempo?

¿Queda amor?

Y yo, que no sé nada, que no sé cómo hice para estar tanto tiempo con el Zacarías, y que posiblemente nunca sepa si queda amor —o si hubo amor—, me quedé mirando al Nacho en mitad de la madrugada mientras en casa ya dormían todos, y no supe qué decir.

—Te has quedado muda.

—Sí.

—¿Tú quieres a papá?

Con el Nacho siento que puedo hablar en serio: es de otro mundo. Siempre tuvimos una conexión extraña, nos apoyamos el uno al otro en conversaciones largas, nocturnas, cuando la familia nos sacaba de quicio. Pero nunca habíamos hablado de esto. Cada vez que lo necesité estuvo conmigo, me dio consejos fabulosos, nunca me subestimó. Esto mismo, este cuaderno que escribo, fue una idea de él y me ha salvado la vida.

Nunca he contado en este cuaderno, con detalles, quién era yo un mes antes de comenzar a escribirlo, en qué me estaba convirtiendo. «Mamá —me dijo hace un año el Nacho—, te estás volviendo una vieja. ¿Qué querías antes de conocer a papa?» Y yo no lo pensé: «Escribir», le confesé. Y él dijo cuatro palabras más: «¿Y a qué esperas?». Eso fue el año pasado.

—No importa si quiero a tu padre, Nacho —le digo—. La pregunta es otra... ¿Tú qué deseas cuando te vas a dormir, cuando abrazas a la Marilú?

—Estar con ella.

No hace falta decirle a un hijo lo que cuesta una familia, lo que se llora, lo que se pierde. No creo que haga falta explicar que el amor se va muy pronto y lo que queda es otra cosa, mucho más difícil de explicar... ¿Cómo se le dice a un muchacho que no ha cumplido los treinta años que un día te vas a despertar con alguien que ya no te desea?

—¿Quieres estar con ella, corazón? —le digo, y el consejo más natural del mundo me ha salido solo—: ¿Y a qué esperas?

Entonces él me miró y me dijo:

—Y tú, mamá, ¿a qué esperas para estar con Douglas?

Las cartas están echadas

Acabo de marcar su número de teléfono temblando. La decisión está tomada y no pienso dar un paso atrás. Su voz atiende enseguida:

—Aquí Salvático, Douglas Salvático, ¿quién habla?

Su voz casi me deja muda, pero tomo aire y le digo, de un tirón:

—Douglas, ya sé que es domingo y que hoy no toca trabajar, pero se me fue toda la familia a ver al Depor, y... lo necesito, quiero decir, necesito que vengas.

Nunca acabo de saber si lo trato de usted o de tú. Silencio del otro lado de la línea. Tiemblo toda.

Digo:

—¿Está ahí, Douglas? ¿Podrías venir a verme?

Él me responde:

—Estás sola en casa toda la tarde...

Se me crispan los nervios. Me transpiran las manos. Susurro:

—Estoy sola, sí, casi toda la tarde.

Antes de colgar me dice:

—En un rato estoy contigo. Lola... ponte guapa, princesa. Y oye, has hecho lo correcto, no sudes ahora: ya sudarás con sobrados motivos después.

Me quedo con el teléfono en la mano, mirando para un lado y para el otro, temblando como una hoja... Dios mío, pienso casi en voz alta, ¿qué estoy a punto de hacer? Caminando hasta la habitación me tranquilizo, y empiezo a revolver cajones.

Nerviosísima, bajo el maletón con la ropa de cuando yo todavía quería ser hermosa, a ver si encuentro algo que todavía me quede indecente. Y ya se sabe lo que pasa cuando empiezas a meter mano al pasado... Te encuentras con una vida entera, añeja, que solamente por los retazos descubres que era tu vida. Y lo que es peor: también te encuentras con las cartas de amor del Zacarías.

Cuando di con la primera casi me da un patatús. Era de hace treinta y cuatro años, una carta hermosa. ¡Hasta en la letra me mentía el traidor!

11 de junio de 1970

Estimada Lola: La vi ayer saliendo de La Favorita, preciosa como siempre. No vea lo que me late el corazón cuando usted pasa. Usted estaba con su amiga Carmen, que es conocida del barrio en que yo vivo. Y me e tomado el atrevimiento de preguntarle a ella su nombre (el de usted) y sus senias para dejarle esta carta. Quería saber si me hace el hombre más feliz y se viene conmigo el sábado al Cine Español, que pasan *Viva la vida* interpretada por Palito Ortega, y que es una cinta romántica como las que me gustan a mi. Yo soy un muchacho trabajador que se gana la vida en el taller mecánico que esta saliendo de la ciudad, quisas me tenga de vista. Un saludo de quien no desea importunarla,

Zacarías B.

Me acuerdo perfectamente de la tarde que recibí el sobre. Yo estaba destruida moralmente por un

amor no correspondido y me emocioné toda cuando comencé a leer. ¡Qué tonta: ahora la releo y se nota mucho que era todo falso! Pero en ese momento me acuerdo de que guardé la carta en una cajita de música y la leía, la leía, la leía..., y al mismo tiempo trataba de acordarme de todos los empleados del taller mecánico que estaba frente a la estación de servicio.

Después telefoneé a la Carmen, que era prima segunda mía, y le pedí más datos del muchacho este; me dijo solamente dos cosas: que era buen mozo («se parece un poco al Paul Anka —me mintió—, pero lleno de grasa de coche») y también me dijo que no fuera insensible, que le dijera que sí, que fuese al cine y me dejara de hundirme suspirando por el Alberto, que era el chico del que estaba enamorada. Y le hice caso.

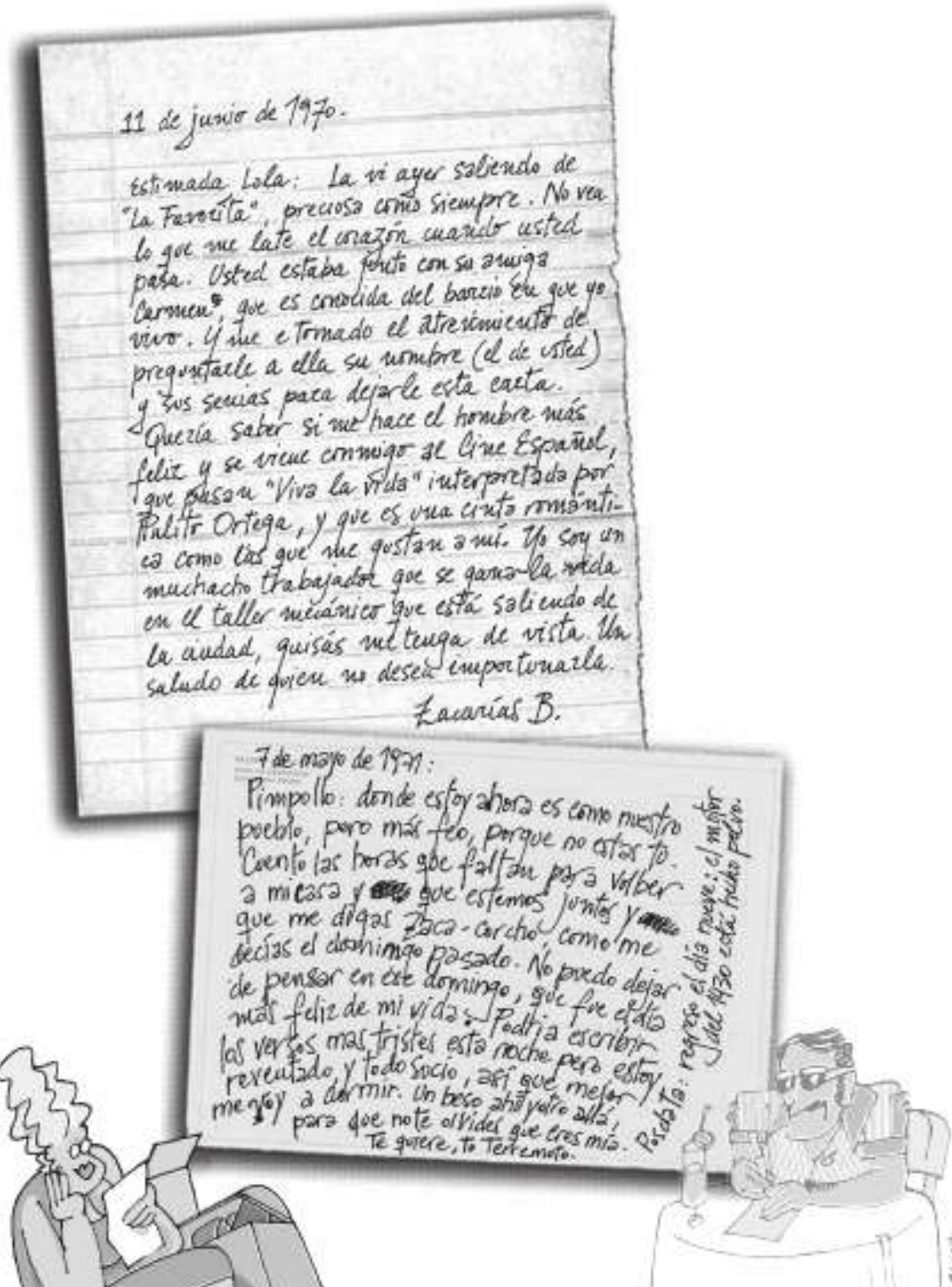
La segunda carta que encontré en el maletón era casi de un año después y me quitó enseguida de esos recuerdos iniciales. La letra del pánfilo ya era más parecida a la verdadera (sería porque ya había conseguido llevarme a la cama la semana antes). Pero se lo notaba enamorado y triste, porque estaba fuera de la ciudad por trabajo y hacía ya semanas que no podíamos vernos.

7 de mayo de 1971

Pimpollo: donde estoy es como nuestro barrio, pero más feo, porque no estas tu. Cuento las horas que faltan para volber a mi casa y que estemos juntos y que me digas Zaca-corcho, como me decias el domingo pasado. No puedo dejar de pensar en ese domingo, que fue el dia mas feliz de mi vida. Podria escribir los versos mas tristes esta noche pero estoy reventado y todo sucio, asi que mejor me voy a dormir. Un beso ahi y otro por alla, para que no te olvides de que eres mia. Te quiere, tu Terremoto.

Posdata: regreso el día 9: el motor del 1430 está hecho polvo.

Me gustaban mucho esas cartas del principio, llenas de faltas de ortografía, un poco salvajes, con esa letra horrible de hombre que escribe en un tren. Esas cartas de una época en que los dos éramos otros, aunque tuviéramos los mismos nombres que ahora.



11 de junio de 1970.

estimada Lola: La vi ayer saliendo de "La Favorita", preciosa como siempre. No vea lo que me late el corazón cuando usted pasa. Usted estaba feíta con su amiga Carmen, que es conocida del barrio en que yo vivo. Y me e tomado el atrevimiento de preguntarle a ella su nombre (el de usted) y sus señas para dejarle esta carta. Quería saber si me hace el hombre más feliz y se viene conmigo al Cine Español, que pasa "Viva la vida" interpretada por Palito Ortega, y que es una cruta romántica como las que me gustan a mí. Yo soy un muchacho trabajador que se gana la vida en el taller mecánico que está saliendo de la ciudad, quizás mi tenga de vista. Un saludo de quien no desea importarla.

Lacarias B.

7 de mayo de 1971.

Pimpollo: donde estoy ahora es como nuestro pueblo, pero más feo, porque no estas to. Cuento las horas que faltan para volver a mi casa y ~~que~~ que estemos juntos y como decías el domingo pasado. No puedo dejar de pensar en este domingo, que fue el día más feliz de mi vida. Podría escribir las cosas más tristes esta noche pero estoy reventado y todo socio, así que mejor me voy a dormir. Un beso ahí y otro allá, para que no te olvides que eres mía. Te quiero, to Terremoto.

Paró to: regreso el día jueves; el mejor del 1970 está hecho feíta.

Entonces sonó el timbre; yo seguía con el chándal, los rulos y las ojeras. Será por la sensación que me dejó revisar el maletón, de recordar aquellos tiempos, pero no me importó recibir a Douglas como lo que soy: una madre de cincuenta y tantos años.

—Lola —me dijo—, he venido lo más rápido que he podido. ¿Qué era eso que no podía esperar hasta el lunes?

—Yo, Douglas —le digo, y se me llenan los ojos de lágrimas—. Es necesario que dejemos esto.
—¿Esto? ¿De qué me habla?
—De lo que está pasando entre nosotros. Debo pedirle que no vuelva a trabajar en la pizzería.
—Me acabas de llamar hace media hora para que venga con urgencia, Lola.
—Para pedirle que no regrese. Para eso le he llamado.
—¿Qué tienes en la mano?
—Es una carta. De amor —le digo—. Me la escribió el Zacarías. Él me decía Pimpollo y yo le decía Terremoto. ¡Qué pánfilos! Estuvimos tres años de novios.
—¿Es una carta de amor de cuando erais novios?
—Sí. Nos casamos de penalti seis meses después de esta carta.
—¿Y después de eso ya no te ha escrito nunca más una carta de amor?
Aprieto el picaporte. No quiero llorar.
—A lo mejor no era necesario —le digo—, si ya estábamos viviendo en el mismo techo.
—De todas maneras —me dice—, una mujer como tú merece recibir cartas de amor. Ya verás cómo dentro de poco te llegará una.

El regreso del Zaca-corcho

Douglas se fue como se van los hombres de mundo, sin mirar atrás. El lunes, a última hora, llegó una carta a mi nombre. Perfumada. Con su letra sin par, prieta, masculina.

Era su renuncia indeclinable.

—¿Cuánto falta para que termine el partido? —le pregunto al Zacarías.

—Ya está. Dos minutos —me informa—. Qué bonito es ver perder a los franchutes. Tienes una sensación de sosiego aquí, en el bajo vientre...

—¿Y después no quieres que vayamos un rato a la cama, Terremoto? —le digo mirándolo a los ojos, con la voz más dulce que puedo poner.

El tontorrón se gira, para ver si hay alguien detrás.

—¿Con quién hablas? —dice.

—Contigo... Zaca-corcho...

El Zacarías me mira, lo prometo, con la cara de susto más grande que le vi nunca. Más tarde me ha confesado que creía que me había dado «arteriosclerosis», que se me habían aflojado los tornillos.

Pero cuando recordó (y tardó un buen rato) aquellos apodos de novios, se le vino todo de golpe a la cabeza. Yo no sé si el 4 a 2 contra Francia tuvo algo que ver, o si de verdad lo excitan los nombres que nos dábamos, pero hacía mucho que no juntábamos los pelos con tanto ímpetu. Dios quiera que la selección francesa de fútbol siga teniendo mala suerte, pensaba yo, mientras mi héroe sudaba la camiseta.

Pero una cosa es cierta: la felicidad con el Zacarías siempre es breve. Nunca dura mucho, por más que nos esmeremos. Cuando terminamos de juntar los pelos se me pone serio, así como pensativo, enciende un Antillana, me mira y me dice:

—¿Te das cuenta, Lola, que la próxima vez que hagamos esto vamos a ser dos abueletes

follando? ¿No es un poco triste y otro poco injusta la vida?

Me quedo hecha un ovillo en la cama, con los ojos abiertos, pensando que sí, que lo ha dicho a lo bruto, como todo lo que dice, pero que tiene razón. Dos abuelos juntando los pelos: eso vamos a ser en pocos días... Qué asco.

Las hormonas de la juventud

Cuando ayer los niños me pidieron permiso para hacer una fiesta nocturna en casa con algunos amigos, yo como una gilipollas recordé mis tiempos: el juego de la botella, las charlas de amores frustrados, el fútbol mixto (que era el único deporte que te excitaba un poco) y les dije que sí. ¡Qué decisión equivocada!

También ayudó que venía la Sandrita, que es una compañera de la Sofí del colegio, y que es una criatura muy religiosa. Así que no pensé que pudieran hacer ninguna locura. Igual, pensé para mis adentros, son los últimos coletazos del verano, y la niña desde que se junta con Sandra está bastante recatada. Así que a las siete de la tarde (hace un rato nada más) llegaron la Jérica, el Pajabrava, la Sandra, el Toño y la Sofí con un montón de cocacolas y cortezas, y se fueron al patio. Para empezar, me dijeron que no querían que los molestase.

Como el Zacarías los lunes tiene billar, yo cené sola en la cocina, aunque de vez en cuando echaba una ojeada al patio, por lo que pudiera pasar. Pero al rato me entretuve con mis recuerdos de picnics en casa. ¡Qué tiempos!

No me acuerdo de cuánto tiempo pasó hasta que, medio ensimismada, miré otra vez a los chicos en el patio. No sé si fue a los diez minutos o si ya habían pasado dos horas... El asunto es que ya era de noche y estaban los cinco en pelota picada alrededor de un mantel. En el césped. Desnudos como en las orgías esas que pasaban en la serie *Yo, Carlos*, que eran todos unos degenerados de la Edad Media.

—¡Me cago en la leche! —salí gritando como una loca al patio—. ¿Qué estáis haciendo?

—Estamos jugando al strippoker, señora —me dice la Sandra, y yo de repente descubrí que esa muchacha no era religiosa: era imbécil.

—¡Pero cómo es posible, con lo recatada que eres, Sandrita! —le digo, tratando de no mirarle a nadie ninguna parte del cuerpo recubierta con pelitos—. ¿Cómo es eso del strippoker, qué coño es, como el juego de la botella?

—¡Nada que ver! —me dice la Sofí, que solamente tenía puesto el reloj—. El que coge una carta más alta que el dos se tiene que quitar una prenda.

—¡Pero si la mayoría de las cartas son más altas que el dos, desvergonzada! —le grito.

—¿Y por qué te piensas que estamos todos desnudos? —dice el Toño.

Me quedé mirando a los cinco sexópatas. Parecían esos cuadros de los museos, todos en pelotas y en el suelo. Se conoce que la Sofí y el Toño pasaron bastante hambre en la época de Aznar, pensé, porque se les marca mucho el costillar.

—Sofía, Sandrita, Jérica —les ordeno—, os vestís las tres ahora mismo, antes de que llegue el Zacarías.

—¡Pero mamá! —se queja la Sofí.

—Y vosotros dos —señalando al Toño y al Pajabrava—: ¡Mirad a las chicas a los ojos! Por lo menos disimulad, que parecéis perros empalmados...

—¿La Sofí tiene ojos? —dice el Pajabrava, y Sofía lo mira enamoradísima, como si el chico le hubiera dicho un piropo.

—Tú no te hagas el galán, y cúbrete un poco, que me da impresión —le digo—. ¿Cuántos añitos tienes?

—Dieciséis —me dice el Pajabrava.

—¿Cómo el Toño? —me sorprendo—. ¡Qué diferencia de longitud!

—Mamá, ¿has visto las tetas que tiene la Sofí? ¿No estará embarazada tu hija? —cambia de tema el Toño, que no le gusta que comparen su aparato con el de otros seres humanos.

—¿Todavía tienes ganas de hacer chistes? —le digo—. ¡Recoge las cartas antes que tu abuelo se entere de que les estáis usando las Fournier Edición Oro!

El Toño se ríe y mira al interior de la casa.

—El Nonno hace dos horas que está con los prismáticos desde la ventana de su cuarto apuntando al culo de la Jéssica —me dice el Toño—. Y además, la idea del strippoker fue suya.

—¡Bambino chivatto! —oigo a don Américo escondido detrás de la persiana—. ¡É la última vé que te donno una idea, lencualarga, desagradachiddo!

—¿Tu abuelo me está mirando el culo? —dice la Jéssica tapándose las vergüenzas con una servilleta—. ¡Qué viejo verde!

—¡Chésica, per tapare ese upite va nechesitare una sábana! —le grita mi suegro, ofendido por lo de viejo verde.

Una vez que los cinco adolescentes se vistieron, encerré a cada género en una habitación: las hembras por un lado y los machos por el otro, porque en estos tiempos no se puede confiar en las hormonas de la juventud. Y viendo la calentura del Nonno, tampoco se puede confiar en las hormonas de la tercera edad. Al final, el único que parece no tener sangre en las venas es el Zacarías, que no juega conmigo ni al solitario. ¡Hasta a los naipes tengo mala suerte!

El día que vendimos pizza bendita

El miércoles se nos presentó la disyuntiva: ¿abrimos la pizzería durante Semana Santa o nos quedamos tranquilamente en casa, sin trabajar hasta el lunes? Muy devotos no somos, todo hay que decirlo. Pero trabajadores menos. Así que nos pasamos la tarde dándole vueltas al tema. Por suerte, a falta de las ideas marketineras del Nacho, don Américo tuvo una ocurrencia que nos llenó de clientes el negocio.

—¿E per qué non preparamo una pizza bene católica, apostólica e romana? —propuso mi suegro, y a todos nos pareció lo más correcto.

Hubo dos o tres ideas que desechamos enseguida (dibujar encima de la pizza un Cristo de mozzarella nos pareció un pelín hereje, máxime porque al Toño se le ocurrió hacerle al Jesús los bigotes y la barba con anchoas y la sangre de pimiento morrón), hasta que por fin dimos con la clave: la pizza, en lugar de masa común, tendría láminas de hostia.

Como digo siempre: en la sencillez está el arte.

Para promocionar el nuevo producto de pizzería La Estación, mandamos hacer unos folletos en la imprenta el mismísimo miércoles, y mientras la Sofi y la Negra Cabeza los repartían, los demás pasábamos toda la noche venga hornear y rezar. El rumor se expandió rápido, y a las ocho de la mañana del jueves ya había feligreses haciendo cola para llevarse una hostia a los cuatro quesos y dos cocacolas light.

Lo que no hubiéramos pensado nunca era que la Iglesia se nos iba a enfadar tanto. El jueves todo anduvo sobre ruedas. Vendimos doscientas ocho pizzas a la hostia y unas cincuenta pizzas normales (porque aquí hay también mucho ateo). La cosa se complicó cuando mi suegro, envalentonado, se puso a confesar gente por un plus de dos euros.

—¡Una pizza a la hostia e una confezione per cuatro euro —pregonaba—, e la Trina Limone gratis!

Es verdad: el asunto se nos fue un poco de las manos, porque no paraba de llegar gente; incluso algunos —se ve que los más fieles— venían de rodillas desde sus casas, por lo que además de venderles la pizza había que curarles las llagas.

Pero el viernes, cuando ya todo el barrio se había zampado por lo menos dos porciones de la pizza milagrosa, apareció por el negocio el arzobispo Emilio del Arco, echando humo por las orejas, acompañado de la policía y con dos abogados de la diócesis.

—Ahí los tiene, agente —decía, señalándonos—; por culpa de esta gente tengo las iglesias medio vacías.

El representante de la ley nos pidió los documentos, y después (lo que es el instinto) se comió media pizza gratis. Justo entonces nos prohibió confesar a los clientes y nos cayó una multa de cincuenta euros por escándalo en la vía pública. Nosotros pagamos sin rechistar, porque de todos modos el negocio nos salía a cuenta. Pero al arzobispo le pareció poco castigo.

—¡No señor! —gritaba con esa voz acampanada que tiene—. Lo que hay que hacer es clausurarles el comercio y meterlos presos a todos... Nadie puede lucrarse con la fe.

—¿Cómo que no se puede? —se me escapó del alma—. ¿Y usted el Toyota ese que está en la puerta cómo se lo compró, señor arzobispo? ¿Lo ganó en el *Un Dos Tres*?

—El Toyota no es mío —se defendió el arzobispo Emilio del Arco—, es de la diócesis; un arzobispo no tiene nada a su nombre, un arzobispo es, como mucho, el chófer de Dios. Y la Iglesia no se lucra con la fe. «Es» la fe. —Y enseguida, mirando a uno de sus abogados—: Explíqueles, doctor Martínez, o para qué mierda lo hago venir.

—Los seglares no pueden vender hostias en nombre de Cristo —recitó Martínez, el abogado de la Iglesia—. Jesucristo® y todos sus derivados son una marca registrada a nombre del ilustrísimo señor arzobispo.

—Entonces que también metan preso a Mel Gibson —se queja el Toño—, que ése sí que se está haciendo el agosto con Cristo... ¿Por qué siempre nos meten presos a los fumadores? ¡Id a buscar a los traficantes!

Nos pasamos la tarde discutiendo, mientras el Zacarías y la Sofi, a espaldas de la conversación teológica, seguían vendiendo pizzas como si se fuese a acabar el mundo.

Gracias a Dios —nunca mejor dicho—, después de varios tejemanejes pudimos negociar con el arzobispo y llegamos a un acuerdo justo. Él nos deja seguir vendiendo pizza a la hostia® hasta el domingo, y el treinta por ciento de las ganancias quedaban para él. Perdón: para los pobres (así quedó escrito en el contrato). Según el arzobispo, él mismo en persona iría esta semana, casa por casa de los pobres, a darles un pedacito de la ganancia. ¡Lo que es la fe!

La Sofí cumple los quince

Cumplí mis primeros quince años con la dictadura declinante. Mi padre, linotipista y republicano (que es una mezcla muy fea), había tenido que desaparecer del mapa un tiempo, y mi madre iba y venía llorando por los rincones, ajena a mí y a todo, así que no tuvo ni tiempo para recordar que aquel 19 de diciembre era el día en que yo me convertía en una señorita.

Fui una de las pocas de mi colegio que no tuvo fiesta de cumpleaños, y aquello —a finales de los sesenta— era como no tener dientes. Por eso desde que nació la Sofí he ido guardando peseta a peseta en mi cajón secreto; todo lo que me sobraba de la compra, las propinas de la boutique, la ganancia de los pasteles que repartía por el barrio antes de abrir la pizzería, todo todo, porque siempre tuve muy presente que mi hija, cuando cumpliera quince años, tendría la fiesta que yo no tuve nunca. Y la fiesta sería monumental, idéntica al sueño que ha estado rebotando en mi cabeza.

Anoche llegó el momento de darle a la niña la sorpresa de su vida. Ella cumple sus primeros quince el 28 de este mes. Faltan dos semanas solamente, así que he alquilado el Salón de Fiestas Anús, lo más fino de todo el barrio. Con la otra mitad de los ahorros tenía pensado comprarle un vestido largo, pero lo he pensado mejor y he decidido que lo eligiese ella. Así que anoche la he llamado a la cocina y se lo he dicho, con mi mejor sonrisa.

—¿Fiesta de los quince? ¿Para mí? Tú estás mal —me suelta la impertinente, frunciendo la nariz como si le estuviera hablando de limpiar el váter—. Eso es cutre, vieja. Ya no se hace.

Me he quedado un segundo con la sonrisa petrificada en la boca, con los dientes apretados, como si los labios fueran un escaparate con juguetes antiguos. Cuando me doy cuenta de lo que estaba pasando, me puse muy seria y casi se me escapa un bofetón, pero me mantuve como una señora.

—Me importa un pepino —le digo, con odio en la voz—. ¡Yo no tuve fiesta, ingrata! Tus abuelos no me pudieron pagar mi sueño dorado y tú en cambio sí la vas a tener. ¡Lo quieras o no, te voy a dar la mayor felicidad de tu vida!

—¡Pero si es muy cutre eso de la fiesta, es muy barriobajero! —se empecina—. ¿De qué felicidad me estás hablando?

En mis tiempos la fiesta de cumpleaños era, para todas las mocosas de la edad de la Sofía, como tocar el cielo con las manos. Máxime la de los quince... Una especie de ensayo general del casamiento: se tiraba la casa por la ventana, te compraban un vestido caro, había muchos invitados en tu honor, primero bailabas el vals y después el twist. Casi siempre dábamos en nuestra fiesta el primer beso con lengua, detrás de un ligustro, a la luz de las farolas. Por eso no entiendo ahora a mi hija, tan en sus trece...

—A ver, mocosa irresponsable —le digo poniéndome nostálgica—: mi madre siempre quiso

estudiar violín y, como no pudo, me mandó a mí seis años a estudiar violín. ¡Y yo fui todos los jueves de mi infancia, sin chistar!

—¿Y? —me dice.

—¡Que ahora me toca a mí, descastada! Yo no tuve fiesta, y tú la vas a tener. Aunque te tenga que atar a la pata de la tarta. Mis fracasos los pago contigo, te guste o no te guste. ¿Está claro?

—Las tartas no tienen patas, mamá, estás delirando.

—¡La que he escogido para tu fiesta tiene tres pisos! —le grito en la cara—. Así que mejor que tenga patas, porque si no se nos viene abajo.

—Todo esto me da muchísimo asco, vieja... Una tarta de tres pisos es lo más cutre del mundo. Ni pienso pisar esa fiesta. Olvídate.

La discusión estaba a punto de caramelo, pero el problema es que yo estaba perdiendo los nervios... Y aunque no me gusta recurrir al teatro vocacional, tuve que echar mano al arma más ruin de las madres: el llanto incontenible.

—No puedes hacerme esto, me vas a matar de un disgusto un día, vas a ver —le digo entonces, arrastrando las palabras en el charco de un puchero bien medido.

Espero la reacción, pero la niña no se mosquea.

—En esta época a las chicas que cumplen quince, los padres les regalan una moto o un viaje a Eurodisney —me dice, completamente inmunizada—. Así que ve pensándolo, mamá: o me regalas algo para que me parta la cabeza contra un poste, o me regalas algo para que me vaya en avión a otro país. Pero una fiesta cutre, ni muerta.



Y se fue pegando un portazo, la desagradecida... ¡Pegando un portazo! Me dejó sola, sin respiración, sentada en medio de la cocina, mientras todas mis ilusiones rebotaban por las baldosas, como las pelotas de un malabarista con Parkinson.

Y yo que tenía aquí mismo, en el segundo cajón y como sorpresa final, las invitaciones a punto,

los centros de mesa con su nombre —«Sofía te invita...»— en relieves rosa sobre fondo blanco...

Yo, que tenía todos los sueños del mundo puestos en esa fiesta: el Zacarías bailando con la niña de sus ojos, el abuelo consiguiendo una novia decente, el Nacho llegando por sorpresa desde la capital... Incluso tenía preparados los kleenex, por si la Sofi se me ponía a llorar de la emoción cuando le diera esta noticia. Pero en vez de llorar, se ha ido dando un portazo...

Qué miseria de hija me ha salido, Virgen santa. Yo lo siento mucho por ella, pero la fiesta no se suspende, aunque tenga que disfrazar al Toño de quinceañera. Como que me llamo Lola, que esa fiesta se hace.

La tarde en que la parí

Más o menos a esta hora, quince años atrás, yo estaba pariendo por última vez. Pero no recuerdo esa época con alegría. La Sofi llegó al mundo sin que la buscáramos, pero lo peor es que además vino en el peor momento económico de esta familia. En 1989 estábamos tan mal, pero tan rematadamente mal, que no solamente pensamos en abortar a la Sofi, sino que incluso barajamos muchas veces la posibilidad de matar al Toño, que tenía año y medio y zampaba como una lima nueva.

Los problemas de dinero, además de hambre, traen mucho malestar en las familias. Gritos y portazos. La pasta que no alcanza. Discusiones por cualquier cosa... Para colmo, el Zacarías había votado a un Aznar muy jovencito y yo todavía confiaba en Felipe. Así que el pánfilo, cada vez que veía cómo se le desaparecían las pesetas del bolsillo, me echaba la culpa a mí.

—¿Ves lo que pasa cuando se da la espalda a las nuevas generaciones de derecha? —me decía—. Además de sociata eres gilipollas...

¡Qué época más triste! Cada vez que la recuerdo me vuelven a temblar las piernas. La cosa más horrible que le puede pasar a un ama de casa, además de que te entre gente con los zapatos llenos de barro en el comedor cuando has acabado de fregar el suelo, es que el dinero de la comida no alcance para alimentar a tus hijos.

Me acuerdo muy bien del día que llegó la Sofi. Yo estaba con la barriga gigante, pasada de fecha, haciendo cola en el supermercado. Y en ese momento, en medio de la impotencia de que no me alcanzara el dinero para nada, rompí aguas y las contracciones me paralizaron.

Dos horas después, en el hospital, cuando vi por primera vez a mi hija, tendría que haber pensado cosas bonitas, haberle dado gracias a Dios porque me la entregó sana y rechoncha, haberla llenado de besos felices. Pero en cambio no pensé nada bueno cuando la comadrona la puso en mis brazos. Le vi la carita, los puños apretados respirando por primera vez el aire del mundo, y pensé: «¿Y qué coño le doy de comer ahora a ésta?».

La miseria te hace egoísta; la incertidumbre te provoca rabia... Por eso la Sofi fue siempre la luz de mis ojos, la niña pequeña a la que doy todo lo que me pide. Porque no me olvido de que las colillas que el Zacarías se fumó nervioso mientras esperaba que llegase su hija, las tuvo que coger del suelo. Y porque me acuerdo siempre de que los primeros pañales de la Sofi fueron de tela, a la vieja usanza, porque no había un duro para desechables.

Tuve que rezar mucho durante la primera semana de mi hija; rezarle a Dios para que me diera

buena leche mía, porque si no me daba leche de madre íbamos a tener que robar para comprar de la envasada. Yo creo que el año 89 lo pasé rezando para que las cosas mejorasen.

Hace un rato, a las doce en punto de la noche, cuando los relojes decían que ya era 28, me fui derecha a la habitación de la Sofi a llenarla de besos, a tirarle quince veces de las orejas, a agradecerle a Dios haberla traído al mundo a pesar de todo.

Y cuando abrí la puerta la sorpresa me la llevé yo: estaban los tres hermanos juntos, esperándome (¿cómo hizo el Nacho para llegar desde tan lejos sin que lo oyera entrar?), y los tres me miraban sonriendo. Cada uno vino al mundo en una época horrible. Pero ahora estaban aquí, en casa como cuando eran críos y había un solo plato de natillas para los tres. En casa. Y entonces supe que la fiesta de los quince de esta noche, con la silla del Nacho ocupada, con el Toño peinado como a mí me gusta (con la raya al medio), y con la Sofi de blanco y preciosa, iba a ser también la primera gran fiesta de mi vida.

El Zacarías en las fiestas se convierte en mono

¿Por qué razón un padre de familia decide, en un momento determinado de la fiesta, ponerse una corbata en la cabeza y arruinar años y años de ahorros e ilusión? ¿Qué titiritero invisible lo obliga? Ése es un misterio que deberían estudiar los científicos, en vez del sida. Y es justo este detalle —una corbata alrededor de la testa— lo que pone fin a la evolución de mi marido, lo que lo devuelve a las cavernas.

Yo bauticé esta experiencia como «el descenso evolutivo del Zacarías» porque, lo juro por Dios, mi marido en las fiestas se me va convirtiendo en mono. No no no, nada de metáforas. Le crecen los pelos de las orejas mientras va bebiendo cava, y en un momento de la noche se le descontrola el ADN y no hay manera de frenarle la regresión ni con un torniquete. Se dobla, anda a gatas y regresa a un perfecto estado salvaje.

—Mira a tu marido, qué risa —me dicen las invitadas más estiradas en las fiestas a las que vamos.

—¿Dónde? —pregunto con miedo, levantando el cuello entre la gente.

—Allí, allí, el que va oliéndole el culo al camarero.

El tío borde, desde que lo conozco, comienza siempre su numerito diciendo «qué bonita está la noche, mujer», mientras se desabrocha el cinturón y pide el primer whisky en la barra. Cuatro horas después de esas primeras palabras (y después de haber bajado a los infiernos) se sube a una mesa en calzoncillos, grita cosas a favor de Franco y se cae de morros al suelo desmayado. Fin de la fiesta para Lola. Pero lo que pasa en medio, eso, es lo que me deja siempre boquiabierto. No termino de acostumbrarme, aunque me lo sé de memoria.

Ayer por la noche el Zacarías se puso la corbata en la cabeza a las 23.07, hora peninsular. El resto de los acontecimientos (porque en todas las fiestas hace lo mismo) siempre ocurren en idéntico orden y yo lo separo en seis períodos:



Período tropical

23.10 [+ 2 whiskys] Pierde el sentido de mi presencia y le empieza a mirar las tetas a todas las compañeras de la Sofi. Traba amistad con otros hombres que también llevan corbata en la cabeza. Levanta las cejas y silba con los dedos en la boca. Hace ruidos guturales y me saca a rastras a bailar el rock. Frase de este período: «Cuando salgamos de aquí te voy a pasar por la piedra, mujer: me siento propiamente como un toro».



Período ibérico

00.19 [+ 2 copas de tinto] Descubre que éste es un país de privilegiados, que somos el verano de Europa, que no se iría de aquí ni aunque los franceses o los alemanes se le pusieran de rodillas para ofrecerle trabajo. Pérdida paulatina de la letra erre. Frase de este período: «¡Adónde, adónde vamos a estar mejor que aquí, señora!».



Período culpógeno

01.21 [+ 4 cervezas] Durante los postres derrama lágrimas por sus muertos. Le cuenta a todo el mundo que está peleado desde hace décadas con su hermano Jeremías y que la culpa no es de nadie, «es de la vida». Confunde el pretérito imperfecto de los verbos estar, tener y ser. Rompe cubertería. Frase de este período: «¡Ay, si estuviera viva mi madre!».



Período Deportivolacoruña

02.36 [+ 1 litro de champán] Reproduce a gritos, incluso interrumpiendo otras conversaciones, el gol de Makaay al Espanyol que consagró al Depor campeón de liga del 99. Se descamisa a jirones. Pierde el equilibrio. Canta «Deepor, Deepor». Sufre gases que amplifica por micrófono para deleite de la concurrencia más desinhibida. Frase de este período: «¡Irureta es mi hermano, es mi amigo, es mi guía!».



Período agresivo

04.29 [+ medio habano] Ve a la Sofí besándose con el Pajabrava junto a una ligustrina y le parte una silla en la cabeza a su futuro yerno. La sangre del muchacho mancha el vestido de la niña y, en la creencia de que su hija ha perdido la virginidad, la emprende a golpes al grito de «no corras que es peor». Después se sienta a la mesa y, sin transición, se pone a roncar. Frase de este período: «¡Las mujeres son más putas que las gallinas de la raza ponedora!».



Período político y pérdida parcial del conocimiento

05.52 [+ 3 gintónicos] Aunque a estas alturas ya todo el mundo lo esquivo, encuentra siempre a un inocente y le explica por qué no funcionó el comunismo en la Unión Soviética. Se exaspera por nada. Se rasca los testículos por encima del traje. Recuerda la tarde que Franco visitó el barrio y le acarició la cabeza siendo niño. Se sube a una mesa y grita. Cae desmayado. Frase de este período: «¡Viva el Generalísimo! ¡Viva España!».

Se me dirá que exagero, pero siempre es tal cual, y así también fue como ayer el imbécil le arruinó la fiesta a la Sofi y espantó a todos los invitados.

En mi matrimonio no ha habido un solo casamiento, ni un bautismo, ni un mísero cumpleaños en el que el Zacarías no me haya hecho sentir una desgraciada, propiamente una mierda de mujer. Pero sigo soñando que algún día va a cambiar.

Porque ¿qué es el amor sino tener a mano una mínima esperanza y un frasco de calmantes en la cartera? Ésa es la verdad, así que haremos de tripas corazón y vamos a ver qué pasa cuando el Toño cumpla los dieciocho.

Ida y vuelta para el Nacho

Mi hijo estuvo tres días en casa, y durante ellos fuimos de nuevo una familia. Volvió a su cuarto, en el que no se ha cambiado nada desde que se fue. Durmió con las sábanas de siempre y cada día lo desperté con el desayuno. Conversamos de cualquier cosa.

—¿Estás bien, mamá?

—Ya ves... Tú ya me conoces...

—No tienes que bajar los brazos, ¿me oyes?

—Venga, ponte más mermelada, que hay de sobra.

Con él no hace falta más que eso. Nosotros decimos el principio sólo de las frases: el resto lo entendemos. El Nacho es el único de la familia con el que vale la pena hablar de cosas profundas. Los demás están en sus cosas. Pero él siempre ha tenido tiempo para preguntarme cómo estaba o qué me estaba pasando por la cabeza. Por eso lo echo de menos un rato cada día. Pero no con rabia ni nada. Incluso si estoy ocupada con algo y es la hora de pensar en él, me tomo cinco minutos para echarle de menos más relajada.

Ahora, cuando lo miro, me siento vieja. Lo veo enorme, independiente, alejado, enamorado. Todas las cosas que más yuyu me daban, las cosas que en secreto odiaba que un día pudieran pasar. Todo lo que siempre quise para él.

—A veces no puedo creer que estés tan lejos.

—No es tan lejos, mamá, es la capital.

—Abro la puerta de tu cuarto y me imagino que estás ahí, escuchando a Elton John.

—Tú lo odiabas. Decías que la gente que usa peluca no puede cantar bien.

—Ahora no sabes cómo me gusta el gordito, lo oigo y hace que me acuerde de ti.

Hace mucho que no sueño esa pesadilla donde el Nacho y yo nos besábamos y yo era su novia. Ahora que ya no está conmigo, solamente tengo su voz al teléfono los sábados, el messenger puntual de las nueve de la noche y estas visitas de tres días que me dejan con la boca pastosa, con ganas de seguir conversando y que los relojes no den la hora.

Hace un rato llegamos de la terminal. Fuimos a despedirle, su padre y yo, porque se volvió a la capital después de darle a la Sofi la sorpresa de estar en su fiesta, y después de darme, a mí, un poco más de él.

—No me llores.

- Si no lloro, es que he venido en la moto y me lagrimea un ojo.
—Pórtate bien, mamá.
—Dale un beso en la barriga a la Marilú de mi parte.
—Nos vemos en agosto.
—Nacho...
—Dime, mamá.
—¿Por qué miras así al chófer?
—Yo no he mirado a nadie.
—Nacho, que soy tu madre... Has mirado al chófer y te han brillado los ojos. No me lo niegues.
—Tú estás loca.
—Feo no es.
—¿Quién, mamá?
—El chófer.
—No, es guapo. Es cierto.
—¿Todavía te gustan los hombres, cariño? ¡Vas a tener un hijo!
—Y a ti, ¿todavía te gusta Douglas, mamá?
—Abrígate, mi niño, que en la capital refresca mucho por la noche.
—Vale. Cuídate.

No sé de dónde viene el gesto de sacar un pañuelo y agitarlo en el aire para despedirse. Pero como sale en todas las películas románticas yo siempre lo hago: me quedo saludando como una idiota, incluso sabiendo que el Nacho ya no me mira.

Me quedo sacudiendo el pañuelito hasta que el autocar es un puntito negro en la carretera, hasta que dobla en la estación de Repsol y desaparece del mapa. Y entonces me seco las lágrimas o me sueno la nariz con el pañuelito, y cojo del brazo al Zacarías como si hiciera frío. Como si me temblaran las rodillas. Como si él fuera más fuerte que yo, como si él no estuviera perdiendo también a su hijo.

Me cojo del brazo de mi marido bien fuerte, creo yo, para no salir corriendo por el arcén y hacer volver el autocar a patadas, para no poner patas arriba el mundo y hacer que el tiempo vuelva atrás... Yo querría hacer cualquier cosa, lo que sea. Cualquier cosa que provoque que el Nachito se baje y regrese, o que sea otra vez un crío de siete años y yo sea de nuevo su mamá y que nadie más me crezca en esta casa.

De repente, la vejez

Todo empezó ayer domingo, temprano, pero no le dimos importancia. El Nonno se sentó a la mesa para desayunar con nosotros pero estaba como ido, como en otro mundo. Pensamos que podía ser por un canuto, pero el Toño nos juró que ni él ni el abuelo habían fumado nada. Más tarde tuvo los primeros temblores de frío, y poco a poco el mundo se nos vino abajo.

Ahora son las diez y media de la noche. Me escapó un rato del hospital para escribir esto en el cuaderno. Estoy en el bar de enfrente, tratando de calmarme, pero ni siquiera escribiendo me relajo. Estoy asustada; como si estuvieran a punto de amputarme un brazo. Me ha costado dejar al Zacarías en

el pasillo con los ojos vidriosos, abrazando a la Sofí.

Justamente fue la Sofí la primera que notó algo raro al mediodía, y vino enseguida a la cocina a contármelo.

—Mamá —me dice, casi llorando—, el Nonno me pregunta quién soy.

Me quedé un segundo con la taza enjabonada en la mano, como si de repente el tiempo se me hubiese caído encima. Nos miramos.

—¿Cómo que te pregunta quién eres? —le pregunto por decir algo.

—Parece otra persona —susurra la nena—. Parece un viejo.

Cuando el Zacarías y yo entramos en su habitación, nos dio la impresión de que a mi suegro le hubieran pasado diez años por encima. Fue imposible entenderlo: hablaba en un italiano tan cerrado, tan primitivo, que ni el Toño pudo descifrar una frase. A mí me miró con los ojos llorosos, y me dijo:

—Antonia, he tornato...

—Soy Lola, Américo —le dije, mirándolo a los ojos, que eran los ojos de otro—. Su nuera. Lola...

Y entonces mi marido lo abrazó (fue la primera vez que vi al Zacarías tocar a su padre) y le acarició la cabeza mientras me decía:

—Llama a un médico, date prisa.

Entonces he salido como disparada al comedor a coger el teléfono. Alcancé a oír a mi suegro separarse del abrazo de mi marido, decirle «usted no me toque», pero no tuve fuerzas para seguir oyendo.

Después la camilla, los vecinos, todas esas cosas que siempre pasan en otra casa, nunca en la tuya. Los médicos que pasan de largo sin decirte nada, las enfermeras que te miran de reojo y por fin las noticias. Te palmean la espalda, te dicen que es ley de vida...

Al Toño no hay forma de hacerlo entrar en razón. Está metido con su abuelo en la UCI, lo tiene cogido de la mano, y le habla. Los médicos le dijeron mil veces que el Nonno no escucha, que ya no oye a nadie, pero al Toño no le entra en la cabeza. Le habla, le habla... No sé qué le dice.

El Nacho está en camino; pobre: dos viajes en menos de quince días. Me cuesta mucho escribir esto, pero ya nos dijeron que nos hagamos a la idea. El cerebro de don Américo se puso viejo de golpe; no tiene ninguna enfermedad, y por eso tampoco hay ningún remedio. Nos dicen que si pasa del martes lo podemos llevar a casa, pero que va a ser un abuelo mudo, un hombre en la frontera de su edad, que no volverá a ser el que era. Nos dicen que su cabeza está en otro mundo y que su corazón es débil.

—Se me ha muerto —se quejaba el Zacarías, y el doctor le decía que no, que el viejo aún podía vivir, pero él se empecinaba—: Si no me conoce, si no se acuerda de quién soy, si no sabe quién es ni dónde coño está..., es que se me ha muerto. Qué me importa si respira...

Yo quiero pensar que don Américo es de goma, que es interminable, que mañana se va a despertar como si nada y se va a poner otra vez a tocar la batería, se va con el Toño a trasnochar. Como siempre fue un tipo tan raro, tan fuera de lo normal, no me extrañaría que volviera de donde está con un chiste en la boca, con su dialecto de feria y su mascarilla. Pero ahora es de noche y lo vi tan vencido, pobrecito, que no puedo ni quiero pensar...

Y ahora, para colmo, no sé si puedo entrar en casa... La culpa es de él, del Nonno, que nos quiso

convencer a todos de que era el más joven de la familia. Yo debería estar llorando por él, o por el Zacarías que es su hijo y que siente una culpa horrible por no haberle dicho nunca te quiero, pero en realidad es el Toño, sobre todo, el que me parte el corazón. Arrastrando los pies por los pasillos parece un fantasma. Dice que no va a fumar hachís hasta que no vuelva su abuelo. Cuando lo subieron a la ambulancia, se me aferró a la cintura.

—El miércoles nos íbamos a ir de putas —me decía, como si yo tuviera la culpa de algo—. ¿Con quién mierda hablo yo ahora?

Éramos pocos y... el Jeremías

El Nonno dormía, ya en su habitación, su sueño sin memoria, y nosotros tratábamos de no hacer ruido para no molestarlo; íbamos silenciosos por los pasillos, entre la alegría y la angustia de tenerlo otra vez en casa. Aunque sigue muy desmejorado, estábamos todos juntos y en familia. O eso nos parecía... Porque hace un rato ha aparecido un fantasma del pasado.

A las tres de la mañana, cuando ya nos habíamos acostado para quitarnos de encima las malas horas del hospital, sonó el timbre con furia, y yo supe que no podía ser nada bueno. Me puse el albornoz y salí sin zapatillas, sin hacer ruido, porque el Zacarías dormía a pierna suelta en la cama y había pasado unos días horribles. ¿Quién puede ser, pensé, un miércoles a las tres de la mañana? Alguien que no se entera, un amigo del Toño, un testigo de Jehová madrugador... Puse un ojo en la mirilla y vi la silueta de un hombre a punto de encender un cigarrillo.

—¿Quién es? —pregunté con mala espina.

El corazón me latía como un galope, y no sabía por qué.

Del otro lado el desconocido encendió la cerilla y le vi, como en una foto del pasado, la cara inconfundible. Los labios finos, los ojos vacíos. Me dieron ganas de llorar, pero me aferré al picaporte.

—Jeremías... —me parece que le dije—. ¿Qué haces aquí?

Me intuye por la mirilla, clavándome los ojos.

—¿Ha muerto mi padre, verdad? —me dice, sin saludar, con la voz seca—. Y nadie pensaba avisarme, como siempre.

La última vez que mi cuñado el Jeremías había asomado la nariz por el barrio fue cuando se enteró de la muerte de su madre, doña Antonia. Venía a buscar su parte de la herencia, y ahora lo mismo. Lo he visto pocas veces en la vida, y siempre fue como ver un ave de rapiña; siempre, cada vez que se marchaba su hermano, el Zacarías se pasaba un mes entero mudo, inmóvil, en otra parte, desinflándose.

Le abrí la puerta con rabia y con miedo; nos dimos un beso seco en el recibidor, a oscuras, y lo llevé a la cocina, rezando para que su hermano no se despertase.

—¿Cómo tienes la cara...? —le dije, mientras encendía la luz, pero me quedé sin palabras.

Jeremías estaba, como siempre, guapísimo, aunque los años lo habían mejorado todavía más. Lo habían plantado en el mundo. A mí me da un yuyu este hombre, porque es idéntico a su hermano, pero sin sus defectos. La versión Sean Connery del Zacarías; es como si el pánfilo de mi marido se hubiera pasado la vida en un gimnasio, viajando todas las mañanas en descapotables y tomando el sol en las

playas del mundo.

—¿Cuándo falleció? —me pregunta.

—Tu padre está aquí, en casa —le digo—. Ha tenido una embolia, pero no se ha muerto, gracias a Dios. Esta vez te has adelantado, mal bicho..., si vienes a buscar pasta te vas a tener que ir por la misma puerta que has entrado.

Lo que pasó después me descolocó. En lugar de ponerse soberbio, como es su costumbre, el Jeremías hundió la cabeza entre sus brazos y se me puso a llorar como un crío. Yo me quedé paralizada, con los pies descalzos sobre el mosaico, mirándolo.

—¿Quieres una infusión? —le digo—. ¿Qué te ocurre?

Levanta la vista y me mira de frente. Los ojos enrojecidos, pero entero. Mi cuñado sufre sin taparse la cara, como los héroes de las películas. «Cuando llora es todavía más guapo», pienso, mordiéndome el labio, y me da rabia pensar así, porque lo odio, o debería odiarlo.

—Estoy cansado, Lola —me dice, secándose la cara con una servilleta de papel—. No soy el mismo... He cambiado, te lo juro por la memoria de mi padre...

—¡Que no se ha muerto!

—Da igual... Necesito que mi hermano me perdone, que todos me perdonéis... Quiero regresar a esta ciudad, tener una familia después de tantos años. Estoy acabado, la buena vida es muy mala.

Conversamos un rato largo, hasta que empezó a clarear. Después se fue, sin hacer ruido, al Hotel Avenida. Ahora mismo, mientras escribo esto, él está allí, agazapado. Me dijo que está solo, que quiere conocer a la Sofí y al Toño (que no los ha visto en su perra vida), volver a tener un hermano y una vida decente. Y yo a veces le creo y a veces no. A veces lo entiendo y a veces pienso que nos está engañando otra vez.

Nos habíamos despedido en la puerta; volví a la cama temblando como una hoja. El Zacarías, cuando me ha notado cerca, me pregunta medio dormido:

—¿Quién era?

—Nadie —le digo, con los ojos abiertos en la oscuridad—. Tú duermes.

—No sé por qué —me dice— pero me ha entrado acidez.

«No es para menos, pobre santo», pienso, y cierro los ojos para no dormir.

A la mañana siguiente (más bien por la tarde, porque el Zacarías no se despierta con el alba) he buscado el momento de darle a mi marido la noticia. Siempre me cuesta encontrar los momentos, porque el Zacarías se empeña en estar todo el tiempo ausente. Pero esta vez no fue tan difícil.

—Zacarías —le digo, mientras le preparo un café con leche—, tengo que decirte algo.

Me mira muy serio.

—¿Ha llegado el Jeremías, verdad, Lola? —me suelta, y yo me quedo de piedra.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el olor —responde—. Ese hombre es como el Diablo, que despide azufre. ¿No sientes el olor a mierda? Este hombre ha estado en la cocina.

A veces el Zacarías parece tener un quinto sentido. No digo un sexto porque siempre le ha faltado el tacto. A la noche, cuando por fin se ha encontrado con su hermano, lo saludó como si se tratara de un conocido, como si fuese un perro conocido del barrio, y se encerró en la habitación. Me

dieron un poco de pena los dos. Tan cerca y tan lejos el uno del otro.

El Toño, enfermero

Para una vez que la Negra Cabeza parece servir para algo, no nos hace falta. Desde que el Nonno está en coma, la subsahariana parece una viuda. Se ha vestido de negro de los pies a la cabeza y se ha puesto un gorro de la Cruz Roja en la cabeza. Dice que quiere cuidar a su amor hasta que se lo lleve la muerte.

—¡Una mierda! —le ha dicho el Toño, que le tiene un poco de rabia a la Negra—. El abuelo no se va a ninguna parte. Se va a recuperar como que me llamo Antonio. Y tú ni te acercas a su habitación.

Desde entonces, el Toño se queda toda la noche con el Nonno, echándole el humo de los canutos en la cara porque dice que el aroma lo despeja. Pusimos el grito en el cielo, pero se nos presentó con un folleto que dice que la marihuana es terapéutica.

—El abuelo ha fumado cannabis toda la vida estando sano, ¿y ahora justo que está enfermo y no es delito, ahora se lo vais a prohibir?

La criatura siempre tiene buenos argumentos.

Cada día come y cena con él. Y le habla, le habla... No para de contarle cosas. Lo lógico hubiera sido contratar una enfermera, pero estando el Toño no hace falta, porque al chico no lo podemos sacar de la habitación ni con un gancho. Él lo cuida, le cambia los pañales, le ajusta el suero y le trae cine porno para que esté al tanto de las novedades.

Por la tarde, según sus propias palabras, lo «saca a pasear». Es un recreo terapéutico que se ha inventado él mismo: sienta a don Américo muy erguido en la cama, con dos almohadones en la espalda, enciende la batidora para que haga ruido y le mete el secador de pelo en mitad de la cara. Dice el Toño que así el Nonno se piensa que va en moto por la carretera.

Ayer le ató de las muñecas una soga que iban a unas poleas empotradas en el techo y lo usó un buen rato de marioneta. Trajo a la función a la Sofí, al Pajabrava, a la Jésica y al Josu, que no paraban de aplaudir y mearse de la risa.

—Antonio —le dice el Zacarías—, tu abuelo no es un títere, a ver si te dejas de tocar los cojones, que está muy frágil.

—¿No ha dicho el médico que hay que ejercitarle las extremidades por si se despierta? —retruca el crío—. Pues le estoy ablandando las articulaciones. Y si lo hago con creatividad es cosa mía... El estado vegetal no tiene por qué ser aburrido.

No sé si sería por eso o por una recuperación natural, pero anoche el Nonno ha hablado. Estábamos cenando en la cocina (todos menos el Toño, que siempre hace guardia) y escuchamos un grito del niño.

—¡Venid, venid! —chillaba el Toño—. ¡Ha hablado el muerto!

Nos pusimos todos junto al marco de la puerta y, en un susurro muy débil, escuchamos las primeras palabras del Nonno:

—Otto... cuinze... dúeeeee...

Nos quedamos en silencio. El Toño levantó una mano, para que siguiéramos escuchando. El

Nonno, haciendo un grandísimo esfuerzo, dijo:

—cuarentaedó... vintichincue... chinquanta... lotto.

El Jeremías, como si entendiera, anotaba todo en una libreta. Nosotros no pescábamos nada.

—¿Qué dice? —pregunté, asustada.

El Toño nos miró, muy serio.

—Que juguemos a la bonoloto: 8, 15, 2, 42, 25 y 50 —desinflado y triste.

—¡Es vidente! —gritó el Jeremías—. ¡Mi padre se ha convertido en vidente! Ahora mismo salgo a jugar, a ver si por lo menos se paga los medicamentos...

El Toño se levantó cejijunto, resignado.

—No vayas a ninguna parte, tío, que eso ya ha salido ayer —dijo el niño.

—¡Qué dices! —exclamó la Sofi.

—Esa combinación —detalló el Toño sin ganas— es la que ha salido ayer en la bonoloto... El abuelo nos atrasa un día.

—¡Qué suerte de mierda! —dijo el Jeremías quitándose el abrigo.

Nos volvimos todos a la cocina desencantados. Siempre, por hache o por be, llegamos tarde a las grandes fortunas.

Antes de salir apagamos la luz del cuarto al Nonno, para que pudiera descansar. El Toño se quedó en la penumbra, dando la mano a su abuelo atrasado. Mientras nos íbamos, oí al nene que le decía:

—Tranquilo, Nonno, no te hagas mala sangre... Ya te saldrá... ya te saldrá.

La Sofi quiere el cincuenta por ciento

No entendíamos por qué venían tantos amigos del Toño a visitar al Nonno a la habitación hasta que la Sofi, que duerme en el cuarto de al lado, le fue con el cuento al padre, llorando como una magdalena.

—¡Papá! Antonio ha hecho un agujero en el armario del abuelito y les cobra a los amigos para que me vean las tetas cuando me desvisto...

¡Ay, la que se armó!

Hacía más o menos dos semanas que el Zacarías no perseguía al hijo por toda la casa para matarlo. Yo los miraba desde la cocina, y me di un poco cuenta de que mi marido ya no es el mismo animal sanguinario de antes. Le cuesta trabajo saltar las sillas que el Toño le deja por el camino. Respira mucho por la boca. Corre apretándose los riñones... Le cuesta mucho, incluso, insultar al hijo y lanzarle cosas al mismo tiempo.

El crío, a su vez, está en una etapa muy ágil de su vida. Además, como es un poco enano (pobre), se escabulle fácilmente y conoce rincones de la casa que el Zacarías, que es un vago, nunca ha pisado. Habrán estado unos quince minutos dando vueltas como dos locos. Casi me hacen una zanja en el comedor, porque en una de esas se empezaron a perseguir alrededor de la mesa blanca.

El Zacarías se habría cansado pronto, pero el Toño tuvo la mala suerte de resbalar con la cola del Cantinflas y cayó de morros al suelo. Y el padre, viendo que era entonces o nunca, se tiró en plancha y

lo cogió del cuello.

—¿Es verdad lo que dice tu hermana? —le decía mientras le sacudía patadas en el culo—. ¿Es verdad lo que dice la Sofi? ¿Eh, es verdad lo que dice la niña?

Mi marido tiene una discapacidad para decir frases distintas mientras le pega a los hijos. No sé por qué le pasa eso, pero repite ochenta veces lo mismo. Siempre la misma frase. Su coordinación es: frase, patada; frase, patada; frase, patada, patada. Una especie de código morse de la prehistoria o algo así.

—¡Sí, sí, papá! —dice por fin el Toño—. Pero deja de pegarme, que te he contestado mil veces.

Entonces el Zacarías se detiene en seco, respira un poco, bebe un trago de agua del florero y pasa directamente a la parte pedagógica. Porque él siempre dice que después de una paliza hay que explicar por qué se da, pues de lo contrario puedes caer en el vicio de pegar por pegar.

—Óyeme bien, pichón de proxeneta —le dice, todavía jadeando—: si no le das ahora mismo la mitad de la pasta a tu hermana, lo que estás haciendo está mal, es delito. ¿Me entiendes, chorizo?

—¿La mitad? —se queja el Toño, llorando y abriéndose la cabeza con las manos por inercia—. La mitad es mucho... El taladro para hacer el agujero en la pared me ha costado un dineral, y los panfletos que decían «mi hermana por cinco euros» no se han impreso solos, eh... Yo puse casi todo.

—¡Pero yo he puesto las tetas, tarado! —dice la Sofi—. ¡Las tetas son mucho más importantes que el taladro!

—¿Tú no te das cuenta de que si no le das la mitad de la ganancia es delito? —dice el Zacarías, cada vez más calmado.

—¿Y si le doy la mitad, qué es? —pregunta el Toño.

—Entonces la cosa ya cambia —dice el Zacarías, y le pregunta a la Sofi—: ¿Tú estás llorando porque los amigos de éste te han visto las tetas o porque tu hermano se ha beneficiado?

—Yo lloro porque el Toño ahora tiene pasta.

—¿Lo ves? —le dice el Zacarías al hijo—. La próxima le avisas a tu hermana antes de hacer esas cosas, tonto del culo..., y después le das la mitad de las ganancias para que no me venga con el cuento. Si tú sin ella no podrías hacer nada...

—¡Claro, y yo soy gilipollas! ¿Y si lo empieza a hacer ella sola y me deja sin el negocio? —dice el Toño.

—Si lo hiciera ella sola la mato por puta —explica el Zacarías—. ¿No entendéis que os necesitáis?

—¿Entonces si lo hacemos juntos ya no sería un delito? —pregunta el Toño, masajeándose la parte del culo donde recibió la patada más fuerte.

—Exacto... Así sería un negocio, que es un delito en el que todos están de acuerdo —dice el padre—. Y los negocios no están ni bien ni mal, mientras no se mate a nadie.

—¿Pero entonces sería legal? —pregunta la Sofi.

—Más o menos. Para que sea legal, así con todas las letras, entre los dos le tenéis que dar el quince por ciento a la autoridad competente.

—Que vendrías a ser tú... —adivina la Sofi, cada vez más interesada en la macroeconomía.

—En este caso sí. Pero no porque yo quiera, ¡cuidadín!, sino porque vosotros estáis en mi

jurisdicción. Y la pared que ha roto el Toño la tengo que arreglar yo después...

Entonces ya no aguanto más y exploto:

—¡Zacarías! —le grito desde la cocina—. ¡Que te estoy oyendo! ¿Qué coño le estás explicando a las criaturas, infeliz?

Se quedan los tres callados un segundo.

—¿Y mamá quién sería? —pregunta el Toño.

—¿Tu madre? —dice el Zacarías, resignado—. Tu madre es la Conferencia Episcopal.

La tristeza de un hermano celoso

Nunca he visto a un hombre tan apagado, tan poquita cosa, como el Zacarías desde que llegó su hermano al barrio. No es que sean el agua y el aceite... Es que son el agua podrida y el aceite de oliva virgen. Lo mejor y lo peor de la raza. Y lo más triste es que el pobre se da cuenta. Se mira, en el espejo deforme de su hermano, y ve lo que pudo haber sido y no fue.

—¿Lo ves? —me dice, mientras desayunamos en la cocina—. Mira a la Sofí cómo se ríe, cómo le festeja las gracias al estúpido... A mí mi hija nunca me festeja las gracias...

—¿De qué gracias hablas, Zacarías? Si la última vez que le has hecho un chiste a la Sofí fue cuando nació, que la tiraste a la piscina desde el techo del polideportivo...

—Eso no fue un chiste, fue un experimento —me explica, y se queda, nostálgico, mirando hacia el patio, donde el Jeremías y sus sobrinos no paran de reírse y jugar.

Para más inri, el Nonno, desde que escuchó la voz de su hijo pródigo, ha empezado a pestañear. Según el Toño, nos quiere decir algo con el pestañeo, pero (siempre siguiendo la teoría del niño) «vosotros no lo entendéis porque parpadea en italiano». Pero el tema es que hasta don Américo parece más alegre desde que llegó el Jeremías. Y eso a mi marido le patea el hígado.

Me da un poco de pena, porque yo tampoco soy insensible; pero la verdad es que el Zacarías no es lo que se dice un padre alegre. El problema es que con el Jeremías en casa (tan parecidos como eran en la juventud) las diferencias se notan mucho. Son como un boli Parker y un boli Bic. Se puede escribir con los dos, pero te sale la letra más bonita con el de punta fina.

El hombre estuvo todo el domingo así, arrastrando los pies por la casa con cara de perro triste. Cada vez que levantaba la vista, veía a su hermano llevando en su coche descapotable al Toño, comprándole ropa de marca a la Sofí o conversando de filosofía con el Nacho.

—Estoy un poco fondón, ¿no es verdad? —me dice a la hora de la siesta mirándose en el espejo—. Y un poco calvo también.

—¿Comparado con quién? —le digo yo, hurgándole en la herida.

—Con quién va a ser... —me dice—. Con el innombrable. Tiene un año menos que yo, y parece mi hijo. Tiene pelo por todas partes, y la barriga como un Toblerone... Se le nota el costillar al hijo de puta.

—Pero ve, hombre, conversa con él un poco, no seas tan seco —le digo—. Pregúntale cómo hace para estar atlético, así por lo menos le das conversación. ¿No ves que está deseando que le hables? Es tu hermano, a fin de cuentas.

—¡Que le folle un pez! Yo me quedo aquí con mi barriga, y que él se quede ahí con su teléfono de última generación... Si en eso es en lo único que le puedo ganar.

—¿Tú, ganarle? —me sorprende—. ¿En qué?

—En que yo tengo un hermano como Dios manda... Y él, en cambio, tiene un hermano hecho una mierda —se me queda mirando—. ¿En eso le gano, no?

—Visto así... —le digo, y me quedo mirando a los dos con un poco de pena.

De pena por mí.

¡Hasta el año que viene, Sumcutrule!

El 2 de noviembre de 1999, a la corta edad de diecisiete años (que para un perro es como un siglo), dejó de existir nuestro amado Sumcutrule después de una corta dolencia, tras ser aplastado por un Citroën amarillo matrícula B-1384009, conducido por un hijo de puta que no se detuvo a socorrerlo. Desde entonces, cada 2 de noviembre, en nuestra casa reina el silencio, la congoja y la reflexión.

El más afectado, año tras año, es el Zacarías, que se levanta antes que nadie y va a buscar al garaje la maleta donde tenemos los restos del Sumcu. Es una especie de atúd móvil que mandamos hacer en la funeraria del Borja con una sentida inscripción en el frente y dos ruedecillas. Entonces el Zaca prepara el desayuno y empieza a despertar a toda la familia.

El Toño, que para cualquier otra cosa no se levanta ni con una grúa (menos en domingo), no opone nunca resistencia para dar este paseo, porque adoraba a su mascota. La Sofi viene a desayunar ya directamente llorando, porque también le afectó mucho la muerte del perro. Y yo, todo hay que decirlo, yo voy arrastrando los pies, con la cabeza gacha, porque los 2 de noviembre son todos grises y me traen recuerdos muy feos.

Desayunamos rapidito, y sin abrir la boca. ¿De qué vamos a hablar, si ya sabemos todo? Después nos vestimos más o menos decentemente y, ya en la puerta, vamos tirando hacia el parque a pie. Llevamos la maleta tres manzanas cada uno, procurando no ir nunca por aceras rotas sino por caminos lisos, para que el alma del Sumcutrule no sienta el traqueteo. De vez en cuando paramos en un árbol para que el chucho huela la tierra mojada y reconozca su territorio.

Cuando llegamos a la estación de servicio que está después de las vías, cogemos la calle larga, que está menos transitada. Antes íbamos por la avenida, pero pasaban muchos coches y nos gritaban cosas.

—¡Ahí va la familia Adams! —nos dijeron hace un par de años unos desaprensivos.

Y también una vez, un conocido del nene le gritó desde un Ford:

—¡Toño, deja de drogar a tu gente!

Insensibles que son; se ve que no han tenido perro.

La calle larga es más tranquila. Y aunque ya hay gente que sabe que los 2 de noviembre salimos con el perro en la maleta, son de esos vecinos tranquilos que lo único que hacen es salir a la acera y vernos pasar. Algunos nos saludan: «Adioooooos», con ese tono sentido de los pueblos pequeños. Otros, sabedores de que llevamos un gran dolor en el alma, se persignan en silencio y nos ven como lo que somos: un cortejo a pie.

Cuando cogemos la calle de tierra, y ya olemos el río y deja de haber casas alrededor, nos vamos soltando un poco. Ya solos, sin testigos burlones, empezamos a contarle al Sumcutrule las noticias del último año. Yo le cuento que el Nacho va a tener un bebé y que vive con la Marilú en la capital (que por eso no ha podido venir); el Zacarías le dice que el Depor está por la mitad de la tabla; el Toño le confiesa, casi con la voz rota por el llanto, que con el Cantinflas la vida no es lo mismo; y la Sofi se agacha tímida y le susurra unas cosas en secreto (seguramente noticias sobre su romance). No quisimos decirle nada de lo del Nonno. ¿Para qué? No queremos darle malas noticias, pobre perro. Ya tiene bastante con lo que tiene.

Si por casualidad vemos de lejos un Citroën, aunque esté aparcado y no corramos peligro, tratamos de tirar por otra calle, para que el Sumcu no se altere. Los odiaba. Reconocía a esos coches del demonio por el ruido del motor, y salía siempre como loco a morderles las ruedas. Y el pobrecito tenía razón en odiarlos tanto, porque murió en esa lucha desigual perro-máquina, esa guerra interminable en la que han muerto tantos inocentes y tan pocos vehículos a motor.

Cuando llegamos al parque, sacamos el cuerpecito embalsamado y lo tiramos por los montículos para que juegue un poco. A veces, cuando hay, le traemos un gato asustadizo. Los gatos, al verlo, no se dan cuenta de que está muerto y se erizan igual. Y eso al Sumcu lo pone de buen humor, porque se siente útil. Después de hacerlo jugar un rato nos volvemos a casa en taxi para que la gente no nos grite cosas.

Son días muy tristes, los 2 de noviembre. Pero cuando volvemos a casa y guardamos la maleta otra vez en el segundo estante del garaje, y entre todos rezamos un padrenuestro y le decimos «¡hasta el año que viene, Sumcutrule!», nos sentimos mejor. Ese perro nos llenó de vida la casa durante diecisiete años y nunca pidió nada. Solamente quería que de vez en cuando lo sacáramos al parque. Eso, tan poquita cosa, a cambio de darnos felicidad.

¿Y qué, hay que dejar de darle gustos solamente porque se haya muerto? Yo creo que no, que se merece sus paseos anuales y mucho más. Ha pasado mucho tiempo desde que está en esa maleta, embalsamado, sin mover la cola. Y lo juro, no es broma ni estoy loca: cada día me despierto y siento ese calorcito inconfundible a los pies de la cama. Como si estuviera entre nosotros. Y cuando caigo en la cuenta de que no, de que sólo es la costumbre, el día se me estropea.

La Negra Cabeza y el Jeremías se entienden

Desde que el Jeremías viene a casa a visitar al Nonno, a la Negra Cabeza se la ve mucho más pizpireta y emperifollada que de costumbre, y mueve el culete mientras friega los suelos para hacerse notar.

—¿Le apetece un cafecito, don Jeremías? —le dice la fresca a cada rato, cuando a nosotros en la puta vida nos ha ofrecido ni un té con leche. Será perra.

A mí esta mujer siempre me pareció una adicta a los hombres de la familia. Cualquiera cosa masculina que lleve nuestro apellido le pone los pezones de punta y enseguida quiere juntar los pelos. Pero no pensé que iba a ser capaz de mancillar nuestro lecho de matrimonio.

Ayer llegué a casa de la farmacia y me encerré en mi habitación para prepararle al Nonno las

inyecciones... Ay, Dios bendito, yo nunca en mi vida había visto semejantes acrobacias corporales. Y eso que soy moderna. Pero la imagen me cogió así, de repente, y no tuve más remedio que pegar un grito.

—¡Zacarías, ven para acá! —le digo al otro estúpido, que se pasa el día leyendo el *Marca* en vez del *Kamasutra*—. ¡Mira a tu hermano, pánfilo, mira las cosas que sabe hacer!

La subsahariana y mi cuñado, despelotados en mi cama y en una postura inexplicable, se quedaron inmóviles, con los rostros encendidos (no sé si de vergüenza o por el esfuerzo de mantener la postura), y me miraban.

—Vosotros dos no os mováis hasta que venga el Zacarías —les digo—. Primero quiero estudiaros un poco, y después os echo a patadas de mi casa con más tranquilidad.

—¿Tú nunca pides permiso antes de entrar, Lola? —me dice el Jeremías, tratando de mantener el equilibrio.

—¡Pero si es mi habitación, desvergonzado! —le espeto—. El que tiene que pedir permiso eres tú.

—Yo estaba haciendo las camas, señora Lola, y su cuñado me redujo contra mi voluntad —intenta defenderse la africana.

—Sí —le digo—, se te nota bastante reducida, pelandusca.

El Zacarías llega y se queda con los ojos como dos huevos duros, mirando a los tórtolos. En la cara se le refleja que está viendo lo inenarrable. Pone la misma cara que una vaca al ver pasar un Ferrari por la carretera.

—¿Eso es humanamente posible, o aquí hay un juego de espejos? —dice mi marido, buscando el truco.

—¡Pero qué espejo ni qué narices! ¿Te das cuenta de que tengo razón? Hay muchas maneras de juntar los pelos —le digo.

El Zacarías asiente, resignado.

—Señor don Zacarías —dice la Negra Cabeza—, mire que yo no estoy así porque quiera, es que su hermano me tiene amenazada.

—Sí —le digo a la perra—. Se ve que te está apuntando... Lo que no entiendo es por qué abres tanto las patas para que te apunte.

—Venga, que esto es denigrante —dice el Jeremías—. ¿Por qué no nos sacáis fotos también? En vez de mi familia, parecéis soldados yanquis haciendo turismo por Irak.

El Zacarías, ajeno a las quejas de su hermano, toca tímidamente una pierna que sobresale del ovillo de carne.

—¿Este muslo de quién coño es? —dice, pellizcando.

—Mío —explica el Jeremías.

—¡Qué increíble! Y esto otro ¿qué sería? —dice, acercando la mano a una zona esponjosa.

—Le tocas la teta a la subsahariana —le digo—, y te revienta esta lámpara en la cabeza. Sal para afuera, que yo quería que tomases apuntes, no que te empezara a gustar la inmundicia.

Los enamorados se empezaban a entumecer, así que los dejamos reacomodarse a solas, para que no se sintieran intimidados. Después, cuando salieron (con la cabeza gacha, como dos perros que

hubieran tirado una maceta) les dijimos a ambos que no aparecieran más por casa. ¡A la calle!

—¿Usted me está despidiendo laboralmente, señora Lola —me dice llorando la Negra Cabeza—, o solamente me repudia como amiga?

La cara de mosquita muerta de la desgraciada siempre me produce una especie de compasión... Me miraba triste, africanamente. Pensé en el Tercer Mundo, en la solidaridad mundial, en quién va a hacer la cena esta noche, y le dije:

—Vaya, Negra... Vaya a lavar esas sábanas, que por esta vez la perdono. Pero póngase algo de ropa, por el amor de Dios, que necesito que mi marido me mire a los ojos.

La Negra se fue moviendo las caderas y se encerró en el fregadero haciéndose la víctima. Me quedé sola en la cocina con el Zacarías, que me miraba serio, compungido.

—¿Por qué nunca experimentamos, nosotros? ¿Por qué en la cama, desde hace treinta años, siempre es lo mismo? —le digo, un poco triste.

—¿Cómo lo mismo? —me dice.

—Tú borracho y yo dormida —le ilustro para que entienda.

—Pero mujer... —intenta una mínima excusa—. Si nosotros llegamos a hacer eso nos tienen que llevar al policlínico en carretilla para que nos acomoden los huesos.

—Prefiero mil veces —le digo lloriqueando— ser una descalabrada feliz que esta osamenta perfecta pero insatisfecha... ¡Ni un esguince de tobillo me has producido en estos treinta años!

—Venga, prepara algo para picar —me susurra, acariciándome la barbilla—. Que ya estamos viejos para juegos olímpicos.

—¿Ni siquiera podemos apuntarnos a las Olimpiadas para discapacitados motrices? —insisto, y él niega con la cabeza, paseando la vista de un lado al otro de la cocina.

Entonces, como una gilipollas, como siempre, voy y le corto un poco de queso y dos lonchas de jamón.

Y el abuelo un día...

A las nueve de la noche de ayer, mientras mirábamos el informativo en el comedor, escuchamos —nítido— el ruido de dos cucharitas contra un vaso. El ritmo nos sonaba de algo, y bajamos la tele para oír mejor. El que se dio cuenta fue el Toño, que saltó a gritos:

—¡Es el solo de batería del Nonno!

Y entonces, enloquecidos, corrimos a la pieza del abuelo con el corazón en un puño.

Nos esperaba como si nunca le hubiese pasado nada. En cuanto entramos, soltó el vaso y las cucharitas y nos abrió de par en par los brazos.

—¡He tornatto di la morte! —nos dice sonriendo.

Después de los besos y los abrazos, nos cuenta que durante todos estos días había visitado un sitio maravilloso, que irradiaba una luz muy blanca y en donde existía lo necesario para ser feliz.

—Mirara per donde mirara, había brutos fuentone di spaghetti con salsa e moltísima ragazza en pelota —nos dice, con la vista perdida en ese mundo.

—¡El cielo! —adivina el Toño.

—O el averno, figlio... —duda el Nonno—. Me ne frega si era el uno o el altre. Ma ío ahí era felice.

—¿Y aquí no eres feliz, abuelito? —pregunta la Sofí, mimosa, llenándolo de besos.

—Cuesta familia é única, bambina... E además é la mía, e me piache. ¿Per qué piensas que he tornato?

El Zacarías no dice nada. Se aguanta. Desde el vano de la puerta se suena los mocos con disimulo y se hace el macho, para que nadie sepa que tiene el corazón en la garganta. Yo lo miro y con un gesto le hago entender: «Ve, hombre, dale un abrazo, ¿no ves que te mueres de ganas?», pero él se queda ahí, como un palo, sin saber qué hacer con sus emociones y con su pasado.

Yo tengo una mano del Nonno entre las mías desde el principio, y se la aprieto fuerte, se la masajeo, le doy calor, mientras los críos siguen hablando con su abuelo, haciéndole preguntas y riéndose con él. Al Toño no le entra la sonrisa en la cara, la boca se le escapa por los costados y los ojillos le brillan como dos luces altas viniendo de frente por la carretera. Desde que lo echaron del colegio que no estaba tan contento esa criatura.

—Y en ese lugare tú estaba connmigo, bambino —le dice el Nonno a su nieto—, ío te escoltaba sempre cuando tú me parlaba a la notte.

Entonces el Toño nos mira, como diciéndonos «¿habéis visto, gilipollas, como él me escuchaba?» y sonrío aún más, pensando que todavía le queda un poco más de futuro con su amigo del alma. Y el Zacarías se pone de espaldas contra la puerta para que nadie vea que es feliz.

La Sofí se ha ido como una desesperada a llamar al Nacho por teléfono, para contarle, para compartir la alegría con alguien que todavía no sabe, que es una manera de revivir la felicidad en el reflejo de otro.

La veo desde la habitación riéndose por teléfono; no escucho lo que dice, pero también la risa de la niña rebota por las paredes, y me imagino al Nachito, pobre santo, llorando a moco tendido a muchos kilómetros de casa, porque cuando uno está lejos las buenas noticias también te hacen llorar, nadie sabe por qué.

Entonces me doy cuenta de que el Nonno, este viejo loco al que le doy la mano como si él me estuviera salvando de algo, reparte vida sin darse cuenta, la regala interminablemente.

—Vamos —le digo a todo el mundo, poniéndome de pie—, dejémoslo descansar, que el abuelo viene desde muy lejos. —Y mirando al Nonno—: ¿Qué quiere para cenar, don Américo?

—¡Patata fritta! —dice él, sin pensarlo mucho.

El Zacarías y el Toño arrastran los pies: no quieren irse, pero los empujo para afuera con las manos. Don Américo nos mira desde la cama, con las mejillas rosadas como nunca y una mirada brillante, agradecida y frágil. Entonces ocurre.

—Ey, Lola... —me dice cuando vamos saliendo.

Me doy la vuelta desde el pasillo, lo miro. Él me levanta una mano, haciendo un esfuerzo enorme, como si quisiera tocarme en la distancia, y me dice:

—Gratzie per tutto... fliglia mía.

Entonces no sé por qué, será porque lo conozco desde hace tanto tiempo y por fin me ha dicho «hija mía», o será porque necesitaba que se diera cuenta de que lo quiero tanto, o será porque esta casa

sin el Nonno no es la misma; no sé por qué, pero cuando me dice gracias y me dice hija me tiembla todo el cuerpo y corro hasta él y lo abrazo como nunca me había animado a hacerlo.

Me abrazo a él como si fuera una niña, como si fuera Heidi, como si me abrazara a la infancia o a mi propio padre que se ha ido tan temprano, y le digo: «Gracias a usted, papá» y me rompo y lloro. «Gracias a usted, papá», y me acurruco en su pecho («papá, papá»), y él me acaricia el pelo con infinita ternura, como si la que hubiera vuelto de la muerte a visitarlo fuera yo. Como si él me esperase siempre con su sonrisa italiana y con un chiste siempre a punto.

Y me susurra, guiñándole un ojo al Toño, mientras lloro:

—Las patata frita non muy crocante, Lola, recuerda qui vengo de un coma.

Mi suegra, la muerta

Don Américo ha vuelto a la vida muy cambiado, casi humano. Dice que en el más allá saludó a mucha gente muerta, pero que cuando quiso darle un beso a su esposa, ésta se hizo la burra y siguió de largo... Ahora el Nonno llora en un rincón, arrepentido de haber tratado tan mal a su esposa en vida.

No sabíamos qué hacer, hasta que la Negra Cabeza, que es un poco bruja, dijo que podíamos invocar a mi suegra, la finada doña Antonia, para que el abuelo le pida perdón. La Negra Cabeza, en su salsa, se puso una túnica gris sobre los hombros y pidió silencio con una mirada aterradora.

—Tekove vai ndajeko hosãva... —empieza a decir, con los ojos cerrados.

—¿Qué dice? —me susurra el Zacarías.

—¡Shhhhh! —le digo.

—Una que habla en africano y la otra que habla en sifón... —se queja mi marido—. ¡Después dicen que los hombres no entienden a las mujeres!

—¡Chilenzio, filho! —se queja mi suegro—. ¿Non ve questamo tutto in tranche?

—... ha upére ha'e anga namanói —continúa la Negra Cabeza, apretando fuerte las manos de sus antiguos amantes.

—Me recorre un hormigueo por todo el cuerpo —susurra el Toño, encogido.

—Es porque no te bañas —le dice la Sofi—, deben ser piojos.

—¡Vale ya! —se levanta el Zacarías y enciende la luz—. Yo estoy aquí porque está por aparecer mi madre muerta, no porque quiera. En media hora empieza la Liga y no hay madre, ni viva ni muerta, que me haga perder el fútbol. Una gilipollez más de cualquiera de los dos y los muelo a palos.

Silencio absoluto. El Toño y la Sofi están tan acostumbrados a las palizas del padre, que cuando el Zacarías les levanta la voz los moratones empiezan a salirles solos por todo el cuerpo. ¡Eso sí que da miedo y no los fantasmas!

Después del grito del Zacarías, ya no voló una mosca por la casa. Dijo la Negra:

—Si estás aquí, doña Antonia, háznoslo saber...

Todos esperamos como estatuas, con los oídos atentos. Nada.

—Dile má forte —susurra el Nonno—, ya era sorda cuando staba viva, imagínate ahora que tiene gusanitte en lo tímpano...

—¡¿Antonia?! —gritó entonces la Negra Cabeza, y nos hizo saltar a todos de la silla.

Ahora sí: nítidos, cercanos, sobrenaturales, escuchamos dos golpes secos sobre la mesa. Toc.

Toc.

—¡Ay Virgen santa! —dije yo aterrada, y se me escapó un poquito de pis.

—¿Es la abuela? —preguntó la Sofí, amarilla como cuando tuvo la hepatitis.

—¿Mamá? —dijo el Zacarías, con los ojos acuosos—. ¿Eres tú, mamá?

La Negra Cabeza, impertérrita, volvió a la carga.

—Antonia... —dijo, con acento monótono—. Puede usar mi cuerpo como recipiente temporal para comunicarse con su familia...

De repente, la subsahariana da una vuelta sobre su propio eje y queda suspendida un segundo entero a diez centímetros de la silla. Cuando baja, desplomada y flexible, sus ojos ya no eran los mismos.

—¡Antonia, amore mio! —gritó entonces don Américo, y se arrodilló a besarle las rodillas.

—Levántate —dice alguien desde adentro de la Negra Cabeza, con una voz serena y seria—.

No me beses, mal marido...

—¿Todavía no me ha perdonatto, Antonia? —lloriquea mi suegro, bajando la cabeza amargamente.

—No he venido para verte a ti —dice Antonia—, sino para ver a mi hijo y a los dos nietecitos que no conozco...

Con un gesto le hago saber al Toño que se acomode el pelo delante de su abuela.

—Mamá, mamita... —dice el Zacarías, dando un tímido paso al frente—. Éste es Antonio, usted estaba muy enferma cuando él nació... Es medio gilipollas, pero es calcado a usted, la misma cara...

—Hola —dice el Toño, muerto de miedo—. ¿Cómo va la cosa ahí dentro?

El Zacarías le pega un coscorrón al hijo, y continúa:

—... y ésta es Sofía, madre, nuestra niña pequeña, que vino cuando usted ya había pasado a mejor vida.

Doña Antonia mira a la Sofí y le sonrío con sonrisa de muerto.

—Bambina, anda a darle un bachio a la nonna —dice don Américo.

—¡Ni muerta le doy un beso a la chacha! —dice la Sofí.

—Sofía... mi amor... que te reviento... —le susurra mi marido, pellizcándole el brazo—. ¡Dale un beso a tu abuela o te arranco los ojos!

La Sofí, llorando, se acerca con asco y pone la mejilla a dos centímetros de los labios de la Negra Cabeza.

—Ahora tú, Zacarías, hijo mío... Ven y abrázame fuerte —dice la muerta.

Mi marido, temblando de emoción, se acerca a su madre y la abraza con fuerza. Pero yo soy esposa antes que crédula, y salto de la silla.

—¡Le estás tocando el culo, que te he visto, Zacarías! —le grito.

—Cómo le voy a tocar el culo... ¡si es mi madre! ¡Y está muerta! —me dice el Zacarías.

—¡Tu madre una mierda! Tu madre no tenía ese culo tan formado.

—¡Mi madre es la que está dentro! —trata de hacerme entender mi marido.

—Si tu madre está dentro, que saque el brazo y le das la mano. ¡Pero a la subsahariana no le

tocas un pelo, asqueroso!

Siento que me tocan el hombro con dedos fríos:

—Lola... —dice doña Antonia, con voz de ultratumba, y me mira—. No te confundas. Yo le he dado el pecho a este hombre...

El Toño dice:

—¡Venga, abuelita, saque un pecho!

—¡Se acabó! —digo yo encendiendo la luz—. ¡En esta casa se acabaron los muertos! A mí me van a venir con jueguitos de excursión de fin de curso... Habrase visto.

—¡Pero es mi madre! —grita el Zacarías desesperado—. ¡Es mi mamá!

—¡Qué va a ser tu madre, pánfilo! —digo, sacudiendo un poco a la subsahariana, que empieza a volver en sí.

—¡Mamá! —grita el Zacarías—. ¡No me abandones otra vez!

Dos horas después, cenamos todos en silencio, sin decir una palabra sobre el tema. Ahora el Zacarías está viendo el fútbol, pero no sigue el partido con emoción. Está como en Babia... Creo que piensa en su madre, el pobre, en que la tuvo tan cerca, después de muchos años y yo no se la dejé disfrutar como él hubiera querido.

Sé que soy a veces un poco egoísta, pero hay cosas que son más fuertes que una. Los celos no respetan ni la metafísica ni el más allá... Para más inri, yo en los muertos no creo mucho, pero en los vivos sí que creo. Y a mí me parece que el Zacarías y la Negra Cabeza se están pasando un poco de vivos.

El amor viene en envase de medio litro

Ayer por la tarde el Toño nos dio la noticia, un poco ruborizado, pobre:

—Mamá, papá, tengo novia, y esta vez vamos en serio.

¡Ay, qué alegría más grande que me bajó por el esófago! El Zacarías, que cuando se emociona es un bruto, le palmeó la espalda al Antonio y casi le hace escupir un pulmón.

—Y eso no es todo —nos dice después de toser—, la he invitado a cenar esta noche.

Había poco tiempo para prepararlo todo. Lo más importante en estos casos es que parezcamos normales, así que nos pusimos a ordenar la casa, a perseguir al Nonno para que se bañe (llevaba un mes sin enjuagarse, con la excusa del coma) y a cocinar algo contundente para la futura nuera.

Mientras tanto, yo trataba de sonsacarle al nene —así, como al pasar— algunos datos de la chica, no sea cosa que otra vez se me apareciera con una vieja, como cuando se presentó con la Negra Cabeza.

—Oye, ¿y dónde la has conocido? —lo tanteo, mientras me hago la imbécil sacándole brillo a una fuente.

—En la salida de la facultad de derecho —me dice como si nada—. Está terminando la carrera.

—¿Estás de novio con una abogada? —le grito, un poco llorando de felicidad.

—Todavía no, le faltan unas materias, pero Carmencita es muy inteligente.

—¿Y tú qué hacías en la universidad? —pregunta el Zacarías, siempre atento a las insignificancias.

—Me coloco en la puerta y les regalo un porro a los del último año, por si en el futuro necesito un abogado gratis. Hoy por ti, mañana por mí —dice.

En una situación normal, el Zacarías hubiera perseguido al hijo con el cinturón por traficante de influencias, pero como ahora el crío tiene novia se lo perdonó.

Nos pasamos la tarde poniendo en orden la casa y preguntándole cosas a la criatura. Cuando se hizo de noche, ya sabíamos que la chica tiene veintidós años (¡la edad ideal!) y es del barrio de aquí al lado. Es de una familia que tienen criadero de cerdos, así que deben estar más o menos bien situados.

Ahora, viéndolo en perspectiva, me tendría que haber dado cuenta de que algo no cuadraba, que una chica de veintidós años, casi abogada, con criadero, no puede enamorarse del Toño, que es un aprendiz de yonqui que no ha acabado la escuela y se pasa el tiempo fumando porquerías. Pero en ese momento me podía más la esperanza...

El timbre sonó a las nueve horas cero minutos cero segundos. La Carmencita, además, era puntual. Salió a atender el Zacarías, que estaba de traje y engominado para atrás (parecía que una vaca le hubiera lamido la cabeza). Mi marido abrió la puerta con una sonrisa, pero la cerró de golpe, como si hubiera visto un fantasma. Todos nos quedamos mirándolo. El Zacarías se apoyó contra la puerta, desconcertado, clavándole los ojos al Toño, no con odio, sino más bien con miedo.

—¿Qué pasa, viejo? —le digo, mientras las ilusiones se me hacían añicos contra el suelo.

El Zacarías señala para afuera, donde seguramente estaría la chica esperando a que le abriéramos otra vez y, susurrando, nos da la mala noticia:

—Es... —no le sale la palabra, mira al Toño aterrado—. ¡Es una enana, pervertido!

Todos miramos al niño.

—¿Y qué? —dice él—. Vosotros porque me veis todos los días, pero yo también soy un enano... Si hace como cinco años que estoy atragantado en el metro cuarenta.

—Hijo —le digo—, tú no eres enanito, mi amor, tú lo que eres es perezoso para el crecimiento, que es distinto. Tú, por ejemplo, llegas al cajón de los cubiertos sin ayuda externa... Un enano es otra cosa, un enano tiene cara de enano... —Miro al Zacarías y le pregunto, susurrando—: ¿La chica esta tiene cara de enana o cara de gente?

—¡Terrible cara de enana! —me confirma mi marido, y mira a Toño—. ¿Por qué siempre nos tienes que hacer estas cosas, hijo de la gran puta? Yo no puedo cenar con una enana, no sé cómo tratarla, no sé qué decir...

—Pues la tratas normal, papá —se enfada el Toño—. Por ejemplo, no la dejes esperando afuera, no le pegues un portazo en la cara, no hables en susurros..., no la mires como si fuera un perro... No es complicado. Además, yo la quiero por lo que tiene dentro... —nos explica, y por un momento creo que el niño está madurando, pero no—. ¡No sabes las tetas que tiene!

—Papá, no seas troglodita —dice la Sofi—; ábrele la puerta que fuera hace frío, pobre enana.

—¡Carmencita se llama! ¡Carmencita! —corrige el Toño a la estúpida de la hermana.

Al final voy yo; aspiro hondo y le abro la puerta con una sonrisa gigante en la boca. Me la quedo mirando; ella también. Hay unos segundos incómodos donde no sé si agacharme a darle un beso o esperar a que ella salte. ¡Ay, qué vergüenza!... Pero ella misma salva la situación con mucho aplomo y una voz preciosa.

—Usted debe ser Lola —me dice—. Yo soy Carmen Salvatierra, la novia de Antonio. La admiro mucho, señora, usted es un ejemplo para todas las mujeres de este barrio —y me extiende la manita.

¡Ay, qué preciosidad es esta chica! Y qué fácil que le resulta ganarse el corazón de una suegra. Le doy la mano y ella entra, con pie firme, y le pega un beso en la boca al Toño que parecían dos actores de cine en miniatura. ¡Cuánta pasión! Después mira al Zaca, mientras ella solita se quita el abrigo, y le dice:

—Y usted seguramente es don Zacarías, un placer conocerlo. Antonio me habla mucho de usted... Yo también soy del Deportivo.

«¡Ya está, lo ha comprado!», pensé enseguida... Cinco palabras y mi marido ya se olvidó de que es enana. Yo lo conozco: cuando el Zacarías arquea las cejas así, es que está cómodo. Ahora ya no ve a una chica bajita, ahora ve a un hincha del Depor, y las relaciones para él son más fáciles.

—¿Fanática? —pregunta el Zaca mientras se agacha y le da un beso.

—Socia número 9.621 —dice, sacando el carnet de la cartera—. Tenemos palco en la parte central, justo debajo de las cabinas de los periodistas.

El pánfilo babeaba de la emoción. Miraba a la enanita y era como si mirase un televisor de catorce pulgadas con un gol de Mauro Silva en cámara lenta. ¡Qué arte, la Carmencita, para meterse al suegro en el bolsillo!

Cenamos distendidos, hasta hace un rato. La sobremesa duró más o menos hasta las cuatro de la mañana, y hacía rato que no nos reíamos tanto... Carmencita cuenta unos chistes sobre enanos que son para morir de risa (contó uno muy bonito de un enano que se acomoda en el mostrador a tomar algo, y el dueño del bar pregunta a gritos: «¿Quién fue el gracioso que ha desarmado el fútbolin?», ¡ay, qué gracia!); sobre cualquier cosa tiene buena conversación esta chica. Para más inri, con el Nonno hablaba todo el tiempo en italiano, y el Toño se ponía un poco celoso, lo que indica que el nene está bastante enamorado.

Cuando Carmencita se fue, ya teníamos tanta confianza que hasta la levantamos a la altura de los morros para darle un beso. Y después, ya solos, uno por uno fuimos pidiendo perdón al Toño por haber sido tan racistas con la novia, que es un sol. Nobleza obliga.

Hasta al Cantinflas le cayó bien la muchacha, y eso que es un gato arisco: se ve que es la primera vez que ve una cara humana tan de cerca.

Así que hoy me voy a la cama con el pecho lleno de alegría. Todavía no hay que cantar victoria ni dormirse sobre los laureles, pero me parece que hay una integrante más en la familia. ¡Y de las que estudian!

Charla íntima entre mujeres

Ayer los hombres de la casa (el Nonno incluido) se fueron a la capital a ver las eliminatorias del mundial de fútbol, y se llevaron a la Negra Cabeza, que está enamorada del portero de Portugal. Así que la Sofí, la Carmencita y yo aprovechamos para tener una charla íntima de mujeres que, como siempre que está el sexo de por medio, acabó propiamente a gritos.

La idea era pasar el día, así que nos preparamos unos tés con limón y nos encerramos en la

cocina. Las tardes de domingo siempre son buenas para abrir de par en par el corazón. Máxime cuando hay una invitada nueva. Hablábamos de cualquier cosa hasta que la Sofí se puso insistente con la invitada:

—Y a vosotras, las enanas, ¿os importa el tamaño? —le pregunta impertinente, que además de una bocasucia la Sofí es muy monotemática.

Casi me escondo debajo del mantel, de la vergüenza que me dio la pregunta, pero Carmencita se ríe (se nota que es muy moderna) y parece no afectarle el tema.

—¡Claro, mujer! —dice—. Pero también tenemos la suerte de que cualquier polla nos parece gigante.

—Eso es bueno —reflexiona la niña—, lo único bueno de ser enano ha de ser la perseptiva.

—La perspectiva —corrige la otra.

—También, sí —dice la Sofí.

—A mí me da vergüenza hablar así, a calzón quitado —digo yo—. En mi época jamás se me habría ocurrido conversar de estas cosas delante de mi madre... —y mirando a Carmencita— ¡y menos en presencia de mi suegra!

—Vamos, Lola —me regala la oreja mi futura nuera—, si yo te admiro justamente porque eres la mujer más moderna de este barrio...

—¿Tú con la abuela Adela no hablabas de sexo, ma? —indaga la Sofí.

—¡Me ponía la cara del revés de un bofetón! —rememoro—. Era otra época.

—Había mucha ingenuidad —dice Carmencita.

—Imagina —le digo—: en esas épocas nos decían que el seiscientos era un buen coche, y nosotros nos lo creíamos. Nos podían convencer de cualquier cosa en mis tiempos. Ahora no, está todo en Internet.

—A mí, mucho Internet no me llega —dice Carmencita.

—Lógico —acota la Sofí—, tendrías que ponerte una silla más alta.

—No. No me llega a convencer, no me apasiona... En la universidad la gente no sabe nada por sí misma, todo lo buscan allí. Y el problema es que Internet está lleno de mentirosos. Hay mucha información falsa.

Cae la tarde sobre el barrio. Invernal y triste. Y nosotras nos pasamos las horas dale que te dale a la lengua, sin pensar en nada, ni en los hombres que ya estarían volviendo, ni en la cena. Con el corazón de par en par.

—Si yo fuera como tú —le dice la Sofí a la Carmencita— me metería en un chat y me haría pasar por alta.

Nos reímos.

—Una vez lo hice —confiesa Carmen, ruborizándose un poco—. Me hice pasar por una baloncestista.

—¿Y qué pasó? —pregunto yo, emocionada.

—Quedé en un bar con un parálítico que se había hecho pasar por boxeador. Un desastre.

—¡Ay, qué risa! —le festejo—. ¿Y cómo se reconocieron?

—Él llevaba los guantes puestos. Pobre... No podía mover la silla de ruedas por culpa de esos

guantes.

—Se le resbalaban las manos —acoto yo, encantada.

—Claro... Así que lo tuve que ayudar a volver a su casa.

—¿Y tuvieron sexo? —pregunta la Sofi, que es una viciosa.

—Intentamos, pero era muy complicado. Yo me subí encima de él en la silla, pero parecíamos José Luis Moreno con Macario. Así que quedamos como amigos.

Hacía tiempo que en esta casa no se daba una conversación de mujeres. «Tendría que haber eliminatorias del fútbol más a menudo», pensaba yo mientras las chicas seguían susurrando sobre temas cochinos. Además, siempre es bueno que entre una madre y una hija haya alguien más. Una tercera neutral. Eso ayuda a que la hija se suelte. Mano a mano es más difícil sonsacarle, a la Sofía. Así que aprovecho el momento y, haciéndome la idiota, indago:

—¿Y tú, Sofi? ¿Alguna vez has tenido un encuentro así, sexual, con un desconocido? —pregunto mientras me llevo a la boca una palmerita.

—¿Tú te has pensado que me chupo el dedo, mamá? —me dice—. Yo a eso no me arriesgo...

—¿Nada de nada? ¿Ni siquiera chateas? —pregunta la Carmencita.

—¡Eso sí! —dice la niña—; yo hablo de otro riesgo: ni borracha hablo con mi madre de mi vida privada. No soy gilipollas. Primero se hace la interesante y la moderna y después me estampa contra la nevera de un revés. Tú no sabes cómo es esta señora.

Algún día voy a pillar a la Sofi con la guardia baja. Pero cuanto más tiempo pasa, más se me espabila. Eso es lo malo.

El Jeremías nos trae la globalización a casa

Estaba escrito. No iba a pasar mucho sin que el Jeremías se inventara un negocio sucio en el barrio. Lo que no nos imaginamos era que se dedicara al turismo. Y menos que se centrara en el intercambio cultural con la China.

—¿Pero qué les puede interesar a los chinos en esta ciudad? —le preguntamos ayer.

Y hoy nos vino con la respuesta.

El problema no es que nos haya metido un contingente de orientales en casa, sino más bien que no nos haya consultado. ¿Qué le costaba a mi cuñado pedir permiso? ¿Decirle al Zacarías, por ejemplo: «Oye, que mañana voy a enseñarle las costumbres mediterráneas a un grupo de turistas, y los mediterráneos vendrías a ser vosotros»? ¿Le costaba mucho avisar?

Llegaron todos de golpe, y nos cogieron desprevenidos. Cuando nos quisimos dar cuenta ya estaban todos dentro, sacando fotos y armando la de Dios es Cristo. Eran como treinta chinos, que además parecían el doble, porque son una raza muy apretujada. El Zacarías y yo nos quedamos congelados, yo creo que de miedo. Pero el Toño, que se conoce sabía el tejemaneje de su tío, ya tenía su chiringuito preparado.

Yo no sé cómo lo hace este niño, pero es capaz de venderle sus artesanías a cualquier extranjero. Y más allá de lo asqueroso del material, hay que reconocer que la criatura ha heredado la imaginación de la madre. Porque les había hecho unos budas tan detallados, tan pero tan budas, que a los chinos no

les importaba que estuvieran hechos con excremento humano.

—¡Al buda de mierda...! —ofrecía el Toño, con entonación de vendedor de helados—. ¡Diez euros el buda, señores, diez euros el buda de mierda...!

Al Nonno, en cambio, el contingente oriental lo cogió en medio de la siesta, y cuando enderezó la vista no podía creer que hubiera tanta china joven en minifalda alrededor de su cama.

—¿Qué cosa sono cuestas ragazza, bambino? —le preguntaba al Toño—. ¿Chinessa o giapanessa?

El Toño le contestaba lo que podía, en medio de la venta de budas, y el Nonno terminó por comprobarlo metiéndole mano a alguna, para ver qué pasaba. Don Américo tiene la teoría de que las japonesas no se dejan manosear el culo porque ya están industrializadas, mientras que las chinas sí, porque son comunistas. Y por la reacción de las orientales, parece que el abuelo tiene razón.

El Zacarías no estaba para sociologías, ni le importaba el negocio. Lo que estaba era enfadadísimo con su hermano: sacudió al Jeremías del brazo y lo metió en la habitación para cantarle las cuarenta. Yo no sabía si meterme dentro para que no se liaran a golpes, o quedarme en el comedor para que la turba amarilla no rompiera nada.

—¿Por qué el contingente son todas mujeres, niño? —le pregunto al Toño.

—No —me dice, mientras los turistas le sacaban los budas de las manos—. Los chinos hombres están todos en la cocina, con la Sofi.

¡Ay, madre de Dios! A veces una se siente un bombero con demasiados focos de incendio a la vez, y no sabe para qué lado echar el agua. Pero el instinto materno me decía que la Sofi estaba en problemas. Así que salí disparada para allí, esperando encontrarme con algo que, fuera lo que fuese, iba a hacer que me ruborizara. (Con la Sofi últimamente es así, porque está en la edad en que quiere probarlo todo.)

La niña estaba encima de la mesa, con un montón de chinos alrededor sacándole fotos y gritándole guarradas. Ella, inocentona, se había encaramado con uno y le enseñaba a bailar flamenco.

—¡Corazón de mi vida, bájate de ahí antes de que te ahorque! —le grito, tratando a la vez de sonar educada.

—¿No es precioso, mamá? —me dice, mostrándome al chinito—. Quiere bailar flamenco conmigo.

Todos, alrededor, coreaban:

—¡Fuck you, fuck you!

—Pero Sofía —le explico, hecha un manojo de nervios—, que te quieren fabricar chinitos, mi amor. ¿Qué no los ves a los de aquí abajo que se han empezado a tocar? Tú ven con mamá que no te va a pasar nada.

Cuando la bajé de la mesa los otros chinos, que se nota que estaban empalmados, me empezaron a silbar, así que nos fuimos otra vez para donde había occidentales, aunque fueran el Toño y el Nonno, que no serán los cascos azules pero por lo menos hablan un idioma que se escribe con letras.

Y entonces fue cuando vi lo que vi. Cuando retrocedía por el pasillo, me quedé de una pieza: mi marido y el Jeremías, que nunca se han dado ni la hora, estaban abrazados. Como hermanos.

Si no hubiera sido porque el Nonno estaba intentando arrinconar a una china contra la pared del

comedor, hubiera pensado que se habían quedado huérfanos de padre, y que lloraban por eso, fundidos y reconciliados en el dolor. Pero no, no era eso. Así que entré despacio, de cotilla, a ver qué pasaba.

—Mira, mujer —me dice mi marido, y me muestra un talón—. Es un regalo del Jeremías.

Era un cheque a nombre del Zacarías, y tenía un montón de ceros.

—Es la ganancia completa del tour de los chinos —me explica el Jeremías—. Tampoco es tanto.

—¿Todo esto es para ti, Zacarías? —le digo, emocionada por el gesto de mi cuñado, o por la cifra, o por las dos cosas.

—No —me corrige mi marido—. Es para el otro Zacarías, para el pequeñín. Es un regalo del tío para el bebé.

—Para que tenga estudios —sonríe el Jeremías—. No quería regresar a mi vida nómada sin dejaros algo.

—¿Entonces te vas? —quise saber.

—Esta misma noche —dice el Jeremías—. Vuelvo a los casinos, a la vida disipada, al lujo sin porqués. Una familia es algo hermoso, pero yo me siento encerrado en este barrio, necesito adrenalina.

Sólo entonces me di cuenta de que el gesto de mi cuñado era todavía más noble de lo que había pensado. Y también supe que los hermanos habían moqueado a solas, porque tenían los ojos enrojecidos, aunque ahora se hicieran los disimulados.

Cuando se fue la caterva oriental, yo no sabía si estar feliz por la reconciliación de dos hermanos que llevaban años de guerra fría, si estar melancólica porque no volveríamos a ver al Jeremías en unos cuantos años, o si ponerme a llorar por cómo había quedado la casa después del paso de tanta gente amarilla.

—Tú non te preocupe, Lola —me dice el Nonno, cogiendo por la cintura a una chinita que no tendría más de quince años—. Mi novia Xian Ling ahora limpia tutto. Se va a quedare a vivire con nosotros. ¡A la merda la Negra Cabeza! Las sirvientas chinessa sono de má categoría que las africana.

Xian Ling me miraba, sonriendo como un sol naciente. No sé por qué, pero me gustó la idea de cambiar de chacha.

—Ven para aquí, Yoko Ono —le digo—, que tú pasas el Pronto y yo el paño.

¡Cuánta razón ha tenido el Gobierno con esto de las relaciones bilaterales con los chinos! Un día nada más de integración con el lejano Oriente y ya tenemos servicio doméstico nuevo. Cada vez nos falta menos para ser de la clase dominante.

¡El Zacarías en el bar se convierte en otro!

Lo mejor que se le ocurrió al Zacarías para que el hijo no se junte con vagos es llevarlo todos los días al bar El Progreso, donde va él. Lo que no se da cuenta es de que ahora el niño se sigue juntando con vagos, pero peor: con vagos expertos. Es como extirparle un tumor a la criatura para ponerle un cáncer.

—Que el Toño engrose el porcentaje de juventud que no va al colegio ya me da bastante vergüenza —le dije ayer al padre—, pero que ahora tú lo llesves al bar para convertirlo en un parásito social, ya es el acabose.

—No me aturdas, mujer —me dice—, que lo hago por su propio bien.

—¡Nada de propio bien, Zacarías! —me encono—. Prefiero que se drogue, oye, y no que termine jugando al mus... ¡Los parásitos adolescentes por lo menos corren algún riesgo! En cambio vosotros...

El Zacarías va al bar todos los santos días desde que tengo memoria visual. Según se dice, hoy por hoy El Progreso es un juntadero de viejos gagás que se pasan las tardes hablando de cuando El Progreso era otra cosa, mientras juegan a los naipes y se toman despacio una copa de anís con hielo.

Para mi marido, en cambio, el ámbito del bar es otra cosa, «algo cultural».

—Ahí el crío aprende de los grandes —me explica—. En la mesa nuestra estamos el Rubén, el Gordo Joresma, la Vaca Márquez, el doctor Inchausti y otra gente con mucho mundo que le pueden enseñar muchas cosas al Toño.

—¿El qué le van a enseñar? —le digo, poniendo los diez dedos todos juntos, como si estuviera sosteniendo una mosca—. ¡Hazme el favor! Si a ti te hubieran dado cinco pesetas por cada hora que has planchado el culo en ese bar, hoy hasta tendríamos piscina en el patio... ¿Y de qué coño se habla allí, me lo quieres decir?

—Cosas de hombres... Política, mujeres, coches. No es solamente jugar a las cartas lo que hacemos, mujer, no seas ignorante —me dice, mientras se saca un pedazo de carne de los dientes con la uña.

Lo que el Zacarías no sabe, porque es bruto, es que el Toño odia tener que ir al bar con él. El chico se aburre como una seta, y no es para menos.

—Papá me da más vergüenza en el bar que en casa, vieja —me confesaba esta tarde—, y eso se dice pronto... Tú no sabes lo que es papá en ese lugar.

—¿Qué es, niño? ¡No me asustes! —le pregunto yo.

—Es otro —me dice el Toño—: ¡habla!

—¿Cómo que habla? ¿Desde cuándo habla tu padre? —le digo—. ¿Y de qué habla?

—Hoy les explicaba a todos los de la mesa no sé qué del comunismo. Como seis minutos ha hablado.

—¿Seis minutos? —me escandalizo—. ¡Pero si aquí en casa la última vez que tu padre habló un minuto entero fue cuando se le cayó la lavadora en la pierna!

Ya me lo venía sospechando desde hace mucho, una vez que el carnicero me dijo una frase incomprensible: «Ay, qué hombre conversador que es don Zacarías». ¿Conversador? ¡Si en casa es un ladrillo sordomudo! ¡No dice nunca nada! Pero se conoce que en el bar, cuando está entre hombres jugando a la baraja, se convierte en locutor de radio.

Por eso yo siempre digo que los hombres, cuando están en casa, son como los San Bernardos: todos el día arrastrando el culo despacio, con cara de idiotas, sin ganas de ladrar y con la papada que les cuelga. Pero cuando se van con otros perros, por alguna razón, se convierten en Rintintín. Nadie sabe por qué: es un misterio canino.

A mí me gustaría ser mosca o inspector de Hacienda, para aparecerme por sorpresa en el bar El Progreso sin que nadie me viera. Y ver de qué habla mi marido, en qué se convierte cuando se bebe una palomita. Igual si lo cojo a tiempo incluso hasta juntamos los pelos en el baño de señoras...

Por suerte ahora tengo al Toño, que me cuenta cosas, porque está infiltrado en esa sociedad secreta. Pero yo sé que un día el niño también se va a convertir en uno de ellos, en un hombre de bar, en un ser de doble personalidad que no cuenta nada a las mujeres de la casa. Ese día la Sofi y yo vamos a quedar incomunicadas para siempre.

¡Ay, Nacho, hijo mío, Dios te conserve al maricón que llevas dentro! Qué feliz ha de ser la Marilú con un marido que nunca en la vida ha pisado los reductos típicos del hombre medieval.

El corazón del Nonno está desbocado

El amor no tiene edad ni color, es verdad, pero lo de mi suegro y la chinita ya pasa de castaño oscuro. Se llevan sesenta y cinco años, ninguno de los dos habla bien ningún idioma serio y lo poco que se comunican es para discutir sobre si los espaguetis son un invento chino o italiano. Ayer le pregunté a don Américo qué le ha visto a la oriental, y su sinceridad me dio un poco de asco.

—Sechualmente é una Kawasaki —me dijo, arqueando las cejas.

Es muy complicada la vida desde que llegó Ling a casa. Por un lado está el Toño, que se siente intimidado con la gente de otros colores. Lo cierto es que el niño lo que tiene son celos, porque desde que apareció la china por casa, don Américo no le presta atención.

—Abuelo, ¿vamos a fumar un porrete a la plaza?

—Non posso, bambino. En media hora tenco que culiare.

—¡Pero si ya culiaste hace un rato! —se queja el Toño—. Yo con la Carmencita culeo una vez por día nada más.

—Una cosa é una enana e altra cosa é una chinessa —le explica don Américo—. A la enana hay que regarla poco porque iguale non crece.

El Zacarías tiene la cara larga también, porque el abuelo está empecinado en que mi marido trate a la chinita como una más de la familia.

—Yo no sé qué le ha visto a esa china culo al revés, papá —le dice.

—Non le dica «china culo al revé» —se enfada el Nonno—, dile «mamma culo al revé».

Y la Sofi, que era la única que se tomaba las cosas con calma, ayer explotó.

—Ma, ¿no has visto dónde he dejado la bufanda que le estoy tejiendo al Zacarías junior? —me pregunta, entrando a la cocina.

Pero no hizo falta que nadie le contestara, porque entonces vio a la chinita que estaba comiéndose un plato de arroz con las agujas número tres de la nena. Y ardió Troya.

Para colmo, don Américo está emocionado porque su novia también usa mascarilla. Piensa que es un mensaje del destino. Nosotros le explicamos que en esos países hay dando vueltas una enfermedad respiratoria, pero él no se lo cree.

—Non é per la peste —dice—. É perque admira al Miquele Jackson, come ío.

—Pero abuelo, pregúntele y va a ver —le digo yo.

Pero no hay forma, porque el abuelo y la oriental se comunican con gestos, y cada cual entiende los gestos del otro como mejor le parece.

Están todo el día en la cama, desnudos, y piden a gritos el desayuno y el mando a distancia. Yo,

que tengo mil cosas que hacer en la casa, no puedo estar atendiéndolos. Ya se lo dije.

—Don Américo, usted perdone —le digo—, pero supuestamente la Yoko Ono llegó a esta casa para limpiar, no para que la atiendan... Así que vaya diciéndole que se vista, que hay un montón de ropa para lavar.

Pero el abuelo erre que erre. Dice que sí, que Ling llegó como doméstica, pero que ahora es su mujer. Que se van a casar y que van a tener chinitos.

—¡Pero papá! ¡Si va a cumplir ochenta años la semana que viene! —se desespera el Zacarías, que no quiere, por nada del mundo, tener más hermanitos.

—¿E il dotore Iglesia? —se defiende el Nonno—. ¡El papá del Julio Iglesia tiene má! ¿E Chapline? Si ésos tuvieron figlio de vieco, ío también posso. Además tenco l'asperma congelatta en la congeladora desde hace molto.

—¿Cómo que tiene esperma congelada en el congelador? —digo yo, asqueada—. ¿En dónde?

—A la cubettera —dice el Nonno—. L'anno pasatto me congelé una punietta, per la duda.

—¡Pero avise, Américo! —le digo—. Mire si alguien va buscando hielo y se confunde...

—Imposibile. Perque le puse un cartele: «Non é cubito, é familia».

Me lo quedo mirando, sin saber si me habla en serio o si me está tomando el pelo. Nunca se sabe con este hombre.

—Tai-chin lí tong—me avisa la chinita cuando estoy saliendo.

—¿Qué dice su novia, abuelo? —le pregunto a don Américo.

—Que la rata questá a la nevera tampoco te la manshe, perque é la nostra cena di domani.

Hay veces que una no sabe si es la arteriosclerosis o una nueva forma de vejez que está surgiendo en el mundo. Pero sea lo que sea, me hubiera encantado un suegro normal, como en todas las familias.

Un adiós subsahariano

Justo ahora que había cogido fuerzas para enfrentarme a la Negra Cabeza y decirle que estaba despedida, que ya no la necesitábamos, ella viene y me dice que se vuelve a África, que ya no contemos con sus servicios. ¡Hasta en eso se me ha adelantado la perra, ni siquiera me deja el placer de echarla a patadas!

—¿Cómo que te vas, Negra? —me alarmo, retorciendo el delantal con las dos manos—.

¿Adónde te vas?

—Al mi continente negro —me contesta, con la frente alta.

—¿Y tú te piensas que en el África vas a estar mejor que aquí? —le digo, de repente enfadadísima—. Además, tú no me puedes hacer esto... No te puedes ir así, sin un mes de preaviso. Es ilegal.

—Yo enterita, señora, soy ilegal —me desafía despechada—. ¿O usted me tiene con papeles aquí? ¿O alguna vez me ha dado las catorce pagas, las vacaciones, o me ha dejado los jueves libres para salir? Me voy porque este país nos escupe a los inmigrantes, señora.

—Pero Negra —le digo—, este país es como la vieja de enfrente: escupe a todo el mundo... No

hace mayormente distingos. En eso somos muy democráticos.

—No me venga con palabritas, señora —me dice—. Yo lo he pasado muy bien en esta casa. Menos usted, todo el mundo me ha tratado como si fuera una más de la familia.

—¿Cómo que menos yo? —me indigno—. ¡Pero mujer, si yo he sido la única en esta casa que nunca te ha metido mano, negra ingrata! La única persona que te ha tratado como a un ser humano...

—¿Usted? Usted fue la única que nunca me dio calor de hogar, que nunca me preguntó si me dolía algo... Ésa es usted. Una desalmada que me ha ridiculizado siempre que ha podido.

La Negra Cabeza nunca había llorado en mi presencia. Y ahora lo hacía... ¡Qué fea que es la burra cuando llora! Con razón los africanos del norte son tan secos... Se ve que cuando lloran se convierten en africanos del sur. Por eso se aguantan.

—No me hagas pucheros, mujer —le digo—, que se te pone la cara como a Chavela Vargas cuando canta. Venga, tráete un Kleenex y, ya que vas para la cocina, un vaso de agua para mí. Aprovecha que es el último día que te puedo mandar.

—Mande a la chinita nueva —me dice—. Que ahora parece ser la reina de la casa. Todo lo hace bien, la chinita...

—La verdad es que sí, no hay punto de comparación entre una chacha africana y una asiática —le digo, un poco para meter cizaña.

—Usted va a ver —me dice la Negra—, va a ver cuando se despierte la mosquita muerta. Los subsaharianos somos inofensivos siempre. Pero los chinos un día se van a despertar y nosotros vamos a ser los sirvientes de ellos. Acuérdesse.

—¡Ahh! —le digo, señalándola con el dedo—. ¡Lo que estás es celosa!

—No, señora, lo he leído en la revista *Selecciones*. El día que los chinos se pongan de acuerdo y salten todos a la vez, aquí en Europa va a haber un terremoto —me advierte, mientras empieza a meter sus cosas en una maleta vieja.

—¿Entonces te vas de veras? —le digo.

—Cojo el autocar en una hora. No me gustan las despedidas, así que me los saluda a todos cuando se levanten. Sobre todo al Toño, que es un niño muy bueno, y a don Américo, que me ha tratado muy bien.

Me dio un abrazo seco, de compromiso. Y ni siquiera me pidió el dinero de la semana, para fingir dignidad.

Se fue por la misma puerta por la que había entrado hace exactamente ocho meses, de la mano del Toño. Y la vi caminar hasta la avenida con los bártulos a cuesta, moviendo el culete como siempre, por la mañana destemplada de este barrio. No se dio la vuelta ni una vez.

Entré en casa con una sensación extraña. La chinita Ling estaba parada en medio de la cocina, mirándome servicial, como siempre. Hice esfuerzos para que no me notara triste, y quise seguir la vida como si nada.

—Venga, corazón, tráeme un vaso con agua que tengo la garganta reseca —le pedí a la oriental.

Se fue diciendo que sí con la cabeza, y volvió a los cinco minutos con un plato de arroz. Me lo dio y me hizo una reverencia.

—¡Alózz! —me dijo, sonriendo.

—Agua, te he pedido agua, corazón —le supliqué, haciendo pucheros.

Y ella asintió, sin dejar de sonreír:

—¡Alózz!

Miré por la ventana a la subsahariana, para gritarle que volviera, que no se fuera, que no fuera tonta, que le perdonaba todos los desplantes, que necesitaba a alguien que entienda nuestra idiosincrasia, pero a la Negra Cabeza —que Dios la tenga en la gloria— ya se la había tragado la esquina.

No me vengas con preguntas rebuscadas, Antonio

Muy de tiempo en tiempo, el Zacarías y el Toño tienen un diálogo. Son charlas de hombres, secretas, y por eso bajan al garaje para poder hablar tranquilos. La Sofí, el Nonno y yo, inmediatamente, nos metemos en la habitación pequeña, la que tiene la claraboya, con tres vasos, para poder escucharlos mejor. Esta vez parece que el Toño está celoso de los amigos de la Carmencita.

—¿Tú nunca has pensado que eras poco para mamá? —le dice el nene, que es un sol—. ¿Que ella se merecía algo mejor?

—No me vengas con preguntas rebuscadas, Antonio —dice el padre—. Si venimos a hablar de tus cosas, hablamos de tus cosas.

El Zacarías se sienta en el taburete de siempre. El Toño por lo general, como es pequeñín, usa las cajas del juego de magia y del equipo de química apiladas, como banquillo improvisado.

—La Carmencita va a la universidad —empieza el niño—. Tiene un grupo de amigos y toda esa mierda en lata, ¿no? Gente que se mete la camisa y cada uno tiene coche.

—Sarasas —sintetiza el Zacarías.

—Sí, eso es lo que le digo yo a la Carmen. Pero ella me dice que no, que son buenas personas, y que lo que pasa es que yo soy un metrógrafo, o algo así.

—Un metrónomo —corrige el padre—. Los que no tienen ritmo.

—Lo que sea. Pero lo único que está claro es que ella los defiende. Y si los defiende es que un día va a terminar follando con alguno y me va a dejar a mí tirado en una zanja.

—Como que hay Dios.

—¿Entonces qué hago, papá? —suplica mi hijo el del medio, agarrándose la cabeza, impotente.

Se escucha el típico silencio absoluto, que indica que el Zacarías está pensando en una respuesta.

—¿Has intentado ya en meterte la camisa dentro del pantalón e ir a vigilar a la Carmencita cuando está con esa gentuza?

—Dos veces. Pero me pongo como loco porque hablan en clave. Hacen chistes de abogados y se divierten entre ellos. Me dejan fuera.

El Zacarías se ríe:

—¡No digas gilipolleces, Toño! Los chistes de abogados no existen.

—Ellos se creen que sí. Ayer por la noche un pijo de estos le dice a los otros: «Este invierno hace tanto frío que vi pasar a un abogado con las manos en sus propios bolsillos».

El Zacarías espera un segundo. El niño se queda callado.

—¿Y? ¿Cómo sigue? —pregunta el padre.

—Según ellos el chiste termina así —se alarma el Toño—. ¿Ves que son todos sarasas?

—¿Pero tú les has contado el de la monja que le chupa la polla a un caballo con herpes? Yo con ese chiste siempre caigo bien en todas partes.

—No, no me dan conversación y no puedo meter cuchara. Pero el otro día hablaban de las aficiones de cada uno: que el escrabel, que la colección de sellos... Cuando me preguntaron a mí, les conté que hago váter-mano. Y ahora la Carmen dice que no la acompañe más, que no hace falta —se amarga el Toño.

—Entonces es un hecho, hijo mío: tienes que hacer algo urgentemente porque de lo contrario te la follan entre todos.

—Por eso te preguntaba cómo has hecho, porque mamá también es mil veces mejor que tú, y en su momento se ha ido contigo. ¿Ella no tenía amigos hombres cuando vosotros erais novios?

—¡Claro que tenía! —rememora el Zacarías, apretando los puños—. ¡Los maricones del taller literario! Se juntaban en El Padrino a mirarle las tetas a tu madre. Y tu madre, que siempre ha sido ingenua, se pensaba que los otros iban a leer versos de Pío Baroja.

—Se te están poniendo los ojos raros, papá, cuidado con la úlcera...

—Es que todavía los tengo aquí atragantados a esos hippies... Iban con unos libros de poemas; estaban llenos de granitos en la cara y de ojeras, porque se ve que vivían a paja, y se querían cepillar a tu madre...

—Y seguro que le hablaban mal de ti.

—¡Pestes! Le decían que yo no le convenía, que no la quería, y yo estaba estúpido de amor por tu madre —dice mi héroe, apretándose un puño con la palma de la mano (como si lo viera).

—¡Eso es lo que me pasa a mí, papá, justo eso! —se alegra el Toño—. ¿Y tú qué hiciste en tu época?

La voz del Zacarías suena entonces entre académica y troglodita:

—En esos casos hay que elegir si enfocas la violencia hacia ella o hacia los maricones. Hay que sopesar. Pero a alguien tienes que reventar a tortas, porque si no has perdido la batalla.

—Claro, claro.

—En mi caso escogí a los maricones, porque eran un poco tuberculosos; parecían García Lorca. Y en cambio tu madre, de joven, era como ahora, robusta.

—¿Y reventaste a tortas a los hippies?

—No. Les mandé a la policía —dice el Zacarías, y no miente—. En esa época era fácil. Llamabas a la policía y les decías que había unos melencidos leyendo libros en la calle tal número tal. Y al rato iban ellos. En esa época la policía servía a domicilio.

—¿Pero eso no es ser chivato, papá?

—Unos años antes sí —dice el Zacarías—, pero en el setenta y cuatro la dictadura ya no era tan bruta, ya no los mataba. Les rompían un brazo, les quemaban un libro..., de ahí no pasaba la cosa. Lo suficiente para que los hippies del culo se fueran del barrio. Justo lo que uno quería.

—Qué tiempos hermosos...

—Ahora no: ahora tú haces una denuncia falsa y comienza todo un papeleo, te hacen pasar por los tribunales... La justicia de ahora no entiende del amor.

—¡Qué mierda la democracia! —se queja el Toño—. Ahora todo lo tiene que hacer uno. Además, los sarasas de hoy en día no son como los de tu época. Éstos comen cereal con frutas, hacen deportes de riesgo... ¡Tienen unos brazos como tubos de escape, los maricones!

—Por eso te digo que hay que evaluar para dónde enfocar las hostias, Antonio... Y por suerte Dios te ha premiado con una novia enana. Tienes que tener en cuenta eso, que no pasa todos los días.

—Como una señal, vendría a ser.

—Claro. La naturaleza es sabia... La Carmencita será muy feminista y muy leída, pero le das una torta mediana, hasta desganada, y se le acaba el progresismo... No te lee más el *Cosmopolitan* en la vida de Dios.

—Eso también es verdad.

Se quedan unos segundos callados, como disfrutando de haber tenido diálogo. Después se escucha un ruido de muebles.

—¡Así es la cosa mariposa! —dice el Zacarías, palmeándose las rodillas y levantándose del taburete—. Subamos arriba, que va a empezar la fórmula uno.

—Papá... —el Toño retiene al padre con timidez—. Yo sé que es medio de maricones decir estas cosas, pero me alegro de que seas mi viejo.

Silencio incómodo. Yo creo que hasta se oye la garganta del Zacarías llevar y traer saliva.

—No seas imbécil, Antonio —suelta por fin el pánfilo, descolocado.

—Yo no sé abrazar y eso...

—No hace falta —dice el padre en un susurro, y se escucha el plas plas plas de unas palmadas en la espalda de la criatura, como un aleteo rápido y vergonzoso—. Los abrazos también son de sarasas.

Suben los dos un poco embobados, pero se ponen serios en cuanto descubren que estamos cerca, como siempre. Después se sientan los dos en el sillón, ponen la carrera de coches y no se hablan hasta el verano.

El Zacarías descubre al Zacarías

Todavía me tiemblan las piernas... Una cosa es saber que el Nacho va a ser papá y otra ver una ecografía; un perfil, unas manitas. Y sobre todo, saber lo que acabo de saber... ¡Es un varón! Por fin se le ha visto el pitorro a la criatura. Se nota que es un sexo pequeñito, porque está muy escondido: así que es de esta familia, no hay duda.

Cuando vi la ecografía casi me desmayo. Primero pensé: «Se parece al Toño», por el tamaño. Pero enseguida le recorrí el perfil con el dedo y es clavado a mi padre. Me vino una emoción muy rara, como una alegría del futuro, y sobre todo unos deseos incontrolados de abrazar a mi hijo, esa impotencia que se me atora en la garganta.

«Vas a ser abuela, ¿entiendes eso? ¡Abuela!» Mi propia voz, como en un susurro, salía sola. Me hablaba a mí misma, con el corazón desbocado, mientras leía cada palabra del e-mail del Nacho. Qué idiota: hace cuatro meses que lo sé, pero ver a mi nieto allí, como en un negativo pero tan nítido, y saber su nombre y su apellido, es como haber entendido las cosas por primera vez: «Abuela». Voy a escuchar esa palabra hasta que me muera dicha por él, y, al revés de lo que pensé siempre, me voy a sentir mejor

que nunca.

El Toño y la Sofi estaban mirando la tele. El Zacarías tomaba una cerveza en la galería, mirando la Eurocopa solo (el Nonno no la mira desde que eliminaron a Italia). Y yo no sabía cómo empezar, ni qué decirles.

Imprimí la ecografía —¡qué bestialidad la cantidad de tinta que gasta una ecografía, habría que inventar algo para que no sean tan negras!— y me fui a mostrársela. Uno por uno. Para que vieran. Para que supieran quién iba a venir a este mundo dentro de dos meses y medio.

—¿Y esto qué es? —me dice el Toño cuando ve la impresión—. Parece la foto de un bombardeo nocturno.

—Tu sobrino —le digo, sonriendo.

La Sofi se acerca, con la nariz arrugada.

—¿Qué sobrino? —dice la nena.

—El hijo del Nacho, gilipollas, ¿quién va a ser? —le explico—. Éste es el perfil, ¿veis? Éstas son las manos. ¿Veis las manos, los deditos?

Se quedaron los dos petrificados. La Sofi medio empezó a moquear y el niño se hacía el macho pero se notaba que por dentro le corría un escalofrío.

—¿Cuánto mide? —pregunta el Toño.

—Así —le hago con los dedos, para que entienda.

—¿Y yo a esa edad cuánto medía?

—¿Tú? ¡Mucho menos! —le digo—. A ti la máquina te divisó a los ocho meses. Con decirte que nos pensábamos que eras un tumor... Si hasta estuvimos a punto de extirparte.

—Igual medio tumor eres, por lo maligno —mete cizaña la Sofi, pero el Toño esta vez no responde.

—¡Gracias a Dios que a éste lo capta la máquina: va a ser normal! —se alegra el tío Toño, que tiene el estigma de su altura grabado a fuego.

Dejé a los críos ante la pantalla, para que pudieran mirar la primera foto del sobrino con más nitidez y me fui a la galería. El Zacarías estaba cabreado, porque no le gustan los cero a cero.

—¿Estás ocupado? —le digo.

—¡Ojála! Pero esto es un bodrio. Los franceses jugando al fútbol son una mierda. ¡Cómo se nota que les faltan los brasileños para generar espectáculo, Dios me libre!

—Mira —le digo, y le pongo la ecografía en la cara.

—Sí, sí, ya lo sé —me dice—. Está cada vez peor esa impresora. Ayer quise imprimir la foto de una señora follando con un perro y también me apareció toda borrosa. Hay que comprar otra, pero ahora no, que estamos justos.

—¡No, páñfalo! Mira bien —y le acerco las gafas—. Es una ecografía.

El Zaca se pone las gafas de ver de cerca en la puntita de la nariz, como los cajeros del banco, y escudriña la foto.

—Es tu nieto —le digo, con la sonrisa de oreja a oreja, esperando su reacción.

—Mira qué bien —me dice—. ¿Te la ha enviado el Nacho?

—Sí. ¿Le ves el perfil y las manitas?

—Un poco borroso, sí —me dice, sin énfasis, y con un ojo en el partido de la tele—. Igual mucho no se entiende.

—¿Tú tienes sangre en las venas, o te rellenaron de alpiste? —me enfado—. ¡Es tu nieto, la primera foto de tu nieto!

—No me grites, mujer. Es que no se ve casi nada. Yo también estoy contento, pero mirar un manchón de tinta no me pone más contento. ¿Tú qué quieres, un marido en serio o un maricón? ¿Qué buscas, que lllore? Lloro, no hay problema; pero después de los penaltis.

Me quedo un rato callada. Mirándolo. A veces me dan ganas de matarlo. Pero escojo la calma. Escojo soltarle más datos. A ver si se despierta.

—Zacarías —le digo.

—Qué hay.

—Estoy diciendo en voz alta el nombre de tu nieto: «Zacarías». —Hago una pausa, se me llenan los ojos de lágrimas—: Tu nieto se llamará Zacarías.

Entonces, como por arte de magia, los ojos del Zaca enfocan la vida real y me mira. Con la boca abierta, me mira.

—El Nacho ya eligió nombre: Zacarías —le subrayo, y le muestro otra vez la ecografía—. ¿Lo ves? Es éste. Aquí está el perfil, y éstas son las manitas. ¿Ves los dedos?

El labio de abajo le empieza a temblar. Coge la ecografía con las dos manos, como si fuera algo que si se cae se rompe, y la mira de nuevo. No quiere llorar: «Es de sarasas», lo dice siempre.

—¿Le ha puesto mi nombre? —me dice, con la voz quebrada.

—Zacarías.

Esta vez los machos que viven dentro de su almacén están todos haciendo pucheros. No hay nada en el mundo que lo salve. Zacarías senior mira la foto de Zacarías junior. Y llora. Me mira a mí y llora. Vuelve a mirar el papel y llora. Toca con un dedo tembloroso el perfil de su nieto y ya no hay retorno. El pánfilo ya es una catarata silenciosa: es un hombre sensible. Y esta vez, feliz de su propio llanto, no esconde las lágrimas. Me las muestra, como tiene que ser.

Mientras pasa todo esto, la pantalla de la tele, sin ningún espectador en nuestra casa, muestra cómo los de Grecia eliminan a los de Francia. Pero el Zacarías (el mayor de los dos que habitan este mundo) no lo va a saber nunca, porque está llorando.

Edición en formato digital: marzo de 2011

© 2005, Hernán Casciari

© 2005, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2005, Bernardo Erlich, de las ilustraciones